

Trabajo Fin de Máster

Alonso de Aragón (ca. 1468–1520),
arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón.
Aproximación a su biografía

Autor

Jaime Elipe Soriano

Director

Eliseo Serrano Martín

Facultad de Filosofía y Letras
2014

El presente trabajo pretende abordar la vida de don Alonso de Aragón (ca. 1469-1520), hijo ilegítimo de Fernando el Católico. Siendo niño fue nombrado arzobispo de Zaragoza y continuó acumulando prebendas eclesiásticas a lo largo de su vida así como cargos políticos, siendo en varias ocasiones virrey de Aragón. La importancia de este personaje es capital debido al vacío historiográfico de los denominados Arzobispos de la Casa Real de Aragón, quienes entre 1458 y 1577 ostentaron la mitra cesaraugustana casi sin interrupción. Además, fue una figura clave de su tiempo, colaborador con el poder real en todo momento y al parecer, fiel aliado del nuevo rey de Aragón, el futuro emperador Carlos V.

This paper aims to approach the life of Don Alonso of Aragon (ca. 1469-1520), illegitimate son of Ferdinand II. When he was a child, he was appointed Archbishop of Zaragoza and he continued accumulating ecclesiastical prebends throughout his life and political position, being on several occasions Viceroy of Aragon. The importance of this character is capital because of the historiographical gap of the Archbishops of the Royal House of Aragon, who between 1458 and 1577 held the miter of Zaragoza almost no interruption. He was also a leading figure at his time, collaborator with the royal power at all times and apparently he was a faithful ally of the new king of Aragon, the future Emperor Charles V.

I. Introducción	0
II. Estado de la cuestión	6
a) El reino de Aragón	6
b) La biografía	8
c) Historia de la Iglesia	10
d) La bastardía	13
e) La historia política	15
f) Fuentes	19
III. Nacimiento de Alonso de Aragón	24
IV. Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza	26
a) La mitra cesaraugustana	28
a) La provisión del arzobispado	28
b) Pastor de almas	30
V. La cumbre de la responsabilidad: 1516-1520	34
a) Génesis de la gobernación general y la lugartenencia general	36
a) Ni gobernador, ni curador	39
VI. Alonso de Aragón: ¿pudo ser Alfonso VI de Aragón?	41
a) Dos enemigos al servicio del príncipe	43
VII. El infante Fernando: ¿pudo ser Fernando VI de Castilla y III de Aragón?	49
VIII. Cortes de 1518: al servicio del rey, pero también del reino	52
IX. La familia: fuente de conflictos y de poder	56
X. Otras líneas	61
XI. Conclusiones	64
XII. Bibliografía	67
a) Fuentes	75
XIII. Anexos	77
a) Árboles genealógicos	77
b) Carta de Alonso de Aragón a Juan de Aragón	80

I. Introducción

Durante casi un siglo la sede metropolitana de Zaragoza fue ocupada por arzobispos de sangre real de la casa Trastámara. El primero de ellos fue Juan de Aragón, quien tomó posesión de la misma en 1458; el último, Hernando de Aragón, muerto en 1577. Esta costumbre secular sólo se vio interrumpida en dos ocasiones, mediante la elección de Ausías Despuig y de Fadrique de Portugal; ambos no llegaron a residir en la archidiócesis.

Estos prelados vinculados con la familia real compartían un rasgo en común: todos eran hijos naturales de reyes o nietos de éstos. El primero de esta dinastía de Arzobispos de la Casa Real, como comúnmente han sido denominados, fue Juan I de Aragón, hijo del rey Juan II, quien recibió la archidiócesis en 1458. El siguiente fue Alonso de Aragón, hijo de Fernando II. Siendo todavía niño, obtuvo la dignidad en 1479; a su muerte en 1520 ésta recayó en su hijo Juan II de Aragón. La estirpe de arzobispos de sangre real finalizó con Hernando de Aragón, hijo de Alonso y por tanto hermano del anterior.

Además de la importancia que tuvieron por su posición eclesiástica al frente de una de las diócesis más ricas de España y la de mayor importancia en la Corona de Aragón, todos ellos desempeñaron un importante papel en la política del momento. Al estar tan estrechamente vinculados con la figura del rey –ya fuera como hijos, nietos...– ocuparon los puestos más altos de responsabilidad, tanto como diputados como lugartenientes generales. Si bien es cierto que hubo diferencias en cuanto a su grado de compromiso con el poder real, se puede afirmar con los conocimientos actuales que todos fueron fieles servidores de la Corona y del Reino.

Esta adhesión a los reyes de Aragón se vio beneficiada de muchas maneras aparte de la responsabilidad política, pero principalmente mediante prebendas eclesiásticas. Se acumularon de forma continuada todo tipo de beneficios y rentas provenientes de órdenes militares, cabildos, monasterios y diócesis. El caso palmario fue Alonso de Aragón, quien consiguió acumular en sus manos, entre otras muchas dignidades, los arzobispados de Zaragoza y de Valencia; en el ocaso de su carrera todavía guardaba esperanzas de obtener la mitra de Sevilla o incluso la de Toledo.

Si obtuvieron grandes honores fue debido precisamente a que eran unos instrumentos utilísimos en manos de los monarcas. En primer lugar, ocupando posiciones de preeminencia podían respaldar la política real en todo momento. En

segundo lugar, como personas de sangre real eran idóneos en una época donde el absentismo regio dejó definitivamente de ser excepción para ser norma. Y en tercer lugar, tuvieron un valor estratégico muy importante en cuanto a extender las redes de la monarquía mediante los matrimonios de sus descendientes –en caso de tenerlos–.

El interés que despierta el estudio de los arzobispos de la casa real de Aragón por lo tanto, es múltiple y poliédrico. Primero, como prelados dentro del contexto europeo de finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna; momentos antes de la Reforma luterana y los profundos cambios producidos por Trento. Segundo, como personajes de un gran peso político, principalmente Alonso y Hernando, quienes llegaron a ocupar los puestos de responsabilidad política más elevados del reino con Fernando II, Carlos I y Felipe II. Tercero, como bastardos reales, figura que prácticamente ha permanecido fuera del interés historiográfico hasta el momento –tanto por medievalistas como modernistas– y su posicionamiento dentro de la política real. Cuarto, y derivado del punto anterior, se encuentran los círculos de poder en los que se movieron estos personajes y que en muchas ocasiones crearon. Las relaciones con otros personajes influyentes de la nobleza devino por caminos muy variados, pero se ha podido observar cómo las políticas matrimoniales y familiares de este linaje –madres, hermanos, o incluso los propios hijos– fueron fundamentales para crear un poder creciente dentro del reino. No ha de olvidarse tampoco la gran influencia y peso que tuvieron durante el reinado de los últimos Trastámara en la Corona de Aragón los bastardos de origen real, y no únicamente los arzobispos de Zaragoza, ayudando a la monarquía a consolidar su creciente poder. Su poder e intereses en absoluto se redujeron a la Corona, sino que había múltiples en Castilla. Quinto y último, el despliegue de medios que desarrollaron desde su poder para crear una imagen de sí mismos mediante la constante inversión dentro de sus diócesis, mejoramiento de fábricas y producción cultural, en ocasiones de la mano del mismo mitrado, como fue el caso del polígrafo Hernando.

Por lo tanto, la investigación de la saga de arzobispos toca muy variados temas, desde la historia de la Iglesia a los círculos de poder, desde la historia cultural a la de las instituciones. Además, la carencia de estudios importantes sobre el conjunto de los mismos hace más interesante todavía la labor científica en esta parcela todavía virgen de la historia a caballo entre dos épocas: el esplendor y la caída de una forma de vida que la Contrarreforma cortó de raíz en buena medida así como la llegada de una nueva casa reinante.

Evidentemente, el estudio de los Arzobispos de la Casa Real de Aragón, desde su primer miembro, el ya citado Juan I, hasta el último, Hernando, es un trabajo de dimensiones monumentales. La falta de estudios totales para ninguno de los miembros hace que quede gran parte de la labor por desarrollar.¹ De tal manera, lo que se plantea en el actual trabajo de fin de máster es precisamente el estudio de un único prelado. Este es Alonso de Aragón, hijo de Fernando II y padre de los dos últimos mitrados de la casa real. Al tratarse de una investigación previa a lo que posteriormente será la tesis, pensamos que este personaje es lo suficientemente interesante y documentado por fuentes editadas que ponga de relieve todas las facetas citadas anteriormente. Otrosí, su pontificado fue el más largo de todos, ya que ocupó prácticamente toda su vida (41 años) y vivió bajo la égida de su padre, el Católico. Sin embargo, son especialmente interesantes y agitados los cuatro años que lo sobrevivió en los que quedó al frente de la lugartenencia mientras su sobrino Carlos I comenzaba a hacerse cargo de la gran herencia europea que sus abuelos le habían legado.

Para poder centrar la lente de estudio en un personaje concreto, ha sido necesario bucear en la amplia bibliografía relacionada con el tema: génesis de la lugartenencia y procuración general en Aragón, situación del episcopado hispano, otros hijos ilegítimos de relevancia en la Corona. La lectura de estudios sobre el virreinato y la representación del rey en época moderna ha sido intensa, aunque el problema radica en que ésta está centrada en períodos posteriores, sobre todo a partir de Felipe II y en los territorios italianos. Posteriormente se ha procedido a la lectura de fuentes de cronistas modernos que se encuentran impresas, ya sea recientemente en forma de estudio o facsímil, también en su edición original. Evidentemente, la lectura de obras de carácter biográfico ha ocupado también parte del tiempo empleado en la investigación. Al dedicarse el trabajo a un personaje concreto, el género biográfico resulta de tremendo interés para su correcto acercamiento; por ello se han leído diversas obras recientes y alguna clásica al respecto. Todo ello se desgrana más adelante.

¹ El más estudiado de los arzobispos, Hernando de Aragón, cuenta con dos trabajos principales, de los cuales el más completo es, si bien una biografía divulgativa, Gregorio Colás Latorre, Isidoro Miguel García, Jesús Fermín Criado Mainar, *Don Hernando de Aragón: arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón*, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza, 1998. Por su parte, centrado en el aspecto religioso del mismo, Isidoro Miguel García, *Don Hernando de Aragón, Arzobispo de Zaragoza (1539-1575): índole pastoral y talante reformador del último arzobispo de la casa real de Aragón*, Zaragoza, 1994.

Por último, no se han realizado consultas de archivo, si bien sí que se han valorado las posibilidades que ofrecen en un futuro. Esto es debido a que al ser un proyecto a largo plazo como será la tesis, ha sido preferible hacer un esbozo más o menos concienzudo con los recursos bibliográficos existentes, ya que la carencia de una monografía sobre la vida de Alonso de Aragón lo justifica plenamente. Sin embargo, no excluye el hecho de que se haya podido estudiar documentación de la época, si bien editada, ya sea en bibliografía moderna o en los propios cronistas cuando insertan documentos epistolares.

Cabe destacar que por la complejidad de las relaciones matrimoniales y cantidad de ellas, se han añadido en los anexos una serie de árboles genealógicos de los principales personajes y linajes para facilitar la lectura. Asimismo, se incluye una carta de don Alonso a su hijo Juan, quien estaba en la corte de Flandes. Es bastante interesante por la visión personal del arzobispo de toda la situación política tras la muerte de su padre, Fernando el Católico.

II. Estado de la cuestión

Como ha quedado demostrado en el primer capítulo, existe una multiplicidad de temas que confluyen en el presente trabajo fin de máster, ya que la figura de Alonso de Aragón ocupa muchos espacios y distintos entre sí, como le correspondía a un príncipe del Renacimiento. Por lo tanto, la bibliografía consultada para comprender el mundo e instituciones en el que se desenvolvía ha sido también variada; siendo la más reducida la centrada en la Iglesia, principalmente debido a su escasez y al mayor peso historiográfico actual que tienen otros temas, como el caso de los virreinos. Evidentemente, la historia de Aragón se sitúa como marco de fondo de toda la vida del personaje.

Antes de comenzar con el repaso bibliográfico es digno de señalarse que sobre el ilustre arzobispo de Zaragoza no existe actualmente, y dentro de mi conocimiento, ninguna obra que aborde su figura directamente. Únicamente hay noticias dispersas en distintos sitios, en muchas ocasiones se trata de una información repetitiva, tomada de un mismo autor y no siempre contrastada. Por ejemplo, la fecha de su nacimiento, sus inclinaciones a gobernar... son datos que se encuentran aquí y allá pero sin ningún fundamento más que la reiteración en varios autores.

a) El reino de Aragón

Una vez centrado nuestro objeto de estudio, la figura del arzobispo de Zaragoza don Alonso, se requieren unas coordenadas para localizarlo. Ya hemos referido que lo hace a caballo entre las dos centurias, el XV y el XVI –y más adelante con mayor detalle–; el espacio físico es el reino de Aragón.

Ha de tenerse en cuenta que esta referencia sirve únicamente como marco muy general, ya que aunque tan apenas se tienen noticias de que saliera con frecuencia de los límites de la Corona, sus intereses no se circunscribían a esta. Sirve por lo tanto para entender el desarrollo de los asuntos regnícolas, sobre todo aquellos relacionados con la foralidad y las instituciones propias. Sin embargo, queda escaso cuando se piensa en la política que mantuvo durante toda su vida, intentando entrelazarse con la alta nobleza castellana –es más, quizás con la italiana– o con las miras puestas en las mitras de Sevilla o Toledo.

Los estudios sobre el Aragón moderno son bastante abundante si bien hay una escasez de síntesis de carácter general.² Existe un libro coordinado por E. Fernández Clemente que es bastante completo. El problema del que adolece, como bastante bibliografía del período que nos ocupa, es precisamente la cronología. La parte medieval no acaba de llegar a los Reyes Católicos y la moderna los ha sobrepasado prácticamente, de manera que quedan unos años algo vacíos. Sin embargo, la parte dedicada al Aragón moderno, a cargo de E. Serrano contiene una amplia bibliografía.³

Son de especial interés los trabajos de G. Colás y J. A. Salas sobre el Aragón de los Austrias, pero tienen el mismo problema de que la cronología queda algo corta para nuestro objeto de estudio, además que tienen más de treinta años desde su publicación. De cualquier manera, existe una visión general sobre los comienzos del siglo XVI, porque como ya se ha dicho, la historia de Alonso de Aragón no se circunscribe al reino de Aragón sino que extiende sus redes a toda la geografía ibérica.⁴

La Corona de Aragón a la muerte de Fernando el Católico va a sufrir un cambio dinástico de gran importancia. Los Trastámara, que durante un siglo –casi- exacto gobernaron estos estados, se vieron sustituidos por un príncipe criado a la flamenca, muy consciente de su herencia borgoñona. Esto evidentemente trajo consigo nuevas perspectivas, posibilidades, cambios y conflictos. La Corona de Aragón dejaba de ser “el” estado del rey para pasar a ser “uno de” los múltiples reinos que reunía Carlos en su cetro, sin contar la corona imperial. En definitiva, era un mundo en cambio, en el que las formas de hacer de Fernando II se iban borrando al compás de los vientos flamencos.⁵

² Estudios y reflexiones sobre el estado de las investigaciones ha habido varios, citaremos los clásicos de Fernando Solano Costa, *Estudios sobre la historia de Aragón durante la Edad Moderna*, CSIC, Madrid, 1967; José Antonio Armillas Vicente (dir.), *Estado actual de los estudios sobre Historia Moderna de Aragón*, vol. 1-2, Zaragoza, 1980.

³ Eloy Fernández Clemente (dir.), *Historia de Aragón*, La esfera de los libros, Madrid, 2008.

⁴ Gregorio Colás Latorre, José Antonio Salas Ausens, *Aragón bajo los Austrias*, Librería General, Zaragoza, 1977.

⁵ Aunque no son del período en concreto, tratan sobre cambios dinásticos: Eliseo Serrano Martín, “Austrias y Borbones. Cambios dinásticos en la España de la Edad moderna”, en *El Compromiso de Caspe (1412), cambios dinásticos y Constitucionalismo en la Corona de Aragón*, Obra Social de Ibercaja, Zaragoza, 2013, pp. 94-103; Ricardo García Cárcel, “Fin de siglo, fin de dinastía. Algunas reflexiones”, *Studis: Revista de historia moderna*, nº 31 (2005), pp. 67-84.

b) La biografía

Al ser el objeto de estudio Alonso de Aragón, y tratarse por lo tanto de una persona concreta, es necesario reflexionar sobre la forma de abordarlo. En este caso es la biografía el género obligatorio para el estudio.

Es un hecho indiscutible que la biografía, pese a no tener una tradición de tanto peso como en otros países, especialmente los anglosajones, ha ido abriéndose hueco en el panorama historiográfico actual español de forma vertiginosa. Una evidencia clara de esto mismo es precisamente que en 2011 se concediera el Premio Nacional de Historia de España a I. Burdiel por su *Isabel II. Una biografía*. Otro buen ejemplo es el libro recién publicado sobre el cardenal Cisneros, quien junto con Alonso de Aragón fue el otro gran eclesiástico dedicado a la política de su tiempo.⁶ Dejando a un lado los pingües beneficios editoriales que este género cosecha, así como la importancia que está cobrando últimamente dentro de la didáctica,⁷ la vida de personas concretas está en expansión.

La puesta en valor de este género tuvo lugar a comienzos de los ochenta del siglo pasado, como ya hemos mencionado, en países anglosajones, especialmente con la llamada “historia psicológica”. Sin embargo, pese a contar con alguna obra de enjundia como la realizada sobre el Conde-Duque por G. Marañón —en los años treinta—, casi todos los estudios seguían siendo de habla inglesa. En efecto, esto era debido a que “la biografía política era vista como un género reservado para la historia más popular y como un género metodológicamente más conservador”.⁸ Posiblemente, el punto de inflexión de la biografía positivista a la moderna se trate de *Martín Lutero: un destino* de L. Febvre,⁹ si bien este género fue, sarcásticamente, perseguido por Annales. Más adelante aparecieron un buen número de trabajos de gran calidad, como los de J. H. Elliott sobre el Conde-Duque o la ambiciosa comparación, tanto física como psicológica de los validos de Felipe IV y Luis XIII; los estudios de E. Marwick sobre Richelieu; por citar algunos ejemplos de la Historia Moderna. Incluso la última monumental biografía de G. Parker sobre Felipe II es destacable, precisamente, por su título: *Felipe II: la biografía definitiva*.

⁶ Joseph Pérez, *Cisneros, el cardenal de España*, Taurus, Madrid, 2014.

⁷ Víctor M. Núñez García, “La biografía como género historiográfico desde la Historia Contemporánea Española”, *Erebea. Revista de Humanidades*, nº 3 (2013), pp. 203-226; pp. 205-206.

⁸ Antonio Feros, “Las varias vidas del Duque de Lerma”, *Erebea. Revista de Humanidades*, nº 3 (2013), pp. 169-193; pp. 174-175.

⁹ Pese a que cuenta con numerosas reimpresiones, el original apareció en francés en 1928.

El regreso de la biografía es uno de los diversos “retornos” que ha tenido la historiografía actual, motivado principalmente por la recuperación del protagonismo del individuo frente a la deshumanización de enfoques previos cargados de cuantitativismo, fuertemente ligada a la nueva manera de entender la historia política.¹⁰ Evidentemente, esta nueva biografía escapa de la clásica positivista, ya que se busca un conocimiento total del individuo dentro de los diversos círculos que forman personas, grupo social y sociedad en general. En palabras de V. M. Núñez:

Por tanto, la biografía, rescatada de su proscripción, no sólo ha recuperado su consideración científica y su respeto académico, sino que, incluso, se plantea en algunos foros como una vía alternativa y expedita para resolver y conciliar viejas diatribas analíticas propias del oficio de historiador/a: en especial, la tensión entre el individuo y la sociedad, entre lo particular y lo general, entre lo local y lo universal; en definitiva, entre lo privado y lo público.¹¹

Indudablemente, el comienzo de la biografía actual se encuentra con el celebrado *Saint Louis* de J. Le Goff. En este trabajo, que no se trataba de una biografía destinada a obtener gran número de ventas, el objetivo era “el estudio de un personaje y de una época que él mismo atraviesa, revela y modela: es a un tiempo un enfoque de un período de la historia y también de los métodos de la disciplina”.¹² Es más, se trataba de encontrar el punto de encuentro, parafraseando a E. P. Thompson, entre la mentalidad del personaje y el mundo en el que vivía. No centrarse únicamente en eventos particulares sino buscar también procesos culturales y sociales de largo recorrido.¹³ En síntesis, como escribió L. Febvre en su primera edición de *Martín Lutero*, “¿debemos añadir que al escribir este libro no hemos tenido más que una idea: comprender y, en la

¹⁰ Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004, p. 434: “Dos décadas después, la mayoría de las investigaciones son sensibles a las sociologías cualitativas y la politología, y aunque tímidamente, tienden a inclinarse poco a poco al plano antropológico. No se discute ya si ha de ser concedido un interés *prioritario* a la historia política, aunque tácitamente muchos la consideran la forma más segura para dar unidad a una historiografía de nuevo fragmentada y dispersa. La *biografía individual* y el género biográfico, como signo del *retorno del sujeto*, convocan desde finales de los años ochenta cierto entusiasmo, acompañado a veces de la sospecha de que acaso haya sido erróneo considerar a la historia una *ciencia* [...]”

¹¹ V. M. Núñez García, “La biografía como”, p. 209.

¹² José Enrique Ruiz-Domènec, “Direcciones para la biografía”, *Erebea. Revista de Humanidades*, nº 3 (2013), pp. 7-24; p. 10.

¹³ A. Feros, “Las varias vidas”, p. 178.

medida en que nos era posible, hacer comprender?”.¹⁴ Efectivamente, se ha de hacer comprender no sólo el individuo, sino todo lo que lo rodeaba.

Sin embargo, estudiosos de la materia advierten sobre la precaución a tomar a la hora de cultivar la biografía, ya que hay una serie de limitaciones de orden metodológico. La primera es la búsqueda en el personaje características inexistentes en la documentación; segunda son las propias fuentes disponibles; tercera es definir la actuación individual y el contexto; cuarta, la dificultad de penetrar en la psique del biografiado; quinta, arrojarle valores que tornen el trabajo científico en un mero elogio.¹⁵

c) Historia de la Iglesia

Evidentemente, la historia de la Iglesia ocupa un lugar preeminente en el ensayo, si bien presenta una serie de problemas. Tradicionalmente en España, tal y como señala F. Palomo, la historia religiosa ha sido un campo poco tratado por los historiadores ya que parecía estar reservado a grupos que podrían denominarse como “confesionales”. Sin embargo, esta tendencia ha cambiado en los últimos años, aunque el autor advierte que en según qué caso conviene aún desprenderse de ciertos prejuicios.¹⁶ Especial interés tiene la obra, de reciente publicación también y muy completa, editada por A. L. Cortés y M. L. López-Guadalupe.¹⁷ Se trata de una miscelánea en la que se desglosan prácticamente todas las caras del poliedro historiográfico de la Iglesia española en la Edad Moderna. Se dedican capítulos al clero regular, secular, cabildos, etc.; aunque el de mayor interés para el trabajo ha sido el dedicado al clero secular. Desde los años noventa, se ha producido la eclosión de un creciente número de estudios de historia social del clero.¹⁸ Sin embargo, se pone el acento principalmente en que faltan estudios sobre los religiosos concretos y su labor principal como *oratores* ya que muchos

¹⁴ Lucien Febvre, *Martín Lutero: un destino*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1983, p. 9.

¹⁵ V. M. Núñez García, “La biografía como”, pp. 211-212.

¹⁶ Federico Palomo, “Hispania Catholica. Balance y perspectivas para el estudio de la Historia religiosa de España y Portugal en la época confesional”, en Eliseo Serrano, Antonio Luis Cortés y José Luis Betrán (coords.), *Discurso religioso y Contrarreforma*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2005, pp. 221-271; p. 221: “El estudio de la historia religiosa de la península Ibérica entre los siglos XVI a XVIII ha sido durante mucho tiempo un campo parcialmente explorado y considerado a menudo como territorio en el que apenas se movían grupos confesionalmente empeñados y, por consiguiente, sin la suficiente distancia crítica que exigiría el rigor del quehacer historiográfico.”

¹⁷ Antonio Luis Cortés Peña y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds.), *La Iglesia española en la Edad Moderna. Balances historiográficos y perspectivas*, Abada Editores, Madrid, 2007.

¹⁸ Arturo Morgado García, “El clero secular en la España Moderna: un balance historiográfico”, en Antonio Luis Cortés Peña y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds.), *La Iglesia española en la Edad Moderna. Balances historiográficos y perspectivas*, Abada Editores, Madrid, 2007, pp. 39-73.

estudios se han centrado en cuestiones económicas y cantidad de rentas. Es así una de las parcelas de la historiografía todavía (casi) por descubrir; tanto en la biografía del arzobispo en sí como en las personas que conformaban su casa:

Nos faltan, sin embargo, biografías individuales de prelados que permitan acercarnos al modo en que ejercitaron su poder en sus obispados respectivos y cuáles fueron sus relaciones con el conjunto de la sociedad diocesana. Y hay una laguna fundamental: no sabemos nada acerca del personal burocrático adscrito a la curia episcopal, tales como vicarios, visitadores, provisos, notarios, escribanos ni acerca de la provisión de estos oficios.¹⁹

Continúa A. Morgado señalando precisamente que el clero secular, en contraposición al regular, sufre una suerte de “orfandad institucional”, debido a la diferencia en el volumen de trabajos entre unos religiosos y otros.²⁰ Por último, T. Egido advierte sobre las historias clericales, hechas por miembros del clero regular y su manejo.²¹

Haciendo un sondeo en la bibliografía más o menos reciente, se pueden apreciar dos carencias: obras de carácter general y centradas en la Corona de Aragón. Contradictoriamente, sí existe algún trabajo global, pero no dejan de ser generalidades; síntesis apretadas de muchos siglos de historia como los casos de M. Riu, E. Sáinz y otros.²² En otras ocasiones están alejados de nuestra cronología.²³ La única obra de

¹⁹ Ibídem, p. 56.

²⁰ Ibídem, p. 39.

²¹ Teófanos Egido, “Historiografía del clero regular en la España Moderna”, en Antonio Luis Cortés Peña y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds.), *La Iglesia española en la Edad Moderna. Balances historiográficos y perspectivas*, Abada Editores, Madrid, 2007, pp. 9-37.

²² Manuel Riu Riu, “El poder real y la Iglesia catalana en la Corona de Aragón (siglos XIV al XVI)”, en *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI)*, Zaragoza, 1996, pp. 389-407. En esta obra, aparte de exponer generalidades, el título no se ajusta al contenido, ya que se tratan prácticamente los siglos XIII y XIV. Algún otro ejemplo, fuera de la Corona de Aragón, de similar casuística son: Eliseo Sáinz Ripa, “Los obispos de Calahorra en la Edad Media (siglos VIII-XV)”, en José Ignacio de la Iglesia Duarte (coord.), *I Semana de Estudios Medievales de Nájera*, 2001, pp. 37-66; Carmelo Solís Rodríguez, “Obispos mecenas de la Catedral de Badajoz (ss. XV-XVIII)”, *Memoria ecclesiae*, n° 17 (2000), pp. 423-450; Juan Torres Fontes, “Cuatro obispos in partibus murciae civitate en los siglos XIV y XV”, en Pedro Luis Ladrón de Guevara Mellado, Giuseppina Mascali, Antonio Pablo Zamora (coords.), *Homenaje al profesor Trigueros Cano*, vol. 2, 1999, pp. 671-680; por último un estudio dedicado en exclusiva a Córdoba que puede inducir a confusión por su título, Iluminado Sanz Sancho, “Los obispos del siglo XV”, *Hispania Sacra*, n° 54 (2002), pp. 21-65.

²³ Juan Ramón Royo García, “Los arzobispos de Zaragoza a fines del siglo XVI. Aportaciones a sus biografías”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, n° 65-66 (1992), pp. 53-66.

referencia de gran calidad pese a tener ya más de treinta años es la de T. de Azcona sobre el episcopado español en la época de los Reyes Católicos y su nieto Carlos I.²⁴

La época de estudio a caballo entre los siglos XV y XVI adolece de investigaciones concretas pese a existir algún caso aislado;²⁵ son abundantes para la época plenomedieval –principalmente para los reinos de Castilla y León– o ya postridentina pero no para el período de transición.²⁶ Son destacables las obras de M. Barrio, dedicadas al análisis del clero, pero también se orientan principalmente para la época de Felipe II en adelante, así como el especial interés que ha dedicado al estudio de las rentas eclesiásticas.²⁷

²⁴ Tarsicio de Azcona, “Reforma del episcopado y del clero de España en tiempos de los Reyes Católicos y de Carlos V (1475-1558)”, en Ricardo García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, vol. III *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, BAC, Madrid, 1980, pp. 115-210. Muy similar es su otra obra “El episcopado español en el siglo XVI. Pórtico a fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona”, en Rebeca Carretero Calvo (coord.), *La Contrarreforma en la Diócesis de Tarazona. Estudios en torno al obispo fray Diego de Yepes*, Centro de Estudios Turiasonenses, Tarazona, 2013, pp. 27-69; así como su libro, donde trata el caso de Alonso de Aragón con más detalle si bien muy anterior en el tiempo, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, CSIC, Madrid, 1960.

²⁵ Estos casos aislados son María Socorro Paradas Pena, “El Obispo de Barcelona en el tránsito del siglo XV al XVI: Pere García (1490-1505)”, *Pedralbes: Revista d'història moderna*, nº 13 (1993), pp. 123-132; Antonio Durán Gudiol, “Juan de Aragón y de Navarra, obispo de Huesca”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, nº 49-50 (1984), pp. 31-86. El primero es una breve síntesis de la vida del obispo Pere García, centrado además en sus reformas diocesanas. El segundo sí tiene mayor interés, tanto por su mayor profundidad como por estar muy vinculado con Alonso de Aragón, ya que eran primos carnales entre sí. De cualquier manera, queda clara como dice A. Morgado la inexistencia de obras concretas para religiosos seculares.

²⁶ Considero relevantes los siguientes títulos para ilustrar la idea de que, efectivamente, se evita la unión temporal entre Medioevo y Modernidad –comprensible por los problemas que surgen con la Reforma– y las carencias en el ámbito geográfico de la Corona de Aragón. Miguel Ángel Ladero Quesada y José María Nieto Soria, “Iglesia y sociedad en los siglos XIII al XV (ámbito castellano-leonés)”, *La España medieval*, nº 11 (1988), pp. 125-151; Iluminado Sanz Sancho, “Para el estudio de la Iglesia medieval castellana”, *Estudios eclesiásticos. Revista teológica de investigación e información*, nº 73 (1998), pp. 61-77; Johannes Vincke, “Estado e Iglesia en la historia de la Corona de Aragón de los siglos XII, XIII y XIV”, en *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. I, Barcelona, 1962, pp. 267-285; M. Riu Riu, “El poder real” *vid. supra*; Ignacio Sánchez Bella, “Iglesia y Estado en la Edad Moderna (siglos XVI y XVII)”, en Manuel J. Peláez (coord.), *El estado español en su dimensión histórica*, Barcelona, 1984, pp. 129-160.

²⁷ Maximiliano Barrio Gonzalo, “Los obispos de Cataluña durante el Antiguo Régimen”, *Anthologica annua*, nº 53-54 (2006-2007), pp. 377-528; “Las rentas de los obispos de Extremadura en el Antiguo Régimen (1556-1837)”, *Revista de estudios extremeños*, vol. 70, 2014, pp. 637-668; “Los obispos del reino de Valencia en los Siglos Modernos (1556-1834). Aspectos sociológicos”, *Revista de historia moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, nº 21 (2003), pp. 77-100; “La jerarquía eclesiástica en la España moderna: Sociología de una élite de poder (1556-1834)”, *Cuadernos de historia moderna*, ISSN 0214-4018, nº 25 (2000), pp. 17-60; “Perfil socio-económico de una élite de poder de la Corona de Aragón. I: los obispos del reino de Aragón (1536-1834)”, *Anthologica annua*, nº 43 (1996), pp. 107-212; “El episcopado hispano en la época del patriarca Ribera. El Rey y el Papa en pugna por su control”, en Emilio Callado Estela, Miguel Navarro Sorní (coords.), *El patriarca Ribera y su tiempo: religión, cultura y política en la Edad*, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia, 2012, pp. 37-62; “El episcopado español en la época de san Francisco de Borja”, en Enrique García Hernán, María del Pilar Ryan (coords.), *Francisco de Borja y su tiempo: Política, religión y cultura en la Edad Moderna*, Albatros, Madrid, 2011, pp. 1-24.

Las obras que a priori podrían tratar al personaje objeto del presente trabajo en buena medida son clásicas y apenas ofrecen una reseña básica en pocas líneas de su vida. Sin embargo, resultan buenas plataformas desde las que continuar, como el caso de los obispos auxiliares o los de Valencia.²⁸ En esta última, de E. Olmos y Canalda es de interés precisamente por ofrecer múltiples referencias a pergaminos del Archivo de la catedral de Valencia.²⁹

Otros estudios alejados temporalmente del marco de referencia en el que nos movemos pueden servir para cubrir, de manera provisional, ciertos aspectos generales así como referencias a la frontera entre los siglos XV y XVI.³⁰ Por último, existen estudios de tipo auxiliar que ofrecen información sobre las diócesis, principalmente cartográfica, lo cual es de gran ayuda.³¹

d) La bastardía

Alonso de Aragón nació de la relación entre el entonces príncipe-rey de Sicilia Fernando y de la noble dama Aldonza Iborra y Alamán en Cervera, entre 1468 y 1469.³² Con normalidad aparecen referencias a él como hijo bastardo de Fernando II, si bien no es algo correcto del todo, ya que el término exacto es “hijo natural”. Por lo general se coloca la etiqueta de bastardo –o el eufemismo cada vez más preferido de “ilegítimo”- a hijos naturales. Bastardo implica que el niño ha sido engendrado fuera del matrimonio; por su parte, natural indica que pese a no haber unión canónica, ésta podría haberse dado ya que ninguno de los dos tenía ataduras (matrimonio, votos religiosos). Alonso

²⁸ Francisco Fernández Serrano, *Obispos auxiliares de Zaragoza en tiempos de los arzobispos de la Casa Real de Aragón (1460-1575)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1969. Resulta de cierto interés precisamente por ofrecer datos muy concretos, como son las fechas en las que se toma posesión de la diócesis o cuando entra un nuevo obispo auxiliar.

²⁹ Elías Olmos y Canaldas, *Los prelados valentinos*, CSIC, Madrid, 1949.

³⁰ Por ejemplo: Juan Ramón Royo García, “Los obispos aragoneses durante el reinado de Felipe III (1598-1621)”, en Rebeca Carretero Calvo (coord.), *La Contrarreforma en la Diócesis de Tarazona. Estudios en torno al obispo fray Diego de Yepes*, Centro de Estudios Turiasonenses, Tarazona, 2013, pp. 71-101; Isidoro Miguel García, “Patrimonio, teología y arte. La catedral: «una palabra construida»”, en María del Carmen Lacarra Ducay (coord.), *El barroco en las catedrales españolas*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 7-52. Obras de referencia como la de Domínguez Ortiz apenas tienen utilidad por hacer referencia exclusivamente al siglo XVII o finales del reinado de Felipe II; nos referimos a Antonio Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Istmo, Madrid, 1973.

³¹ Demetrio Mansilla, “Panorama histórico-geográfico de la Iglesia española en los siglos XV y XVI”, en Ricardo García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, vol. III *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, BAC, Madrid, 1980, pp. 3-23.

³² Sobre su nacimiento se pone como fecha normalmente 1470, pero J. Vicens demostró que a principios de 1469 ya había registro de su existencia, vid. Jaime Vicens Vives, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, (ed. de Miquel A. Marín Gelabert), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2007, pp. 207-208.

fue por lo tanto, hijo natural ya que su padre no había contraído nupcias y su madre tampoco.

Es algo conocido que el hecho de ser ilegítimo no ha implicado que personajes en la historia hayan llegado a tener gran importancia. Sin ir más lejos, la propia casa de Trastámara era una rama bastarda descendiente de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, o los Avís en Portugal. De cualquier manera, ha sido un fenómeno prácticamente ignoto en la Edad Media que sí ha despertado algo más de interés en la Moderna, principalmente debido a al estudio de E. Soria Mesa sobre la nobleza. En su libro, el autor expone –sobre todo para el XVII- las diferencias en España y posiblemente Portugal respecto al resto de Europa, donde los ilegítimos eran excluidos de la herencia y en España solían gozar de cierta protección familiar.³³ Existe un apartado dentro de la obra de P. Laslett dedicado a la bastardía, pero está orientada a Inglaterra y en época posterior al Cisma.³⁴ T. de Azcona emplea la expresión, creo de que de manera muy acertada, para el Renacimiento de “era de los bastardos”.³⁵

¿Es lícito emplear dicha expresión? Considero que sí. Buena parte de la alta nobleza, religiosos -incluyendo órdenes militares- de finales del XV eran descendientes ilegítimos de reyes en Aragón. El arzobispado de Zaragoza, el de Valencia, el obispado de Huesca, ducado de Villahermosa, ducado de Luna, maestrazgo de Calatrava, castellanía de Amposta, etc. por nombrar algunos de los cargos y títulos más importantes, pertenecían a hijos o nietos de reyes por vía ilegítima. Simultáneamente, en Italia, el papa Alejandro VI encumbraba a sus hijos habidos en concubinato y Ferrante I, hijo bastardo de Alfonso V de Aragón, reinaba en Nápoles. Incluso el futuro pontífice León X era bastardo de Lorenzo de Médicis.

Por lo tanto, a la vista de estos ejemplos queda demostrado que la expresión empleada por T. de Azcona es completamente legítima. Ahora bien, nos encontramos prácticamente ante un vacío historiográfico sobre este fenómeno. Es cierto que se han

³³ Enrique Soria Mesa, *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007, p. 185 y ss.

³⁴ Peter Laslett, *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza Universidad, Madrid, 1987 (1ª ed. 1965), pp. 186-217. Algo similar se ha apuntado para los Colegios Mayores. Se comenzó a restringir la entrada a los ilegítimos en el XVI, pero aún así, si contaban con apoyo familiar suficiente, su ingreso era más que posible. Por lo tanto, no eran apartados inmediatamente; víd. Baltasar Cuat Moner, “Bastardos en el Estudio. Algunas consideraciones sobre la bastardía en expedientes de colegiales mayores salmantinos durante el siglo XVI”, en *Historia y perspectivas de investigación. Estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Mérida, 2002, pp. 307-314.

³⁵ Tarsicio de Azcona, “Relaciones de Rodrigo de Borja (Alejandro VI) con los Reyes Católicos”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, nº 31-32 (1994), pp. 11-52; p. 35.

publicado breves biografías –clásicas en muchos casos e incompletas- sobre algún bastardo real del momento. Hay varios ejemplos, siendo Alonso de Aragón futuro duque de Villahermosa el más estudiado. Existen algún artículo en el que efectivamente, se enfoca en uno su biografía de un modo más al uso; en otro desde la perspectiva caballeresca. En ninguno de los dos se alude a la importancia, si la tenía, de ser hijo bastardo del entonces infante Juan.³⁶ Lo mismo sucede con el ya anteriormente citado artículo sobre el obispo de Huesca, Juan de Aragón.³⁷

Curiosamente, para la Baja Edad Media tan apenas hay publicaciones, aunque un reciente congreso –todavía en prensa- fue dedicado monográficamente al estudio de la bastardía. Si bien estos trabajos parece que se centran actualmente en Francia y Borgoña, todo parece apuntar a que se va a seguir trabajando en esta línea.³⁸ Para la Edad Moderna, un buen estudio sobre relaciones extramatrimoniales e hijos espurios bastante completo –centrado en Asturias- es el de A. Menéndez, si bien dedicado a las clases bajas y a los bastardos de la pequeña nobleza asturiana tenidos con la servidumbre, principalmente.³⁹ Más recientemente sí ha aparecido algún artículo sobre linajes nobiliarios y en ellos aparece la bastardía como elemento. Si bien la reflexión sobre la misma no es intensa, sí se ofrecen obras de referencia del extranjero, principalmente del mundo anglosajón. Nos referimos a la estirpe de los Fajardo, procedentes del reino de Murcia.⁴⁰

e) La historia política

Dentro de la renovación historiográfica tras la caída del Muro de Berlín se encuentra la reaparición de la historia política, o como algunos han querido etiquetar, la vuelta del acontecimiento. Es necesario señalar que en España tal recuperación no ha sido necesaria, ya que otras tendencias –como la historia social- no la habían

³⁶ Nos referimos a José Navarro Latorre, “Don Alonso de Aragón, la «espada» o «lanza» de Juan II. Esquema biográfico de uno de los mejores guerreros españoles del siglo XV”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, nº 41-42 (1982), pp. 159-204; desde una visión del mundo de la caballería encontramos para el mismo personaje, Sophia Menache, “Una personificación del ideal caballeresco en el Medievo tardío: Don Alonso de Aragón”, *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, nº 6 (1987), pp. 9-30.

³⁷ A. Durán Gudiol, “Juan de Aragón”, *op. cit.*

³⁸ Alain Marchandisse, Eric Bousmar, y Bertrand Schnerb, (eds.), *La bâtardise et l'exercice du pouvoir. Actes du colloque tenu à Liège*, 16–17 octubre de 2008, (en prensa).

³⁹ Alfonso Menéndez González, “Sexo, delito y bastardía en la Asturias del antiguo Régimen”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, nº 151 (1998), pp. 19-56.

⁴⁰ Juan Hernández Franco y Raimundo A. Rodríguez Pérez, “Bastardía, aristocracia y órdenes militares en la Castilla moderna: el linaje Fajardo”, *Hispania*, nº 232 (2009), pp. 331-362; p. 347 y ss.

conseguido arrinconar del todo como pudiera haberse dado en el caso de Francia entre 1960 y 1980. Historia política es actualmente un contenedor de múltiples vertientes, tanto el relato histórico clásico mezclado con historia de las ideas, como una sociología del poder desde arriba o desde abajo; así como un “recorrido cultural de referente político”.⁴¹

Como ya se ha mencionado anteriormente, la historia política actual está bastante ligada a la biografía. En este caso, Alonso de Aragón, como arzobispo desempeñó papeles de preeminencia política, pero también por designación real. Fue en distintas ocasiones lugarteniente general –vulgarmente asociado al término “virrey”- bajo el reinado de su padre, Fernando II y de su sobrino, Carlos I. Por lo tanto el ejercicio de funciones públicas al servicio de la Corona fue una constante en su vida; es imperativo valorar la bibliografía relacionada con el virreinato.

El virreinato y la problemática de la representación del rey en otros territorios es un tema de gran importancia actualmente, debido al interés de los estudios de la corte. Es referente a nivel europeo el Instituto Universitario la Corte en Europa, dirigido por el profesor J. Martínez Millán, existiendo otros centros investigadores de similar relevancia como el de Versalles en Francia.⁴²

El interés por el poder real en territorios en los que el monarca no podía estar presente se remonta a mediados del siglo XX, ya que durante el XIX era algo relacionado con el colonialismo; se trataba de un elemento extraño fuera de la dinámica natural del estado. Hasta los años cincuenta del siglo pasado no comenzó a replantearse el asunto, gracias a J. I. Rubio Mañé quien apuntó a que en absoluto había sido únicamente un fenómeno americano, sino que éste provenía de Europa.⁴³ Casi paralelo

⁴¹ E. Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas*, pp. 422 y ss.

⁴² El volumen de estudios producidos por el dicho Instituto es enorme, véanse algunos ejemplos: José Martínez Millán y Manuel Rivero Rodríguez (coords.), *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII)*, Polifemo, Madrid, 2010; José Eloy Hortal Muñoz, *Las guardas reales de los Austrias hispanos*, Polifemo, Madrid, 2013; José Antonio Guillén Berrendero, *La edad de la nobleza : identidad nobiliaria en Castilla y Portugal, 1556-1621*, Polifemo, Madrid, 2012; Krista De Jonge, Bernardo J. García García y Alicia Esteban Estríngana (eds.), *El legado de Borgoña : fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias (1454-1648)*, Marcial Pons, Madrid, 2010; José Luis Colomer (dir.), *España y Nápoles : coleccionismo y mecenazgo virreinales en el siglo XVII*, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2009; José Martínez Millán, Maria Antonieta Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III*, vols. 1-4, Fundación Mapfre Tavera, Madrid, 2007-2008; José Martínez Millán, Santiago Fernández Conti (dirs.), *La monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, vols. 1-2, Fundación Mapfre Tavera, Madrid, 2005; José Martínez Millán (dir.), Santiago Fernández Conti (coord.), *La corte de Carlos V*, vols. 1-5, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000.

⁴³ José Ignacio Rubio Mañé, *El virreinato*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1955.

en el tiempo J. Vicens Vives hizo un pionero estudio sobre el tema. En su artículo, encontraba los precedentes del virreinato colombino en la lugartenencia general de la Corona de Aragón. Sintéticamente desglosó la génesis del cargo así como un esquema de cuáles eran las funciones y prerrogativas de los virreyes. Tuvo además la fortuna de separarlos por reinos, ya que no tenían exactamente las mismas ventajas unos y otros según dónde se encontraran.⁴⁴ Debido a unas apreciaciones sobre la cancillería castellana, a quien les achacaba confusión por mencionar virreyes en Castilla, obtuvo una fuerte respuesta de A. García Gallo poco después. Además de la disputa sobre ese punto, el historiador del Derecho ofrecía aportaciones como la equiparación entre lugartenencia general y virrey pero la mayor dignidad del segundo. Subrayó también la separación existente entre la gobernación y la lugartenencia, así como la delegación de la primera.⁴⁵

Estos dos insignes académicos fueron los primeros en introducirse en la gran selva jurídica que suponía el virreinato. La obra más completa y de referencia fue –y creo que sigue siendo– la de J. Lalinde Abadía, quien desgranó pormenorizadamente desde sus orígenes toda la problemática de la procuración, gobernación y lugartenencia general en Aragón, hasta la época de Fernando II. Sus estudios principales estaban fuertemente argumentados mediante documentación y entraba con minuciosidad en prácticamente todos los detalles posibles. Supone así la piedra angular con la que establecer un marco teórico previo y comprender cuál fue el devenir de los dichos cargos hasta la época que nos preocupa, finales del XV.⁴⁶

Escapando de estas líneas, muy cercanas a la historia del Derecho, comenzó en la década de 1990 una nueva fase de estudios. Estos se centraron en aspectos concretos

⁴⁴ Jaime Vicens Vives, “Precedentes mediterráneos del virreinato colombino”, *Anuario de estudios americanos*, nº XLIV (1948), pp. 571-614; sobre los comentarios de la cancillería castellana vid. pp.585-596.

⁴⁵ Alfonso García Gallo, “Los virreinos americanos bajo los Reyes Católicos. Planteamiento para su estudio”, *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. I *Pensamiento político, política internacional y religiosa*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1954, pp. 137-156.

⁴⁶ Obra de obligada consulta y de mayor interés por conocer todos los pasos previos al virreinato, además de carácter general para toda la Corona es el voluminoso libro de Jesús Lalinde Abadía, *La gobernación general en la Corona de Aragón*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1963; publicó un estudio previo en forma de artículo en “Virreyes y lugartenientes medievales en la Corona de Aragón”, *Cuadernos de Historia de España*, nº 31 (1960), Buenos Aires, pp. 98-172. Para el caso concreto de Cataluña, si bien con alguna referencia a la Corona en general, *La institución virreinal en Cataluña* (1471-1716), Barcelona, 1964. Para el caso catalán hay otro estudio algo anterior, con una cronología a partir del siglo XVI, Joan Reglà, *Els virreis de Catalunya*, Vicens Vives, Barcelona, 1970 (1ª ed. 1956); para el caso valenciano se cuenta con Emilia Salvador Esteban, “Poder central y poder territorial. El virrey y las cortes en el reino de Valencia”, *Estudis*, nº 12 (1986), pp. 9-28.

de los virreyes, como el mecenazgo, sus biografías o su perfil institucional. Este posicionamiento ha sido claramente provocado por los anteriormente referidos estudios de la corte:

En este sentido, la metodología de corte ofrece uno de los campos más atractivos para el estudio y la comprensión del virreinato, una propuesta que a día de hoy parece la más adecuada, para avanzar en el conocimiento de esta figura y de la realidad de la Monarquía Hispánica.⁴⁷

También son reseñables los estudios que se centran en las relaciones personales entre los distintos puestos administrativos. Personalmente, suscribo las palabras del profesor X. Gil Pujol cuando habla de que la “historia política moderna ya no concierne tan sólo a las instituciones, sino también a los valores y ámbitos característicos de aquella época: gracia, amistad, gestión doméstica, contrato, don, liberalidad, corte.”⁴⁸

Más recientemente, tras un coloquio internacional en 2005 sobre las cortes virreinales en Italia y América, se ha visto la necesidad de abordar el tema mediante estudios interdisciplinares. Asimismo, la madurez en el estudio de diversos asuntos ha producido ya consensos en cuanto a técnicas de estudio, como en el caso del ceremonial y las representaciones, si bien queda aún camino por recorrer en cuanto al funcionamiento de casas y cortes vicerregias. Y no solo este tipo de cortes, sino sobre todo las episcopales y nobiliarias. Por lo tanto, estamos ante un doble problema.⁴⁹

La dificultad actual en el estudio de los virreyes es precisamente que solo afecta a lo que se consideran “grandes personalidades”, es decir, personas que reúnen altos grados de cultura, política y linaje. En efecto, parecen estar excluidos aquellos que son más mediocres.⁵⁰ Esto no supone ningún problema a priori para el presente trabajo sobre Alonso de Aragón, personalidad de máxima importancia, sobre todo para el

⁴⁷ Manuel Rivero Rodríguez, *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Akal, Madrid, 2011, p. 23.

⁴⁸ Xavier Gil Pujol, *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2006, p. 278.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 27-28. Félix Labrador, “Nueva Historia Política: discurso y práctica del poder”, en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Investigadores en Historia Moderna. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 11-51; p. 51: “A pesar de su importancia, la historia política hasta las últimas décadas le ha prestado muy poca atención, salvo por el mecenazgo cultural o por la imagen del príncipe desarrollada en estos lugares por estudiosos de la literatura, de la música o de las artes. Esta misma laguna historiográfica la han conocido las cortes aristocráticas y episcopales o las pequeñas cortes señoriales. Entre los trabajos recientes más significativos podemos destacar, entre otros, los de Barrios, Rivero Rodríguez, Juan Vidal, Cañeque, Enciso López-Muñumer, Hernando o Latas.”

⁵⁰ M. Rivero Rodríguez, *La edad de oro*, p. 21.

período 1516-1520. Estos virreyes de renombre ocupan buena parte de la producción actual con la complicación que son de una cronología cercana a mediados del siglo XVI en adelante y para territorios italianos.⁵¹

f) Fuentes

Respecto a las fuentes empleadas en el presente trabajo, como ya se ha mencionado anteriormente, se han estudiado únicamente las obras impresas de época. Esto es debido, a que pese a tener constancia de la riqueza de los archivos eclesiásticos de Zaragoza, al tratarse de una aproximación a la vida de don Alonso, la búsqueda en un archivo queda pospuesta ante la mejor accesibilidad de las fuentes impresas. Un estudio general de los cronistas es el del conde de la Viñaza, que no por clásico deja de ser de utilidad.⁵² Se ha dado preferencia a los cronistas de Aragón, principalmente J. Zurita y B. Leonardo de Argensola por ser los que con mayor prolijidad tratan la época en cuestión de Alonso de Aragón.

El primero de ellos, Zurita, elaboró –entre otras- dos obras fundamentales en las que se pueden encontrar noticias sobre la vida de Alonso de Aragón, los *Anales* y la

⁵¹ Nos referimos a obras como: Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, *Milán y el legado de Felipe II: gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias*, Madrid, 2001; Joan-Lluís Palos, *La mirada italiana: un relato visual del imperio español en la corte de sus virreyes en Nápoles (1600-1700)*, Valencia, 2010; Carmen Morte García, “La representación del rey en la Corona de Aragón”, en *La Corona de Aragón. El poder y la imagen de la Edad Media a la Edad Moderna*, Madrid, 2006, pp. 54-93 estudio limitado a lo puramente artístico o relacionado con la historia del arte; Carlos José Hernando Sánchez, “«Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona». El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II”, en *Felipe II y el Mediterráneo*, vol. III, Madrid, 1998, pp. 215-338; muy general por su parte el libro de Rogelio Pérez-Bustamante, *El gobierno del imperio español. Los Austrias (1517-1700)*, Madrid, 2000; Manuel Rivero, *Felipe II y el gobierno de Italia*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 1998; Jordi Buyreu Juan, *La Corona de Aragón de Carlos V a Felipe II. Las instrucciones a los virreyes bajo la regencia de la princesa Juana (1554-1559)*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000; de menor interés pese a sus títulos por lo generales que son los trabajos de Adolfo Castillo Genzor, *Los virreyes, que desde 1482 a 1601 ocupan en nuestro reino la cima más alta del poder político*, Zaragoza, 1963 y Josep Juan Vidal, *Els virreis de Mallorca (ss. XVI-XVII)*, Mallorca, 2002. En congresos recientes ha habido también algunas comunicaciones sobre el tema, unos ejemplos son: Carlos González Reyes, “Entre Cataluña y Sicilia. Las cortes virreinales en el Mediterráneo en el tránsito de Felipe II a Felipe III”, en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Investigadores en Historia Moderna. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 383-397; Diego Sola, “Jusepe Renao y el ceremonial de la corte de los virreyes de Nápoles”, en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Investigadores en Historia Moderna. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 443-454.

⁵² Conde de la Viñaza, *Los Cronistas de Aragón*, (ed. de María del Carmen Orcástegui Gros y Guillermo Redondo Veintemillas), Zaragoza, 1986, pp. 17-49.

Historia del rey don Hernando el Católico, siendo esta continuación de la primera.⁵³ En la primera se cubre en veinte volúmenes desde la dominación musulmana hasta la caída de Granada, mientras que la segunda prosigue la historia hasta la muerte de Fernando II en 1516. Por lo tanto, han sido los libros XIX y XX de los *Anales* los consultados para obtener información sobre la vida del arzobispo; reducida a su nacimiento, provisión del arzobispado y algún detalle más. La *Historia* reviste gran interés, ya que aunque está centrada en la política italiana del rey Católico, presta atención a distintos asuntos, por ejemplo, los disturbios de Andalucía, provocados por el conde de Ureña. Además dibuja numerosos pasajes en los que intervienen personajes ilegítimos de sangre real, como el duque de Villahermosa, los hijos de Alonso de Aragón o su primo el obispo de Huesca. Por lo tanto, resulta fundamental para comprender el entorno político de comienzos del siglo XVI.

Otro cronista de importancia empleado es J. de Blancas y sus *Comentarios de las cosas de Aragón*.⁵⁴ En este libro, el sucesor de Zurita ofrece un bosquejo más o menos completo de la historia de Aragón, así como una historia de los distintos justicias del reino. Pese a que hay algo de información sobre Alonso de Aragón, sobre su rival el justicia Juan III de Lanuza no hay ni rastro en su biografía. Sí que se da alguna noticia sobre su linaje, lo cual siempre es de interés. Por último, incluye un episcopologio que no es sino una lista de los distintos obispos y arzobispos de Zaragoza, por lo que tan apenas resulta de ayuda.

Los Anales de Argensola continúan los de Zurita donde éste había dejado la historia, en la muerte de Fernando II, hasta 1520.⁵⁵ Por lo tanto se tiene una obra de gran valor histórico ya que detalla en sus múltiples páginas lo acaecido en los últimos años de vida de Alonso de Aragón y los más turbulentos, ya que tuvo que mantener el poder de una forma u otra en la ausencia del príncipe Carlos. A lo largo de sus cerca de mil páginas no informa únicamente de lo sucedido en Aragón –reino al que da

⁵³ Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón*, (ed. Ángel Canellas López), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1977-1985; Ángel Canellas López, *Índices analíticos de los Anales de la Corona de Aragón de Jerónimo Zurita*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1985; Jerónimo Zurita, *Historia del rey don Fernando el Católico. De las empresas, y ligas en Italia*, (ed. electrónica José Javier Iso [coord.]), 1580. Sobre el celebrado cronista, el dossier entero dedicado en *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, nº 88 (2013).

⁵⁴ Jerónimo de Blancas, *Aragonensium rerum comentarii*, (ed. facsímil de Guillermo Redondo Veintemillas y Esteban Sarasa Sánchez, 1996), Zaragoza, 1588.

⁵⁵ Bartolomé Leonardo Argensola, *Anales de Aragón [Prosiguen los Anales de Jerónimo Zurita desde 1516 a 1520]*, (ed. Javier Ordovás Esteban), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013. Esta obra contiene un aparato crítico de gran calidad, que ayuda a la correcta comprensión del texto así como información complementaria en muchos pasajes.

preeminencia, lógicamente- sino que también informa de lo sucedido en otras partes, como la conquista de México. Sin embargo, casi todos los asuntos que relata de Castilla guardan relación con los de Aragón. Por poner un ejemplo, las correrías de Pedro Girón en Andalucía están estrechamente ligadas con el reino ya que el arzobispo había casado a una hija suya con el duque de Medina Sidonia. Por lo tanto, es de gran ayuda a la hora de seguir tramas políticas paralelas. Además tiene la delicadeza de “dejar hablar a las fuentes”, ya que se incluyen bastantes cartas, minutas y algún testamento inserto en el texto para que el lector comprenda por sus propios medios cómo transcurrían los distintos asuntos. Es cierto que en ocasiones el cronista del reino trata de justificar ciertas acciones de Alonso de Aragón o de defenderlo en situaciones algo comprometidas.

La siguiente obra utilizada son las *Historias eclesiásticas y seculares* de V. Blasco de Lanuza, una historia hasta 1618 que arranca en la Guerra de Granada.⁵⁶ A ser bastante amplio el marco temporal y no contar con muchas páginas, así como introducir numerosas informaciones “eclesiásticas”, no es sino complemento de los anteriores cronistas, más completos. Sin embargo, ofrece datos sobre los distintos sínodos y los títulos que promulgaron, algo de que carecen las anteriores narraciones históricas, que podrían etiquetarse de puramente “seculares”.

Continuando con los historiadores del reino, encontramos los *Anales* de Fco. D. de Sayas, que por los años que abarca, no ofrece ningún dato sobre Alonso de Aragón - arranca en el año de su muerte- si bien sí lo hace de su hijo, Juan II de Aragón.⁵⁷

Por su parte, el último cronista del reino, D. J. Dormer resulta de cierto provecho por incluir numerosa documentación también, como hizo el ya mencionado Argensola. Hay algún documento que resulta novedoso, así como bastantes detalles ignorados por otros cronistas, gracias a que en su día tuvo acceso a distintas cartas, no sólo entre Alonso de Aragón y el príncipe. Presta especial atención a los Castro y la familia del infante Enrique, duque de Segorbe, algo que en el resto de autores apenas aparece en una línea. Tampoco hay una edición crítica del mismo, por lo que es necesario consultar el original.⁵⁸

⁵⁶ Vicencio Blasco de Lanuza, *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón en que se continúan los annales de Çurita...*, Zaragoza, 1622.

⁵⁷ Francisco Diego de Sayas, *Anales de Aragón desde el año 1520 hasta 1525*, Zaragoza, 1666.

⁵⁸ Diego José Dormer, *Anales de Aragón*, Zaragoza, 1697.

Aparte de los historiadores oficiales del reino de Aragón, cabe subrayar que el arzobispo Hernando de Aragón, hijo de don Alonso, escribió varias obras de historia. Aparte de un nobiliario y otra sobre los reyes de Aragón, la de mayor valor han de ser los cuatro volúmenes de *Catálogo historial de los arzobispos y obispos del reino de Aragón, su Corona y de su diócesis*. Esta obra ha de tomarse con cierta cautela ya que no deja de escribir sobre, entre otros, su propio padre; es mediante otros autores que lo citan es conocido que excusaba a Alonso de Aragón de haber tenido hijos pese a disfrutar de una dignidad eclesiástica ya que sólo cantó misa una vez y lo hizo tardíamente.⁵⁹ Se tiene conocimiento también de la existencia de otros episcopologios sitos en el archivo de la Seo de Zaragoza, de variable calidad, elaborados por distintos canónigos.

Inédita sigue la obra de D. de Espés, autor coetáneo de Blancas, quien escribió una *Historia eclesiástica de Zaragoza*, posiblemente de interés para completar aquello que Blasco de Lanuza en su apretada síntesis dejó en el tintero.⁶⁰ El libro publicado en 1616 por Fr. D. Murillo no tiene en sí misma un gran valor histórico, sin embargo menciona el suceso del asesinato del inquisidor Pedro de Arbués. Precisamente por ser Alonso de Aragón en aquellos momentos arzobispo reviste mayor interés, ya que evitó un ataque popular contra los judíos.⁶¹ Un autor más tardío es el P. L. de Zaragoza, quien a finales del siglo XVIII publicó una serie de volúmenes sobre la Iglesia en Aragón, que posiblemente por lo alejado en el tiempo, no ofrezca muchas noticias que no aportaran ya los anteriormente mencionados.⁶²

La última fuente, si bien la menos empleada por lo reducido de su extensión temporal es la del cortesano L. Vital, quien acompañó en su primer viaje a España al príncipe Carlos. Se marchó con el infante Fernando, de manera que estuvo menos de un año en la Península. Son muy curiosas y pintorescas las tradiciones y comportamientos de los distintos nobles, el pueblo, la vida en el mar, las justas, etc. Para el presente

⁵⁹ Los títulos de sus trabajos conocidos, manuscritos todos son: *Nobiliario de las casas principales de España: Castilla, Aragón, Navarra y Vizcaya*; *Historia de los serenísimos reyes de Aragón* y el *Catálogo historial de los arzobispos y obispos del reino de Aragón, su Corona y de su diócesis* en 4 vols.

⁶⁰ Diego de Espés, *Historia eclesiástica de la Ciudad de Zaragoza desde la venida de J.C. Señor y Redentor nuestro, hasta el año 1575*, 1598 (manuscrita).

⁶¹ Fray Diego Murillo, *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica y Apostólica de la Madre de Dios y excellencias de la Imperial Ciudad de Çaragoça*, Zaragoza, 1616.

⁶² Lamberto de Zaragoza, *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragón*, Pamplona, 1785.

trabajo apenas interesan dos capítulos, el encuentro de Carlos con el arzobispo de Zaragoza en Mojados y la marcha de Fernando.⁶³

⁶³ Laurent Vital, *Primer viaje a España de Carlos I con su desembarco en Asturias*, (ed. José María Gómez-Tabanera), Grupo Editorial Asturiano, Oviedo, 1992.

III. Nacimiento de Alonso de Aragón

Comúnmente se ha aceptado como buena la fecha de 1470 para la venida al mundo de Alonso de Aragón, el primer hijo varón de Fernando II quien por entonces era rey de Sicilia. Según lo relata J. Blancas, el futuro arzobispo de Zaragoza fue fruto de los amores del príncipe heredero con Aldonza de Iborra y Alemán, mujer que le dio también una niña llamada Juana, quien posteriormente casaría con el duque de Frías.⁶⁴ Por su parte, J. Zurita ofrece una variante de la historia, dándole el nombre de Aldonza Roch de Iborra a la madre y niega que tuviera una niña más, ya que según el cronista, “parece en algunas memorias que don Alonso de Aragón había nacido en aquella villa de Cervera en el año 1470, y que doña Juana hija también natural del rey nació un año antes en la villa de Tárrega; y que fuese de diferente madre parece por el primer testamento”.⁶⁵

Si se toma la fecha de su nacimiento como buena, 1470, significaría que Alonso de Aragón nació con posterioridad al matrimonio de Fernando II e Isabel, siendo por lo tanto, bastardo. Sin embargo, esto no parece ser así ya que J. Vicens Vives descubrió por una carta de Juan II que había ya indicios de su existencia al menos antes de marzo de 1469, si bien A. Durán Gudiol precisa que fue en 1468 pero sin entrar en detalles.⁶⁶ Esto convierte al primogénito del rey de Sicilia en hijo natural, como ya hemos explicado anteriormente. El mismo autor confirma la tesis de Zurita de que Alonso y Juana, si bien fueron tenidos próximos en el tiempo, no fueron hermanos uterinos, ya que:

Suele atribuirse la maternidad de Alfonso y Juana a doña Aldonza Ibarre de Alamán, o bien a doña Aldonza Ruiz, vizcondesa de Evol. Lo cierto es que si es fácil atribuir a esta dama el nacimiento del futuro arzobispo de Zaragoza, en cambio en la documentación aparece como

⁶⁴ J. de Blancas, *Aragonensium*, pp. 252-253.

⁶⁵ Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón*, vol. 8, (ed. Ángel Canellas López), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1977, p. 338.

⁶⁶ J. Vicens Vives, *Historia crítica*, pp. 207-208: “Lo cierto es que antes del 10 de marzo de 1469 [el príncipe Fernando] era padre de un hijo, que fue bautizado con el nombre de Alfonso –el futuro arzobispo de Zaragoza-. Podemos precisar esta fecha porque tal día poseemos un grupo de cartas, expedidas por Juan II, al objeto de que su enviado en la corte pontificia, el obispo de Mallorca, gestionara en Roma la concesión de sus nietos, don Juan y don Alfonso del archidiaconato de Játiva y el archidiaconato de Daroca y el priorato de Roda, respectivamente.” A. Durán Gudiol, “Juan de Aragón”, p. 32: “[...] Alfonso de Aragón, nacido ilegítimamente del rey Católico en 1468 [...]”

madre de doña Juana una mujer llamada Joana Nicolava, a la que debemos considerar de humilde extracción.⁶⁷

En conclusión, parece claro que mientras el rey combatía en Cataluña a los franceses, tuvo a su primer hijo antes de marzo de 1469 en Cervera. Casualmente, el cronista Argensola arroja algo de luz sobre el tema, ya que cita una breve semblanza de Alonso de Aragón escrita por don Hernando, su hijo. Aunque este yerra en la edad con la que fue provisto de la sede, dice que fue “hijo del Rey Católico don Fernando y de doña Aldonza Ivorra y Alemán, señora catalana, fue bastardo, aunque podía ser legítimo porque el rey y ella eran sueltos”.⁶⁸ Por lo tanto, su propio hijo desveló los detalles sobre su nacimiento.

⁶⁷ J. Vicens Vives, *Historia crítica*, p. 208.

⁶⁸ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 962.

IV. Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza

Una idea del poder que subyace a todo el Antiguo Régimen es el servicio. El servicio al rey es el concepto renovado del famoso *auxilium* plenofeudal. Para estar en posibilidades de ayudar a la monarquía, había que contar con los recursos disponibles, que al fin y al cabo, es el soberano quien los administra y otorga. Por lo tanto, conforme más prebendas y mercedes se obtuvieran, más y mejor se podría servir al rey. Es una idea que aparece siempre en el discurso del momento, sobre todo en la pluma de Alonso de Aragón. Por lo tanto, el poder no es en estos momentos acumularlo en las reales manos sino –y así con toda la sociedad- hacer que los adláteros ocupen puestos de poder, para en un momento determinado, poderlo usar en servicio del que se lo ha concedido.⁶⁹ Un ejemplo claro es con la colocación de los bastardos en todos los puestos de importancia ya referidos. También se ha querido ver la colocación en estos puestos dentro de Aragón una forma de obtener fuertes rentas por la dificultad de obtener servicios; idea complementaria pero bastante discutible.⁷⁰ Por lo tanto, los obispados como acúmulo de un inmenso poder temporal y el monopolio del espiritual, entraron dentro de esta dinámica, que evidentemente, no comenzaron los Reyes Católicos si bien éstos la fueron implementando.⁷¹

Sobre los emolumentos de las diócesis, popularmente se ha considerado el diezmo como la principal fuente de ingresos, algo que no es del todo correcto:

Ahora bien, el clérigo no subsistía con esta aportación de los fieles sino que vivía de su beneficio: la mitra, la canonjía, la parroquia, la capellanía, la ración, etc. Era una masa de bienes muebles e inmuebles, urbanos y rústicos, cuyas rentas y frutos pasaban al titular del mismo. [...]

⁶⁹ T. de Azcona, “Reforma del episcopado”, p. 151: “Hablando en teoría y con rigor, no se puede afirmar que la intervención de Fernando, de Isabel y de Carlos I fuera regalista, ya que no trataban de controlar las funciones espirituales de un magisterio, de orden o de jurisdicción; buscaban un control de las personas que iban a ser pastores y señores de los obispados, a fin de no tenerlos en la oposición, sino colaborando activamente con la Corona.”

⁷⁰ F. Fernández Serrano, *Obispos auxiliares*, pp. 19-20: “Siendo las entradas económicas pequeñas y el gobierno nada fácil, por la multitud de privilegios y libertades, se comprende con cuánto interés habrían de trabajar los reyes por mantener a hombres de su confianza, y de su familia, en la posesión y dirección del arzobispado zaragozano.”

⁷¹ T. de Azcona, “El episcopado español”, p. 38: “[los Reyes Católicos] Comprobaron que era necesario unir a la corona el episcopado, que manejaba religión, señorío y rentas. Concibieron pronto que les convenía dejar del episcopado a los hijos segundones de familias nobles y concederlo a los clérigos, seculares y también religiosos, procedentes de familias de la clase media [...].”

Se corrió siempre el peligro de entrar, por medio del beneficio, a formar parte de un sistema burocrático en el que se cobraban unos frutos, pero rehuendo responsabilidades.⁷²

Por lo tanto la única forma de aumentar la percepción de dinero era precisamente mediante la acumulación, en muchos casos sin medida, de los beneficios eclesiásticos.⁷³ Era algo completamente normal en la época y en toda Europa; hay un océano de ejemplos. No se tenía ningún empacho en nombrar para las mayores sedes a hijos de príncipes sin ninguna vocación sacerdotal. Un caso palmario puede ser Alberto de Brandeburgo, quien con 24 años era arzobispo de Maguncia (y por tanto, príncipe elector) y Magdeburgo así como obispo de Halberstadt. Don Alonso por su parte también acumuló un gran patrimonio eclesiástico ya que gozó de dos arzobispados y varios abadiados en su momento álgido. Una lista más o menos completa de sus dignidades más importantes: arzobispo de Zaragoza (1478-1520), arzobispo de Monreal de Sicilia (1477-1512) que permutó por el arzobispado de Valencia (1512-1520). Fue abad de Montearagón, Rueda, San Victorián y San Cugat del Vallés; prior de Santa Ana y archimandrita de Sicilia. En definitiva, visto el ejemplo anterior del príncipe Alberto, no era algo anormal en la época aunque pueda parecer escandaloso.⁷⁴ Por si todos estos cargos pudieran parecer poco, según él mismo su hermanastra Juana I y su marido, Felipe I, le habían prometido la archidiócesis de Sevilla o Toledo en cuanto quedaran vacantes y al parecer, hasta los Reyes Católicos.⁷⁵

Esta costumbre de acumulación de cargos eclesiásticos, que pervivió hasta bien avanzada la era tridentina produjo un acusado absentismo. A tal efecto se nombraban

⁷² T. de Azcona, “Reforma del episcopado”, p. 183.

⁷³ Sobre la cuestión de la renta eclesiástica, véase Maximiliano Barrio Gonzalo, *El sistema benefical de la Iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Publicaciones Universidad de Alicante, Alicante, 2010, pp. 141-174.

⁷⁴ No del todo exacto o completo resulta A. Durán Gudiol, “Juan de Aragón”, p. 32: “[...] Alfonso de Aragón, nacido ilegítimamente del rey Católico en 1468, acumulador de prebendas eclesiásticas: obispo de Monreal de Sicilia (1477-1512), arzobispo de Zaragoza (1478-1520) y arzobispo de Valencia (1512-1520), además de abad de San Victorián de Sobrarbe y de Montearagón (1492-1520); ejerció también de regente [...]”. Sin embargo, la mejor información viene por la pluma de don Hernando quien añade varias más, citado en ídem, p. 962: “[...] y tuvo la camarería (dignidad muy pingüe en su iglesia arzobispal de Zaragoza), un cuento de renta en las hierbas del maestrazgo de Alcántara, con otras muchas prebendas, y todas ellas, el arzobispado de Monreal en Sicilia, y dejole por el de Valencia el año mil quinientos y doce.” Otros beneficios menores, citados en T. de Azcona, *La elección y reforma*, p. 103, véase nota 55.

⁷⁵ En las propias palabras del arzobispo en una carta fechada el 7 de marzo de 1517 al príncipe Carlos; B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 377: “Los Católicos rey don Fernando y doña Isabel, mis señores, teniendo voluntad de facerme muy crecidas mercedes por lo que yo me disponía en servicio de Dios y de Sus Altezas, y que me habían de dar la iglesia de Sevilla y la de Toledo, siempre que vacasen, me hicieron merced de por vida de un cuento de maravedís sobre las yerbas del maestrazgo de Alcántara, como vos sabéis.”

procuradores, para que gestionaran material y espiritualmente las distintas sedes por sus propietarios. Hay que distinguir dos tipos: por una parte, los meros vicarios generales, encargados de los temas seculares y administrativos; por otra, los obispos auxiliares, al tanto de lo espiritual. Estos obispos, considerados de segunda fila eran también denominados coadjutores y estaban adscritos a la persona, no al cargo episcopal. Podían recibir distintas denominaciones, como sufragáneo, de gracia, de anillo, visitador, vicario y auxiliar.⁷⁶

a) La mitra cesaraugustana

La archidiócesis de Zaragoza era sin lugar a dudas la más importante y rica de la Corona de Aragón; desde su elevación a sede metropolitana en 1318 se extendía por cuatro reinos (Navarra, Castilla, Aragón y Valencia) con siete mitras aparte de la cesaraugustana. A finales del siglo XV estos eran Santo Domingo de la Calzada, Calahorra, Pamplona, Huesca, Tarazona, Albarracín y Segorbe, además de Zaragoza.⁷⁷ Si bien no se disponen de datos de las rentas que proporcionaba el territorio para finales del siglo XV, se puede tener una idea lejana de su gran valor atendiendo a los datos del siglo XVII, cuando ya había sido despojada de varias diócesis en época de Felipe II y reducida prácticamente a los límites del reino. Aún así, se podían obtener en la década de 1600-1610 unas rentas de 50.000 ducados anuales, situada entre las más ricas de España.⁷⁸ Por lo tanto, en la época que nos ocupa, en proporción su poderío económico sería algo superior (teniendo en cuenta que aunque se le quitaron diócesis, durante el siglo XVI, la Iglesia acumuló tierras y rentas).

a) La provisión del arzobispado

Tras una larga enfermedad, el 19 de noviembre de 1475 moría el arzobispo de Zaragoza Juan de Aragón, hijo espurio de Juan II. Diez días más tarde, Fernando le escribía una carta a su padre pidiéndole que rogara por la provisión de la mitra a su único hijo varón. Esto fue realizado así ya que a finales del siglo XV había varias

⁷⁶ F. Fernández Serrano, *Obispos auxiliares*, p. 36: “En la pura teoría son considerados como los demás obispos, pero sus facultades se desarrollan sólo en el campo sacramental. En la vida externa carecen casi por completo de facultades, y de funciones, como si fueran obispos de segundo grado.”

⁷⁷ D. Mansilla, “Panorama histórico-geográfico”, p. 11.

⁷⁸ J. R. Royo García, “Los obispos aragoneses”, pp. 78-79: “Zaragoza, según el obispo Manrique (1614), contaba con un cabildo catedralicio de 12 dignidades, 24 canónigos, 60 racioneros y 16 parroquias, y en la diócesis existían dos colegiatas y 300 parroquias. Según Cabrera de Córdoba, la mitra, cuando fue nombrado Tomás de Borja, valía más de 50.000 ducados.”

formas de elegir a un nuevo prelado, ya fuera desde la Curia, mediante elección del cabildo catedralicio o por súplica de la Corona ante la Santa Sede.⁷⁹ Su abuelo no perdió el tiempo y pidió rápidamente al pontífice que se nombrara a su joven nieto, que atendiendo a lo anteriormente citado, rondaría los seis años.

Esta petición no convenció al colegio cardenalicio, ya que Alonso era todavía demasiado corto en edad como para poder ser arzobispo, por lo que se ofreció a Ausías Despuig quien era buen servidor del rey de Aragón. Así se expidió la provisión el 15 de diciembre de 1475; un día más tarde llegaba la misiva del rey a su factótum en la corte pontificia, el cardenal de Tarazona. El nuevo arzobispo de Zaragoza disfrutaba ya de varios cargos importantes además de ser arzobispo de Monreal y la dignidad cardenalicia. Algún autor ha señalado que todo el asunto fue una especie de malentendido entre el rey y el papado, ya que éste último sólo lo hacía con buena intención por lo buen servidor que era el cardenal del rey de Aragón y del príncipe.⁸⁰ Esta posición es claramente insostenible por lo rápido que se efectuaron todas las diligencias, ya que en cuestión de menos de un mes se despachó la mitra a don Ausías y éste y la curia tuvieron que soportar numerosas fuerzas para acabar cediendo.

La diplomacia aragonesa se negó rotundamente a este nombramiento y el rey Juan II, hondamente indignado con el asunto, comenzó a presionar al nuevo arzobispo de Zaragoza por todos los medios posibles.⁸¹ El primer paso fue confiscar las rentas de Monreal y el priorato de Santa Cristina y como el cardenal seguía en su obstinación, se le concedió un plazo, fuera del cual se ocuparían las fortalezas y rentas de un tío suyo maestro de Montesa, que se darían al pequeño Alonso de Aragón.⁸² Paralelamente se habían iniciado las conversaciones para casar a la infanta Juana, hija de Juan II con el rey de Nápoles. De esta manera, se esperaba que entre el rey Ferrante, sobrino del rey de Aragón y el propio Luis Despuig, el tío de don Ausías -quien veía comprometido su patrimonio- acabaran por reunir las dos posturas para conseguir la renuncia y torcer la

⁷⁹ T. de Azcona, "El episcopado español", p. 32.

⁸⁰ V. Blasco de Lanuza, *Historias eclesiásticas*, pp. 94-95.

⁸¹ ACA. Reg. 3393 fol. 167 dice así el rey Juan II: "Tres letres vostres recebem de 15, 16 e 19 de decembre; per aquelles entenem lo modo ques es servat en la provisio del Arzobisbat de Zaragoza e altres dignitats, de que havem presa tanta molestia com de cosa alguna en tots los dias de nuestra vida, per voler usar vassalls nostres per nos beneficcats de tanta pressumpcion, temeritat e ingratitut, que de certa sciencia se sien per ells acceptats beneficis contra expressa voluntat nostra en descret del nostre net e fill del Serenissimo rey de Castella, al stat et servey nostre e daquell conferei molt la provisio per nos demanada e perço donam lo sentiment que mereix de tal acte al Reverendo Cardenal de Monreal e dariem a vos sins constara haver usat de la ingratitut e presumpcio que ha usat lo dit Cardenal [...]" Ápud T. de Azcona, *La elección y reforma*, pp. 99-100.

⁸² J. Zurita, *Anales de Aragón*, vol. 8, pp. 338-339.

voluntad de la curia a favor del hijo del príncipe Fernando.⁸³ La provisión fue expedida el 14 de agosto de 1478, por lo que el litigio se alargó casi tres años, quedando finalmente don Alonso como administrador perpetuo –igual que lo había sido su tío Juan I de Aragón-, ya que no había recibido las órdenes todavía por su edad así como otras restricciones en el plano espiritual hasta alcanzar la edad adecuada.⁸⁴

Por lo tanto, Alonso de Aragón acabó tomando posesión como administrador perpetuo el 27 de mayo de 1479, cuando contaba con unos diez u once años. Tal y como relata Blasco de Lanuza, “fue nombrado por el Cabildo Vicario General el Prior de la Seo, que se dezia Micer Miguel Ferrer, persona de grandes prendas; y por Oficial, Micer Ceruera: para que con el Arçobispo juntamente gouernasse el Cabildo assi las cosas espirituales, como temporales tocantes a la mitra.”⁸⁵ Finalmente el cabildo fue excluido, quedando únicamente, por orden del papa Sixto IV, el prior de la Seo como encargado de los negocios, se supone que únicamente los espirituales por ser en los únicos que por edad (siendo menor de 16 años) no podía atender correctamente.

b) Pastor de almas

Su vida dedicada a la Iglesia no todo lo ejemplar que se supondría, ya que únicamente cantó misa una vez, para ordenarse, y fue casi forzado a ello; sin tener en cuenta su amancebamiento con Ana de Gurrea. Teniendo en cuenta este aparente desinterés, para poder ejercer su episcopado, tuvo que valerse de diversos obispos auxiliares a lo largo de su pontificado.⁸⁶

⁸³ T. de Azcona, “Relaciones de Rodrigo de Borja”, p. 25: “Sabemos que el colegio cardenalicio representaba a Sixto IV que aquello no era honroso para la curia romana, palabras en las que parece escucharse la voz crítica del vicescanciller Borja.”

⁸⁴ J. Zurita, *Anales de Aragón*, vol. 8, p. 340: “Y así un viernes a 14 del mismo [agosto] en consistorio la hizo en persona de don Alonso de Aragón con administración perpetua; y halláronse presentes el cardenal de Valencia vicescanciller y el cardenal de Roan, don Pedro Ferriz cardenal de Tarazona y los cardenales de Racanato y Sant Nidal.” T. de Azcona, *La elección y reforma*, p. 102: “La bula *Regimini Universalis Ecclesiae* estaba expedida en Braciano a 14 de agosto 1478. [...] la provee en el niño Alfonso de Aragón, canónigo de Lérida de edad de nueve años, dispensándole del defecto de natalidad. La provisión incluía varias cláusulas, que es necesario no olvidar. Solamente cuando llegase a los 25 años quedaría constituido como verdadero arzobispo; mientras tanto sólo sería administrador. Además de momento, se le concedía sólo la administración temporal, *in temporalibus*; el régimen espiritual, *in spiritualibus*, confiado al prior y cabildo de la catedral, pasaría a sus manos, cuando cumplierse los 16 años.”

⁸⁵ V. Blasco de Lanuza, *Historias eclesiásticas*, p. 95.

⁸⁶ F. Fernández Serrano, *Obispos auxiliares*, p. 26: “Don Alonso recibió las órdenes sagradas de presbítero y obispo en el monasterio cisterciense de Santa Fe, pero bajo las presiones de su madrastra, la reina Isabel [...]” Para un compendio de los obispos auxiliares que ejercieron como tales durante el episcopado de Alonso de Aragón, víd. *ibidem*, pp. 46-66.

Sobre el pontificado de Alonso de Aragón no se tiene gran información disponible según las fuentes consultadas pero se conoce que puso en marcha la aplicación de las constituciones que habían sido aprobadas en su día por sus predecesores, entre los que estaba su tío Juan. A Blasco de Lanuza le pareció muy notable la dicha constitución por la cual trata la observancia de todas las anteriores; observancia a la que todos estaban obligados, empezando por él y sus oficiales.

Pese a desarrollar su vida episcopal bajo el concubinato, todo indica a que no descuidó su labor pastoral, ya que celebró cinco sínodos provinciales en los poco más de cuarenta años que ocupó la sede cesaraugustana, primero con una regularidad de ocho años y el último con quince respecto al anterior. Aunque el autor no ofrece más que algunos títulos de los sínodos, considero que se puede destilar de los mismos –en la tónica general de finales del XV- una intención reformadora de las conductas clericales, lo que no deja de ser en buena medida irónico:

Sus Synodos fueron el año 1479 en Çaragoça a los onze de Deziembre 1487. Y el año mil quatrocientos nouenta y cinco. El año mil quinientos, y la postrera el año mil quinientos quinze. [...] Los principales titulos a que se reduxeron son, *El de Suma Trinitate, & Fide Catholica: de vita & honestate Clericorum: de foro competenti: de Clericis non residentibus: de sepulturis: de Decimi & Primitiae: de Celebratione Mißarum: de Reliquiis & veneratione Sanctorum: de immunitate Ecclesiarum: de Synmonia: de Paenitentiis, & remissionibus*, y otras muchos, los cuales fuera cosa prolixa ponerlas aqui. Demas que ay muchas Constituciones, que se llaman extrauagantes: porque no se pudieron reduzir a aquellos titulos generales.⁸⁷

Fray Diego Murillo por su parte indica que hubo cuatro sínodos diocesanos, que por su contenido “cosas de grande prouecho para el aumento del culto Divino, y reformation de costumbres”.⁸⁸ ¿Fueron a nivel de la archidiócesis (provincial en ese caso) o sólo para Zaragoza? Por el contenido, coincidente con lo indicado por Blasco de Lanuza todo indica que a escala metropolitana. Sin embargo, por no ofrecer más detalles, parece más fiable la información de los cinco sínodos en lugar de los cuatro. No deja de ser un buen indicador de la intensa actividad pastoral si se atiende a que en

⁸⁷ Ibídem, p. 96.

⁸⁸ D. Murillo, *Fundación milagrosa*, p. 244.

la Corona de Aragón, entre 1475 y 1558 se celebraron 9 sínodos en Zaragoza.⁸⁹ Por lo tanto, Alonso de Aragón –y sus administradores- convocaron más de la mitad de éstos.

Siguiendo con los sínodos, estos lo fueron de la provincia por lo que reunían –en teoría- a todos los obispos de la archidiócesis. Sin embargo, hubo otros de menor tamaño, de los que se tiene noticia por los cronistas. Por ejemplo, en 1517 tuvo lugar uno a nivel del reino de Aragón para valorar si se paga a la Corona la décima de bienes y frutos durante tres años. Los prelados aragoneses se negaron en redondo a dicha propuesta, algo que muy posiblemente fue compartido por el resto del clero hispano; de hecho el cardenal Cisneros era de la misma opinión.⁹⁰ Llama la atención que el mitrado de Zaragoza, quien tan solícito se había mostrado con su padre en temas económicos hacía relativamente poco tiempo, con el nuevo monarca fuera tan reticente.

Aunque las historias eclesiásticas referidas a don Alonso por Blasco de Lanuza son breves, sí sirven para acercarse a las relaciones entre el arzobispo de Zaragoza y el cabildo metropolitano. Ya se ha mencionado anteriormente cómo este quedaba en un principio como administrador durante su minoría de edad. En esta ocasión se relata un milagro acaecido en 1490 por mediación de San Valero, patrón de Zaragoza, el cual al parecer fulminó a Bernardo Jover –quien al parecer era catalán o valenciano-, obispo y vicario general del hijo de Fernando II. La historia en sí carece de importancia pero ofrece un marco de referencia interesante.

El 20 de marzo de 1490, “auia disputas entre el Arçobispo Don Alonso, y el Cabildo, sobre la nominación de los administradores de la fabrica”.⁹¹ Como administradores el cabildo tenía colocados al arcediano de Teruel y a un canónigo de Zaragoza. Pero al parecer, el dicho vicario general del prelado quiso entrometerse en las funciones de los fabriqueros y tuvo problemas con ellos y con el subprior, quien les dio la razón contra las ingerencias Jover. Lo interesante son dos puntos. Primero, que el relato del milagro señala las tensiones existentes entre el arzobispo y el cabildo, quienes no siempre tenían intereses coincidentes; en este caso diametralmente opuestos ya que ambos querían imponer sus propios fabriqueros. Segundo, que don Alonso en estos momentos empleaba para estas cuestiones a un subordinado, quien además era extraño del reino. Que se nos refiera a este sujeto como criado o nacido en los estados vecinos

⁸⁹ T. de Azcona, “Reforma del episcopado”, p. 176.

⁹⁰ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 433.

⁹¹ *Ibidem*, p. 134.

es interesante, ya que nos indica que la gente de confianza del prelado no eran únicamente regnícolas sino que tenía redes más extensas.

A camino entre sus funciones religiosas y seculares, se encuentran los sucesos de 1485. Siete años antes se había creado el Santo Oficio para perseguir, principalmente, a criptojudíos; y en 1484 se había nombrado inquisidor de Aragón a Pedro de Arbués, canónigo de la Seo. El día 17 de septiembre del año siguiente murió como consecuencia de las heridas sufridas tras su intento de asesinato días antes. Esto fue aprovechado por diversos sectores para agitar al populacho, que salió armado a la calle dispuesto a poner fuego a las viviendas de los judíos y nuevos cristianos zaragozanos. Únicamente la actuación del arzobispo controló la situación, ya que según relata Zurita salió a caballo a templar los ánimos de los vecinos. Es destacable que en esos momentos contaba con unos dieciséis años de edad.⁹²

Otro momento en el que tuvo que echar mano de su autoridad, quizás ya no únicamente eclesiástica fue en 1518, con motivo de la visita de Carlos a Zaragoza a celebrar cortes. Por los problemas habidos sobre si el reino debía jurarlo o no como rey, el conde de Benavente había dicho que más valdría invadirlo, a lo que el de Aranda le contestó airado. Por la noche, ambos condes con sus respectivas cuadrillas la emprendieron a cuchilladas en la calle, de manera que el arzobispo tuvo que salir de su casa para restablecer la paz.⁹³

⁹² J. Zurita, *Anales de Aragón*, vol. 8, pp. 505-506: “Habiéndose cometido el caso más atroz que se ejecutó en esta ciudad después que fue destruido en ella el paganismo antes que amaneciese hubo gran turbación y tumulto dando voces diversas personas del pueblo por las calles diciendo: «a fuego a los conversos que han muerto al inquisidor». Y fue tan grande el estruendo y alteración de la gente armada que concurría a la iglesia mayor como si ardiera en llamas o fuera entrada la ciudad por los enemigos; y la gente estaba tan conmovida que hubo de salir don Alonso de Aragón arzobispo de Zaragoza con un caballo por la ciudad y se tuvo grande temor que no llevasen a cuchillo los principales conversos.” D. Murillo, *Fundación milagrosa*, p. 179: “[...] que si no saliera el Arçobispo don Alonso de Aragón personalmente sobre un caualllo a sossegar a la gente los abrasaran a todos: tal fue el sentimiento que el pueblo tuuo por la muerte del santo y la offensa hecha a la Inquisición.”

⁹³ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 618.

V. La cumbre de la responsabilidad: 1516-1520

Fernando el Católico, casado desde 1505 con su nueva esposa Germana de Foix, vio a partir de 1513 cómo su salud comenzaba a deteriorarse a marchas forzadas. Al parecer las exigencias dinásticas –y amatorias– de su joven mujer lo llevaron a tomar “un feo potaje, que la reina le hizo dar para más habilitarle, que pudiese haber hijos”; posteriormente tuvo dolencias de corazón que le provocaron hidropesía. Por ello mismo el rey, según cuenta Zurita, tenía la obsesión de caminar constantemente y no poder estar bajo techo demasiado tiempo.⁹⁴ Pese a que su vigor físico antiguo había entrado en pleno declive, el rey continuó con la energía habitual, siendo la última de sus acciones políticas de importancia las cortes de Calatayud de 1515.

Pese a que a mediados de noviembre de ese mismo año le envió una carta familiar al infante Fernando comentándole cosas relativas a la caza y a la mejoría de su salud, ésta se agravó en enero.⁹⁵ El día 22 de enero de 1516 mandaba redactar sus últimas líneas para el príncipe Carlos así como el testamento; al día siguiente moría el rey Católico. En sus últimas voluntades dejaba una gran responsabilidad a su hijo supérstite, Alonso de Aragón:

E porque entretanto que el dicho ilustrísimo príncipe viene, por ausencia suya e fasta haberlo él proveído no se siga algún escándalo o inconveniente en los dichos reinos, confiando muy enteramente en la prudencia e integridad del ilustre don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza e de Valencia, nuestro muy caro e muy amado fijo, lugartiniente e capitán general, e del deudo e obligación que tiene al bien público de los dichos reinos, servicio e estado del ilustrísimo príncipe, nuestro muy caro nieto, nombramos e señalamos al dicho arzobispo de Zaragoza, nuestro fijo, en nombre del dicho ilustrísimo príncipe, para que administre, proveche y gobierne los dichos nuestros reinos de la Corona de Aragón fasta tanto que el dicho ilustrísimo príncipe lo provea, como dicho es, para que el dicho ilustre arzobispo faga en el dicho tiempo todas las cosas que el dicho ilustrísimo príncipe e gobernador general podría y debería facer, para lo cual le damos e conferimos todo el poder necesario por el presente.⁹⁶

⁹⁴ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. LV.

⁹⁵ Manuel Fernández Álvarez, *Corpus documental de Carlos V*, tomo I, Salamanca, 1973, p. 47. Carta fechada el 12-XI-1515.

⁹⁶ ADPZ MS. 164, FF. 1463r-1516r, actualmente consultable en Ms. 164, 1301.tif a 1355.tif; ápuđ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. CDLXXXII. El testamento completo, íbidem, pp. CDLXV-CDXC.

En síntesis de las palabras del rey, mientras su nieto y heredero de todos sus estados estuviera fuera, Alonso de Aragón sería el encargado de gobernar y administrarlos. Esta designación no tenía efecto inmediato, ya que tenía que pasar por una serie de procedimientos, en principio rutinarios. Tras la lectura de la notificación delante de los diputados y jurados de la ciudad de Zaragoza, el arzobispo aceptó las últimas voluntades de su padre. Sin embargo, el justicia, Juan III de Lanuza no vio que las disposiciones de Fernando II eran acordes con la ley. Para estudiar el tema se hizo una junta de letrados, y:

[...] llamó el Consistorio muchos jurisconsultos, los cuales y sus advogados ordinarios (y los consejeros de la Audiencia Real) concordaron en que la disposición testamentaria y la provisión del Gobierno general en el arzobispo don Alonso repugnaba a los fueros de la patria, en la cual es máxima nunca puesta en duda que no puede haber más de un solo gobernador general, y que lo ha de ser el sucesor del rey, y así entonces pertenecía solo al príncipe don Carlos, supuesto que ya reinaba doña Juana, su madre, cuyo primogénito era.⁹⁷

Aunque resulta algo farragoso el texto del testamento, anteriormente citado, por la repetición de términos, hay dos ideas principales. La primera, que Alonso de Aragón era momentos antes de la muerte del rey Católico lugarteniente general y capitán general. Segunda, Fernando II decretó que “dejamos e nombramos por gobernador general de todos los dichos reinos e señoríos nuestros al dicho ilustrísimo príncipe don Carlos, para que en nombre de la dicha serenísima reina, su madre, los gobierne, conserve, siga y administre”.⁹⁸ Sin embargo, en ausencia del príncipe Carlos –quien estaba en sus estados de Flandes-, el arzobispo de Zaragoza sería el que se encargara del gobierno de los reinos. Esto no queda de todo explícito en el testamento,⁹⁹ pero se puede arrojar luz mediante otras fuentes, como Blancas, quien afirma que “consiguió de su

⁹⁷ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 99.

⁹⁸ *Ibíd.*, p. CDLXXXII.

⁹⁹ Efectivamente, no hay un punto en el que diga claramente que será gobernador general, como sucede con Carlos por ejemplo, pero sí se dice que ejercerá sus funciones. Posiblemente el problema posterior, ya mencionado, con el justicia provenga de que se dejó sin atar bien este punto. Ídem: “[...] nombramos e señalamos al dicho arzobispo de Zaragoza, nuestro fijo, en nombre del dicho ilustrísimo príncipe, para que administre, provea y gobierne los dichos nuestros reinos de la Corona de Aragón fasta tanto que el dicho ilustrísimo príncipe lo provea, como dicho es, para que el dicho ilustre arzobispo faga en el dicho tiempo todas las cosas que el dicho ilustrísimo príncipe e gobernador general podría y debía facer, para lo cual le damos e conferimos todo el poder necesario por el presente.”

padre la gobernación general de los estados aragoneses”, es decir, en la misma línea que el doctor Leonardo Argensola.¹⁰⁰ Hay que entender qué conllevaba cada cargo y en qué punto de su camino institucional se encontraban dichos puestos en 1516.

a) Génesis de la gobernación general y la lugartenencia general

Como se ha mencionado anteriormente a la hora de valorar la historiografía seguida por lo que en conjunto se puede denominar “virreinato”, la piedra de toque de este enmarañado asunto es la representación. Es siempre la representación del rey en prácticamente todas o alguna de sus facetas; por ello surgieron a lo largo de la Edad Media distintos cargos como la procuraduría, gobernación, lugartenencia y por último, virreinato.

La diversidad de compromisos a los que atender, hizo necesaria la creación de procuradores, quienes atendían distintos negocios del rey de manera ordinaria y defendían sus intereses, llegando a litigios de ser necesario. Sin embargo, un procurador no tenía en principio jurisdicción propia, era un mero representante de un superior – podía ser de un rey, un conde, un abad...-. Evidentemente, estos procuradores fueron adquiriendo jurisdicción para casos concretos paulatinamente. Por el contrario, a fines del siglo XII o principios del XIII, cuando las fronteras de la Corona comenzaron a ampliarse, se vio necesario poder hacer gestiones de manera excepcional y puntual, principalmente en zonas periféricas –Montpellier, Valencia o Mallorca-. Por ello recibía delegada del rey su misma jurisdicción; en épocas más avanzadas y cuando estaba referido a territorios más amplios, fue una forma de evitar la ruptura del tándem Rey-Reino. Así se creó la figura del lugarteniente, una persona que *tenía el lugar* del rey, lo representaba plenamente, un alter ego; a diferencia de un procurador que lo hacía *por el* rey.¹⁰¹ En ocasiones, la situación especial de lugarteniente podía ofrecerse a un oficio ordinario. La siguiente explicación es bastante aclaratoria:

[...] la persona en quien recaiga la delegación “tendrá su lugar”, es decir, se constituirá en su “lugarteniente”. Claro está que “lugarteniente” no es propiamente un oficio o cargo, sino

¹⁰⁰ J. de Blancas, *Aragonensium*, pp. 254-255. Por su parte, J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. XCIX: “[...] dejaba por gobernador general al príncipe don Carlos su nieto, para que los gobernase en lugar de la reina su madre, y porque entretanto que estaba ausente no se pudiese seguir algún inconveniente, o escándalo nombró al arzobispo de Zaragoza su hijo, para que rigiese como lugarteniente general [...]” Como lugarteniente general ya regía Alonso, así no pudo nombrarlo –y no lo hizo en su testamento-. Sí que lo nombró como una especie de procurador del gobernador general, Carlos.

¹⁰¹ J. Lalinde Abadía, “Virreyes y lugartenientes”, pp. 99-101.

una “situación” y ya de por sí tiene una etimología tópica (de “locum”, lugar). Propiamente no se “es” lugarteniente, sino que se “está” de lugarteniente [...]. El “lugarteniente”, por el contrario es perfectamente “superponible” a otros, y entre ellos al mismo procurador, en caso su función propia de cuidar de los intereses del Rey añadirá la “situación” de ejercer la función jurisdiccional de aquél.¹⁰²

La gobernación general por su parte aparece en el siglo XIV y es únicamente la evolución de la procuración. Esto es debido a que, pese a ser un ejercicio jurisdiccional, por procurador se seguían entendiendo los clásicos representantes para cualquier tipo de negocios concretos. De esta manera, en 1335 se crearon tres gobernaciones generales que agrupaban distintas sobrejunterías. Por encima de estas tres gobernaciones generales –respecto a todo tipo de negocios- existía una *más general*, éste sí referido ya a la totalidad del territorio.¹⁰³ Llegados a este punto, las diferencias básicas que se mantuvieron entre gobernación y lugartenencia general fueron:

El Gobernador general está dotado de jurisdicción propia y ésta tiene carácter ordinario. El Lugarteniente general está dotado de jurisdicción delegada. El Gobernador general es el mayor oficio jurisdiccional después del Monarca, pero el Lugarteniente general ocupa el lugar del propio Monarca. El Lugarteniente general será omnipotente mientras el Rey se halle ausente, pero el Gobernador general desempeñará su oficio aun cuando aquel esté presente.¹⁰⁴

Por otra parte, el adjetivo de “general” en absoluto estaba relacionado con la cantidad de territorio que pretende abarcar, sino que se oponía a la excepcionalidad de un poder; de tal manera que podía entender todo tipo de asuntos del rey.¹⁰⁵ Por ello mismo, Pedro III fue el primero en aunar en su primogénito, el infante Alfonso todas las procuraciones, algo que se reservó desde entonces ya para el heredero. Es destacable que desempeñaba así a fines del XIII una función judicial *ayudando* al rey, no sustituyéndolo, pero con una jurisdicción propia. Para ello tenía una curia que lo asesoraba a la hora de impartir justicia. Es reseñable que el lugarteniente carecía de

¹⁰² J. Lalinde Abadía, *La gobernación general*, p. 23.

¹⁰³ *Ibidem*, pp. 129-136.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 167.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 21: “Existe la idea equivocada de que el calificativo «general» ha de indicar siempre la extensión de la procuración de todos o gran parte de los territorios de la Corona. [...] «general» es un término opuesto a «cierto y especial», con lo que se quiere expresar que el apoderamiento no se limita a un asunto o género determinado de asuntos, sino que se extiende a todos los negocios en que el Rey puede estar interesado, y que no necesiten un poder especial [...]”

curia propia, ya que como *alter nos* del rey, tenía la misma que éste.¹⁰⁶ Por su parte, el procurador general tenía sus propios delegados o representantes en los distintos territorios, los denominados “gerentes vices procuratoris”.¹⁰⁷

La implementación de este sistema vino de la mano de Fernando el Católico, quien decidió finalmente, tras una serie de avances y retrocesos en varias direcciones, colocar una lugartenencia en cada uno de los distintos estados de la Corona. Así surgen los denominados virreyes o “alter nos”, una vez que se reducen a un territorio fijo. Esta estructuración definitiva corrió paralela, en el último cuarto del siglo XV a la instalación de distintas audiencias, presididas por el dicho lugarteniente general – también denominado “locumtenens generalis”, “llochtinent general” o “prorex”- o simplemente virrey. Así parecían los gobernadores ser anulados por los virreyes y las audiencias, ya que éstos podían entender absolutamente todos los casos; quedaba así el gobernador general subordinado al virrey y podía ser destinado a su requerimiento dentro del reino en cuestión. Mientras el lugarteniente residía en la capital, el gobernador se movía solventando distintos problemas, de orden público por lo común. Sin embargo, cada uno era designado por el rey, sin existir una total subordinación entre ellos.¹⁰⁸

En conclusión, la gobernación general provenía de la procuración a la que poco a poco, la lugartenencia le fue ganando terreno, pese a ser esa inicialmente la magistratura más importante de la Corona. Además, era privativa del heredero, si bien delegable en otras gobernaciones, generales también, pero de carácter menor. Por su parte el virrey surgió en el momento en el que hacía falta una acción muy concreta por parte del monarca que su representante, el lugarteniente no podía efectuar. Sólo en ese momento aparecía el virrey, si bien a la larga “fueron términos que, como los de lugarteniente y virrey, podían estar absolutamente identificados en la Edad Moderna, pero no antes.”¹⁰⁹

¹⁰⁶ J. Lalinde Abadía, “Virreyes y lugartenientes”, p. 121.

¹⁰⁷ J. Lalinde Abadía, *La gobernación general*, pp. 41-81.

¹⁰⁸ *Ibidem*, pp. 184-197.

¹⁰⁹ J. Lalinde Abadía, “Virreyes y lugartenientes”, p. 108.

a) Ni gobernador, ni curador

Una vez explicados los detalles, *grosso modo*, de la gobernación y la lugartenencia, es explicable el suceso de que el justicia se negara a aceptar a don Alonso como gobernador. Obsérvese cómo el mayor magistrado del reino, que no del rey, prefirió contravenir las mandas testamentarias del rey Fernando a contravenir las leyes del reino, por las cuales sólo podía haber un gobernador, el príncipe heredero.

Un punto importante a señalar es que la Corona en esos momentos se hallaba en un estado, valga la expresión, de anarquía. Esto fue debido a dos motivos: el primero, sólo podía haber un gobernador y éste estaba en los Países Bajos; el segundo, el rey había muerto y ya no había lugarteniente posible. Como se ha explicado anteriormente, el lugarteniente/virrey era una persona que *tenía el lugar del rey*; si éste moría, se entendía que el mandato de los lugartenientes expiraban con la vida del monarca, había que esperar a que el nuevo rey decidiera nombrar uno nuevo –que podía ser renovando al mismo-.¹¹⁰ Evidentemente, esta falta de un poder claro era tremendamente peligrosa porque la única autoridad existente en ese caso, tal y como sucedió, era la fuerza de las armas de cada señor, aparte de la *auctoritas* del arzobispo.

Para evitar esta espinosa situación, Alonso de Aragón y su entorno idearon una especie de cambalache: él ejercería la gobernación normalmente, tal y como había dispuesto su padre pero cambiándole el nombre por “curación”. De hecho, en una epístola del arzobispo, fechada el 7 de marzo de 1516 en Zaragoza, a su hijo Juan de Aragón, quien estaba en la corte flamenca, se citan los dos problemas –entre un sinfín de contrariedades-:

Mas direis a Su Al. que luego como vino la nueva de la muerte del Rey mi señor sentí el extremo dolor que deuía, y [...] pues no me fallaua lugarteniente general ni con exercicio de jurisdicción. Estando en esto, los testamentarios de Su Católica Mat. me embiaron la cláusula de su testamento y una prouisión en aquel mismo efecto que firmo Su católica Mat. un día antes de que fалlasciesse, por las quales era dispuesto que yo gouernasse estos reynos de la Corona de Aragón hasta ser venido en España el Príncipe mi señor, o que por Su Al. fuesse otramete dispuesto. [...] que el nombre que yo hauía de tener para regir no fuesse de gouernador sino de

¹¹⁰ Considero que esto está estrechamente ligado a la figura teórica del monarca. Por ejemplo, durante el Compromiso de Caspe, no había alguien que reinase, pero sí había un rey. Se trataba de descubrir quién era de los candidatos posibles. Por lo tanto, aquí sucede algo similar, aunque en cuanto muere un soberano hay otro, el *alter nos* del antiguo ha muerto con él. Por lo tanto, es el nuevo el que ha de elegir a sus “dobles”, sus álter ego.

curador, no mudando nada del effecto de la disposición de Su Católica Mat. sino sólo el nombre.¹¹¹

Ciñéndonos a la provisión de su cargo y dejando de lado otras maniobras políticas que al parecer, había de fondo entre los deudos del arzobispo y los Lanuza o supuestas apetencias al gobierno por parte del primero, lo cierto es que el príncipe Carlos le envió al poco tiempo una carta a su tío, según explica Argensola. En la dicha epístola decidía ratificar la decisión de su abuelo, poniéndolo como gobernador y darle paralelamente la lugartenencia del reino.¹¹² Recordemos que ésta estaba vacante debido a que Fernando II había muerto, y su *alter ego* jurídico, con él. La provisión de la lugartenencia general no supuso ningún problema, ya que pese a ser diputado las Cortes Generales lo aprobaron.¹¹³

Como bien apunta Argensola, el arzobispo no fue gobernador general. Pese a que Fernando II lo intentó, algo que no tengo del todo claro ya que en ningún momento lo dice así éste en su testamento, sino que dice que haga las veces de; Carlos de Gante sí lo quiso hacer.¹¹⁴ Y chocó precisamente con las leyes forales del reino. Sin embargo, el justicia no quiso saber tampoco nada del tema cuando se le propuso que en vez de como gobernador, ejerciera de curador aunque con un mismo contenido. ¿No era una solución foral o había algo más? Porque sí pudo ser lugarteniente y diputado, algo que como se ha visto (véd. infra, nota anterior), con lo que no hubo mayor complicación.

¹¹¹ R.A.H., Salazar, A-16, fols. 17-20, ápod M. Fernández Álvarez, *Corpus documental*, pp. 50-57. La subraya es mía. Esta misma información se encuentra en B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 99.

¹¹² B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 125: “[...] el Rey Príncipe escribió afectuosamente al arzobispo, su tío, y para mostrar cuán poco caso hacía de los recelos que el justicia de Aragón le puso delante, nombró por su lugarteniente en su nombre y de la reina Juana al mismo arzobispo, remitiéndoselo todo y confiriendo con él todas las cosas mayores como lo son las elecciones de consejeros y de los otros ministros, dejando las civiles y criminales al corriente de la justicia ordinaria. Remitióle la patente de su provisión, aunque no por esto ejerció el gobierno general con ella, sino con su autoridad.”

¹¹³ *Ibidem*, p. 98: “Siempre que fue diputado aprovechó notablemente al bien común y, así fundados los naturales en esta experiencia, le habilitaron en las Cortes Generales para que, sin que le obstase el ser virrey de Aragón, de Cataluña y de Valencia, pudiese a un mismo tiempo ser diputado, dispensando con su persona sobre la incompatibilidad que leyes expresas establecen.”

¹¹⁴ En una carta al reino, dice así el Príncipe, en D. J. Dormer, *Anales de Aragón*, p. 61: “No ignoráis como el Católico Rey mi señor, que aya santa gloria, por su testamento dexó encomendada la governacion de los nuestros Reynos de la Corona de Aragón, durante nuestra ausencia de ellos, al muy Ilustre, y Reverendo Arçobispo mi tío, y Nos conformándonos con su Católica voluntad, e disposición, escrevimos para que assi se ficiesse, y cumpliesse [...]. Por la necesidad que los Reynos tienen de ser bien gobernados, y de Persona tan principal, e allegada a nuestra sangre, como es el dicho Arçobispo, Nos queríamos, y tenemos mucha voluntad, que sea admitido a la dicha governacion: Porende rogamosvos, y encargamos, que sin lession, ni perjuizio de los dichos Fueros, e Libertades, seais contentos que el dicho Arçobispo tenga e rija por Nos la general governacion de esse Reyno durante nuestra ausencia [...].”

VI. Alonso de Aragón: ¿pudo ser Alfonso VI de Aragón?

Si el arzobispo hubiera conseguido hacer efectiva la gobernación y la lugartenencia, como se ha repetido varias veces, hubiera contado con todo el poder en sus manos, solo por debajo del rey. Únicamente el justicia era más o menos un personaje de peso similar a él, en tanto que se podía apelar a éste las decisiones del virrey. Además, la reina Juana estaba recluida en Tordesillas y el príncipe Carlos se encontraba en Flandes, quien ni lo había hecho ni había sido jurado todavía. Y todo ello dejando aparte que era la principal figura en cuanto a dignidades y, muy posiblemente, poderío económico de toda la Corona. Esta acumulación de poder no gustó a una sección de la aristocracia aragonesa, siendo su cabeza visible Juan III de Lanuza, justicia del reino; según pensaban, “no era posible que no tuviese concebidos algunos pensamientos de peligroso efeto, y mayores que el honor y utilidad del gobierno. Algunos barones y señores se inclinaron a la misma sospecha”.¹¹⁵ La trama de su ambición del poder secular estaba servida, sobre todo por la obligación de su madrastra de que se ordenara sacerdote, si es que estuvo movida por esa causa y no una de carácter religioso.

Aunque ningún otro autor lo señala de forma tan meridiana, según relata Argensola, en la redacción de los Anales pudo leer unos papeles de Miguel Pérez de Almazán, secretario de Fernando II. Según dichos documentos, el rey habría decidido separar sus estados definitivamente de Castilla tras un encontronazo con su hija y su yerno. A falta de heredero legítimo, pensó en su primogénito para habilitarlo y que pudiera ser rey de Aragón en un futuro. De hecho, desde Nápoles, Fernando II:

[...] por medio de su embajador, al Papa, que su hijo don Alonso no tomó libremente el estado eclesiástico; que se lo persuadió con artificio la Reina Católica, su madrastra, por cuya traza, y para excluirle de las esperanzas de reinar, le confirieron de edad de tres años todas aquellas abadías, dignidades y arzobispados que en la Corona de Aragón tenía, que en llegado a los dieciséis años le obligó a ordenarse de presbítero, y dijo misa (sola aquella celebró en todo el discurso de su vida), y entonces encadenó su persona con la imposibilidad de volver al siglo, y así pedía el rey que, como de fuerza manifiesta, restituyese Su Santidad al arzobispo, constituyéndole en su primer estado.¹¹⁶

¹¹⁵ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, pp. 98-99.

¹¹⁶ *Ibidem*, pp. 139-140.

Pese a que dicha información contiene alguna inexactitud, como la edad con la que se ordenó, que no fue hasta 1501 –cuando ya tenía más de treinta años-, según decía su hijo don Hernando al hacer un resumen de su vida.¹¹⁷ Evidentemente, las gestiones para su retorno al siglo fueron infructuosas y al parecer, tanto el padre como el hijo renunciaron a las ambiciones de que se heredara los estados, aunque como dice el doctor Argensola, “si es que una vez concebida la ambición de reinar puede ser olvidada o suspendida”.¹¹⁸ Considero razonable pensar que si alguna vez albergó la esperanza de poderlo hacer, viéndose en un vacío de poder con las mayores magistraturas en sus manos –aparte de las preeminencias con las que contaba gracias a su dilatado estado eclesiástico-, bien pudo retomar esas viejas ambiciones. Cabe destacar que finalmente acabó jurando como curador ante el lugarteniente del justicia, si bien con la cláusula que él introdujo de que dicha curaduría duraría hasta que llegara el príncipe; sin embargo el justicia se mantuvo firme y no quiso aceptarlo.

De cualquier manera, ha de tenerse en cuenta que Felipe I murió en 1506, un año antes había casado el Católico con Germana de Foix. Y en 1507 Fernando II estaba en Nápoles. En cierto modo no tenía mucho sentido que intentara habilitar a Alonso de Aragón como heredero si había hijos legítimos en la nueva reina; a excepción que imitara a su tío Alfonso V y le concediera el recién conquistado reino napolitano a su primogénito. Es una posibilidad, ya que podría haber mantenido una independencia de la Corona de Aragón con sus hijos habidos en matrimonio. De hecho, poco más tarde nacía –y moría poco después- el príncipe Juan. En síntesis, posiblemente fuera una idea peregrina a la que Argensola le dio más importancia de la que realmente pudo tener, además que es curioso que el cronista no presente ningún extracto de tal documento, cuando lo suele hacer con los más importantes; en ocasiones lo hace hasta con los accesorios. En efecto, así lo declaraba ya R. del Arco hace más de setenta años, no pensaba que fuera fiable ni sostenible tal postura.¹¹⁹ Fue posiblemente más un rumor

¹¹⁷ Ibidem, p. 963.

¹¹⁸ Ibidem, p. 141.

¹¹⁹ Ricardo del Arco, *Fernando el Católico. Artífice de la España imperial*, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1939, pp. 388-389: “Ya probamos en las páginas anteriores que el segundo matrimonio del Rey le fué impuesto por las circunstancias, y que a contraerlo no le movió ningún fin bastardo. Mal podría ser, por consiguiente, consecuencia de haber visto frustrado su deseo de habilitar a un hijo natural para asegurar la sucesión en Aragón. Argensola debió de hacerse eco de referencias sobrado ligeras. Porque es raro que Zurita no haya dicho nada sobre el caso, ni ningún otro autor, que yo sepa, ni aun de los adversos al Monarca, ni se ha publicado, ni se tiene noticia de su existencia, documento alguno que pruebe la especie,

creado por los intereses contrarios a los Trastámara, y me refiero tanto a Alonso como su padre. Un claro ejemplo se puede observar cuando el hijo del prelado, el futuro arzobispo Juan II de Aragón viajó a Flandes en 1513, los nobles que recelaban del trato dispensado a su persona también difundieron el rumor de que su abuelo, el rey Católico, quería hacerlo rey de Nápoles.¹²⁰ Un último apunte a esta trama conspirativa podría ser que Carlos, una vez en España, se negó a que su tío el arzobispo visitara a su hermana, la reina Juana en Tordesillas. Lo cual tampoco tiene por qué ser indicador de que intentara algo con la connivencia de la desequilibrada reina.¹²¹

En conclusión, la idea de que don Alonso pudiera ser rey o albergara esperanzas de poder hacerlo, aparece dentro de la rumorología del momento, siendo Argensola el único que ofrece testimonios más concretos. Por una parte, las acciones llevadas a cabo por el rey Fernando no avalan dicha teoría, ni los hechos en general. Por otra parte, que la reina Isabel lo obligara a ordenarse refuerza estas ideas, pero realmente no tendría por qué tener conexión un asunto con el otro. Además no tendría tampoco ningún sentido que, si Carlos hubiera desconfiado realmente de él, lo hubiera mantenido como virrey una vez llegó a España, donde pudo tener información de primera mano.

a) Dos enemigos al servicio del príncipe

En la línea de la trama que podríamos calificar como confabuladora para que el arzobispo alcanzara el poder en la Corona, se encuentra J. Blancas. El autor recela bastante de las intenciones de don Alonso, dibujando una imagen poco honesta del mismo. En contrapartida, Juan III de Lanuza aparece como el único capaz de frenarlo,

y son muchos los de Don Fernando y sus enemigos que se han examinado y dado a la luz. Únicamente la ha recogido, en nuestro tiempo, a lo que advierte, Manuel Lasala, en su mediocre y tendenciosa *Reseña histórico-política del antiguo reino de Aragón* (Zaragoza, 1865), tomándola de Argensola. Por tanto, debamos rechazarla o al menos ponerla en entredicho, mientras no se funde en algo más que en una simple disquisición.” Otro ejemplo, también vertido por el citado cronista, se encuentra en B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 378: “Aquella promesa de las mitras de Sevilla y de Toledo no solamente se ha de entender de la administración, porque si tuviera efeto, sin dejar la de Zaragoza ni la de Valencia las gozara el arzobispo todas juntas, porque, en consideraciones muy graves, le concedió la sede apostólica dispensación sobre la incompatibilidad y residencia, y fue tanto lo que la reina doña Isabel, su madrastra, y después el Rey Archiduque le estimaron o le recelaron, que le dieron (y le dieran) todo acrecentamiento eclesiástico a condición de que desistiera en lo secular.”

¹²⁰ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. LV: “Cuando don Juan de Aragón llegó a Flandes, el emperador, porque fue enviado a su recuesta, le mandó hacer gran recogimiento [...] y como algunos señores estaban en Flandes, especialmente el duque de Sajonia, y el de Rabastán, se desdénasen que les procediese, el emperador determinó, que pues le habían dado a entender, que el Rey Católico le quería hacer rey de Nápoles, y lo pudiera [...]”

¹²¹ Manuel Fernández Álvarez, *Carlos V, el César y el hombre*, Espasa Calpe, Madrid, 2006 (1ª ed. 1999), p. 100: “Sin que faltara el temor de que don Alonso quisiera intrigar en Tordesillas, para conseguir el favor de la Reina para esas conspiraciones que se le atribuían de convertirse en rey de Aragón.”

en servicio de las leyes del reino y del príncipe Carlos; por ello se crean dos figuras antitéticas. Fue precisamente el justicia, según el cronista, quien con su oposición devolvió al recto camino al prelado.¹²² Evidentemente se trata una exaltación del justicia, quizás no tanto de su persona como de la institución en sí como defensor del bien común del reino en contra de las ingerencias privadas. En absoluto el prelado se sintió agradecido por no dejarle jurar la gobernación general.

De todas estas acusaciones algo había de haber cierto, o al menos así lo creían en el momento. El arzobispo de Zaragoza, en la carta anteriormente referida que le envió a su hijo Juan, quien se encontraba en la corte de Flandes, se excusaba de los rumores que había contra su persona así como los problemas que estaba poniendo el justicia y su corte. Éstos estaban persuadidos de que don Alonso buscaba hacerse con el poder en la Corona de Aragón. En estos términos lo refiere el virrey:

En este medio el justicia embió a dezir al cardenal y al embaxador de Su Al. que no era seruicio de aquella, yo prestasse el juramento acostumbrado, sembrando celos nefandísimos de mí, quasi sintiendo que me hauia de alçar con los reynos. Bendito sea Dios, que El es cierto testigo de mi muy sana y limpia intención al servicio de su Al. [...] No sé cómo ni en qué cabeça pudo entrar tan vano y maligno pensamiento, con qué fundamentos, con qué título, con qué poder, qué apareios me podieron ver para cosa tan celerada. Dexo de dezir más en ello, porque de suyo como vano se cahe, y como fuera de todo buen sexo no puede causar sospecha en ninguna persona cuerda.¹²³

La postura de don Alonso era opuesta al justicia y tal y como explica en otro pasaje de la citada epístola, no parece que éste fuera tan buen servidor del príncipe como Blancas afirmaba. Como Juan III de Lanuza se vio en un callejón sin salida en lo referido al juramento del arzobispo como gobernador general –eligiendo la palabra curador, tal y como ya se ha explicado-, según cuenta el prelado, éste acabó por

¹²² J. de Blancas, *Aragonensium*, pp. 254-253: “[sobre su provisión como gobernador general] Como al efecto ya hubiese comenzado Alfonso a solicitar y a ganarse la voluntad de unos y otros; Juan Lanuza III, que como Justicia de Aragón debía ser el presidente de aquel Consejo, desvaneció sus esperanzas y le arrancó casi de las manos la regencia, fallando, que debía, según las leyes del Reino, reservarse íntegra aquella causa al mismo príncipe. Muy grata fue después a Don Carlos la conducta del Justicia. Y aun Alfonso, lejos de crearla violenta y enojosa, hubo un tiempo en que la consideró cual servicio hecho a su persona, porque ella había restablecido la calma en su espíritu, que ya comenzaba a fluctuar y agitarse profundamente, sólo con declinar esa dignidad, con tanta oportunidad y ventaja sin ningún tumulto, volviéndose al único, al verdadero y recto camino del deber y de la justicia.”

¹²³ M. Fernández Álvarez, *Corpus documental*, p. 56.

escudarse en la idea de que Juana no había sido tan siquiera jurada como reina, por lo tanto no podía hacer nada.¹²⁴ Una de las causas de este comportamiento que apuntaba el virrey era precisamente una especie de venganza política por su actuación en las cortes de Calatayud del año anterior, en 1515.

Además del referido contrafuero y problemas de tipo legal que el justicia esgrimía para negarle el juramento de curación general al arzobispo, subyacía a todo el asunto rencillas personales y políticas. Al parecer había una viva enemistad entre estas grandes figuras del reino, quizás anterior a las referidas cortes bilbilitanas. Zurita refiere la idea que tenía el virrey del magistrado:

Desto daba gran cargo el arzobispo a Juan de Lanuza justicia de Aragón: afirmando, que después que él presdía en aquel tribunal, que eran muy pocos años, se habían seguido más inconvenientes por los bandos, y estorbo de la justiticia, que en cuarenta años antes: y se había perdido el consejo de letrados, que solía ser muy útil y provechoso: y los barones entendían, que al arzobispo les había hecho mucho daño en quitarles tanta licencia como tenían de maltrato a los vasallos de las villas reales [...].¹²⁵

En la cortes de Calatayud, el rey Fernando II había pedido un servicio, que los brazos de la nobleza negaron si no se atendían sus peticiones. Éstas eran las llamadas “prehorrescencias”, es decir, que sus vasallos perdieran la posibilidad de recurrir al monarca y así ser señores absolutos. Evidentemente, el Católico se negó a ello, por lo que el negocio del servicio se estancó. Únicamente la actuación del arzobispo consiguió dinero para su padre, ya que propuso el pago del mismo por los estamentos real y eclesiástico para evitar ceder ante los requerimientos de los otros dos brazos. Esto aparentemente era una solución, a la que nobles e infanzones se negaron en redondo, ya que las implicaciones de sentar tal precedente eran muy importantes. Si se consentía, era como si “el rey, sin los barones, pudiese ser servido de sus súbditos, era tanto, como dar al rey otro reino de nuevo”.¹²⁶

Por lo tanto, parte de la nobleza a la que pertenecía el justicia tenía motivos para no querer la administración del arzobispo, completamente coincidente de los intereses

¹²⁴ Ibídem, p. 55: “Díxosele luego allí que por esso no me hauía de dezir gouernador, sino regidor o curador y que el effecto todo era uno y que no iuan mucho en nombre, e no lo quiso entender porque tenia otra intelligencia y pasión con alguno que osaron decir que la reyna mi señora no era jurada.”

¹²⁵ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. XCIII.

¹²⁶ Ídem.

del rey Fernando, su padre. A las inquinas entre el justicia y el arzobispo, que parecen más que demostradas, se vinieron a sumar disputas nobiliarias en los entornos de estos dos personajes. Un buen ejemplo fue el conflicto que mantuvo don Pedro de Castro, vizconde de Illa con Guiomar Manrique, empleado por el arzobispo para desprestigiar a Juan III de Lanuza. Pese a las referencias un tanto negativas que se tienen por Argensola –ya que permite hablar en muchas ocasiones a Alonso de Aragón por medio de sus epístolas-, todo parece indicar que era alguien cercano al rey.¹²⁷

La citada Guiomar Manrique de Lara era la viuda de Felipe de Castro y Pinós, hija de Pedro Manrique de Lara, I duque de Nájera.¹²⁸ El dicho Felipe de Castro había tenido un hijo bastardo, que era Pedro de Castro. Un punto interesante es que dos hijos del I duque de Cardona, Juan Ramón Folch de Cardona, y de Aldonza Enríquez habían casado con dos hermanos de Guiomar. La citada mujer del de Cardona no era otra que la tía de Fernando II.

Por otra parte, la madre de don Alonso, Aldonza Iborra, había casado después de tenerlo con el vizconde de Ébol, Francés Galcerán de Castro y Pinós, de quien no he conseguido hallar la relación exacta con Felipe de Castro pero está claro que era estrecha, ¿hermanos quizás? Para acabar de enredar este cruce de linajes, Pedro de Castro estaba casado con Catalina de Lanuza, quien era prima del justicia, Juan III de Lanuza.

A comienzos de 1516, Pedro de Castro, quien era castellano de Sangüesa, sacó la artillería de la plaza y tomó el castillo y villa de Estadilla, teniendo que huir Guiomar Manrique, su madrastra, a los estados del Conde de Ribagorza –primo de Alonso de Aragón-. Teniendo en cuenta estos desmanes y que no se le dejaba jurar como gobernador general, el arzobispo, en una carta a Cisneros y Adriano de Utrecht,

¹²⁷ Un ejemplo de ello se encuentra cuando Carlos marcha en 1518 a Zaragoza y manda una carta al reino B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 552: “[...] segunt que más extensamente don Pedro de Castro, nuestro criado, y micer Jerónimo de la Raga, regiente nuestra Cancillería y nuestro Consejo, vos fablarán de nuestra parte sobre ello.” La subraya es propia.

¹²⁸ Las fuentes son un auténtico galimatías con la familia Castro. He sido incapaz de ubicar correctamente el gran número de vizcondes y señores que aparecen constantemente rondando la esfera política, ya que no hay referencias claras a los mismos. En ocasiones tienen títulos que simultáneamente o en breve espacio de tiempo disfruta otro de nombre distinto. En definitiva, he preferido no adentrarme en precisiones y citarlos tal cual los presentan las fuentes.

achacaba precisamente esa decisión del justicia para favorecer a su primo, Pedro de Castro, ya que sin un cargo público no podía ejercer ningún poder fáctico.¹²⁹

La siguiente noticia del conflicto se tiene a comienzos de 1519, cuando la corte del justicia de Aragón falló a favor de Pedro de Castro y le concedió el lugar y castillo de Castro. Guiomar Manrique se negó a aceptar tal decisión:

Doña Guiomar con sentimiento del sucesso, movió, para resistir la sentencia, a Don Francés de Só y Castro, Vizconde de Evol, interesándole con ofrecerle la possession de la Casa. Partió con esto el Vizconde de Zaragoza a la Villa de Estadilla, cabeza del Estado, assistido de los criados del Arçobispo don Alonso de Aragón, de quien era muy allegado en la sangre; ajuntó otras gentes y se declaró su valedor Don Alonso de Aragón, Conde de Ribagorza y aun el Duque de Luna Don Juan su Padre.¹³⁰

El asunto acabó por zanjarse mediante la intervención del César, quien estaba notablemente molesto con los sucesos. Lo interesante es cómo don Alonso intervino en favor de su familia, igual que lo hizo el duque de Luna y su hijo, ambos de orígenes reales pero ilegítimos, sin importar lo más mínimo la sentencia del justicia.

Por último, como colofón a esta enemistad con los Lanuza, de lo que esta historia no deja de ser una trama secundaria pero importante, el arzobispo también tenía asuntos personales con el comendador Juan de Lanuza, a quien acusaba ante Margarita de Austria de no servir bien al príncipe y por ello, habían de castigarlo.¹³¹ Subyacía, como se puede entender por las palabras del propio arzobispo, que simplemente el comendador había cambiado de bando en su momento y ya no estaba alineado con don Alonso, de quien debía de ser hechura suya. Es curioso porque en algún momento hubo de haber una ruptura entre estos linajes, anteriormente colaboradores. Por poner un

¹²⁹ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 121: “Y, como sabéis, el justicia de Aragón es primo hermano de la mujer del dicho don Pedro de Castro, y a causa desto, el justicia no quería que hoviese superior en el reino para castigar tan enorme exceso.”

¹³⁰ D. J. Dormer, *Anales de Aragón*, pp. 99-100.

¹³¹ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 383: “Direisle que he sabido que Su Alteza se ha tenido por deservida del Comendador Lanuza, lo que me pesa dentro del alma por lo que toca al servicio de Su Alteza y no por lo que cumple al Comendador, aunque en tiempos pasados me fue criado y nunca en esa corte su hubo en mis cosas según debiera; mas, puesto que lo hubiera fecho según le obligaban los beneficios que de mí tenía recibidos, con esto solo que ha deservido a Su Alteza, no tan solamente no le tengo de acoger, más aún, procurar de facerle bien castigar, como Su Alteza me lo enviara mandar.” De cualquier manera, esta rivalidad parece que sobrevivió a don Alonso y la heredó su hijo, el arzobispo Juan II de Aragón según se puede encontrar en unas líneas de D. J. Dormer, *Anales de Aragón*, p. 499: “[...] Virrey D. Juan de Lanuza, por sus passiones con el Arçobispo D. Juan de Aragón, acudió a Granada, donde se hallava el César, a querrellarse del Arçobispo [...]”

ejemplo, el justicia Juan II de Lanuza y Pimentel había sido virrey de Sicilia y encargado de ayudar a don Alonso en su provisión –echada finalmente atrás- como virrey de Nápoles en 1507.¹³²

¹³² J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro VII, cap. VI.

VII. El infante Fernando: ¿pudo ser Fernando VI de Castilla y III de Aragón?

Poco después de la muerte de Felipe el Hermoso a finales de septiembre de 1506, siendo ya notorio el desequilibrio de la reina Juana, el infante Fernando pasó al cuidado del rey de Aragón. Prácticamente desde ese momento, abuelo y nieto anduvieron por los reinos hispánicos juntos y el afecto del primero por el segundo fue en aumento. El hecho de haber nacido en Alcalá de Henares y haberse criado “a la española” hacía que no únicamente el Católico lo mirara con buenos ojos para la sucesión sino buena parte de la nobleza castellana. En efecto, Fernando II acarició en más de una ocasión cederle sus estados de la Corona de Aragón.

Evidentemente, el príncipe Carlos contaba con fuertes apoyos también en la Península, de manera que estaba puntualmente informado de las grandes simpatías de las que era objeto su hermano pequeño. Por ello mismo, aconsejado por su abuelo el emperador Maximiliano, tenía previsto a su llegada mandar al infante lo más lejos posible, a los territorios de Austria o de Borgoña.¹³³ Esta idea de un partido “fernandino” es una noción que subyace en parte de la bibliografía actual y normalmente se tiende a vincular con lo que se ha tratado en el capítulo anterior. Una especie de trama que implicara la rebelión y separación de las dos coronas contra el que era el heredero, Carlos. En Castilla, Fernando; en Aragón, don Alonso.

El infante Fernando había gozado, ya al poco de nacer de diversos honores por parte de sus abuelos; de hecho contaba con una casa propia que la reina Isabel organizó –nótese que tendría un año el infante- y su abuelo amplió antes de morir.¹³⁴ El auténtico indicador del afecto del Católico se encuentra precisamente a partir de 1512 en los distintos testamentos que el rey firmó.

[...] ya en 1512 y el 2 de mayo [en Burgos], el rey dicta su primer testamento en el que a su muerte, decide que sea su nieto Fernando el gobernador de los reinos y maestrazgos. El poder que le confería era enorme. Aquélla no fue, en modo alguno, una decisión tomada a la

¹³³ M. Fernández Álvarez, *Carlos V, el César*, pp. 68-84.

¹³⁴ Arsenio Lope Huerta, “El abuelo Fernando y los cuidados al nieto”, en Alfredo Alvar Ezquerro (ed.), *Fernando I 1503-1564. Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004, pp. 99-109; pp. 100-102.

ligera y en caliente. Máxime si poco después, y en otro testamento firmado en Aranda de Duero, lo ratifica.¹³⁵

El rey lo dejaba como gobernador al infante Fernando, pero en ningún momento como heredero de sus reinos, ya que ésta era Juana. Sin embargo, en su lecho de muerte se lo convenció de que, pese a ser lo mejor que se gobernara por alguien de los reinos y que residiera en ellos, por no serlo el príncipe heredero esto no traería más que problemas. Y sus asesores se referían principalmente a todos los problemas dinásticos habidos anteriormente con Enrique IV y otros muchos reyes:

Escribe muy particularmente el mismo dotor Carvajal en sus Anales, que el rey en mucho secreto les encargó a él, y a los de su consejo, que allí se hallaron, muy encarecidamente, que le aconsejasen lo que debía proveer: principalmente acerca de la gobernación de los reinos de Castilla, y Aragón: porque en un testamento que había ordenado en Burgos, la encomendaba al infante don Fernando su nieto, que se había criado a la costumbre, y manera de España: y afirma este autor, que dijo, que creía, que el príncipe Carlos su nieto no vernía: ni estaría de asiento en ellos a los regir, y gobernar, como era menester: y que estando fuera dellos, y los reinos debajo de gobernación de personas naturales, mirarían antes su propio interese, que el del príncipe: ni el bien común de los reinos. A esto escribe este autor, que le respondieron los del consejo, que eran el licenciado Luis Zapata, y el mismo Carvajal, sus relatores, y refrendarios, y de su consejo de cámara, y el licenciado Francisco de Vargas su tesorero, representándole las turbaciones que en los tiempos pasados hubo en aquellos reinos, por la ambición de reinar: y por la costumbre, y naturaleza de los grandes, y caballeros de Castilla: que con tener a quien pudiesen seguir, procurarían toda división, y discordia en el reino: por poner necesidad: como se hizo en el tiempo del rey don Enrique, y del príncipe su hermano: por no alegar ejemplos de lo más antiguo, que son infinitos. Que en esta parte ninguna diferencia había entre el mayor, y los otros hermanos, sino hallarse el primogénito en la posesión: y que él así mismo conocía la condición de los grandes [...].¹³⁶

Si existía un partido “fernandino”, cosa algo más que dudable, no se manifestó cuando se hizo público el testamento del Católico. Es más, todo parece indicar que Carlos era bien aceptado por la nobleza y las ciudades. La clave reside, entonces, en que

¹³⁵ *Ibidem*, p. 106.

¹³⁶ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. XCIX; B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 71 y ss.

por ser hermano del rey era una figura de poder e influencia que podía ser utilizada a favor de ciertas facciones nobiliarias: ahí residía el verdadero peligro. Cisneros, antes de la llegada del príncipe sí que se preocupó por una posible revuelta de los nobles, en la que Fernando únicamente fuera su símbolo.¹³⁷ En conclusión, se trataba más bien de una icono mediante la cual ejercer presión que un posible candidato al trono. Precisamente por eso, fue sacado de España al poco de llegar Carlos, ya que el 23 de mayo de 1518 –el príncipe había llegado en septiembre–, el infante partía hacia el este de Europa.¹³⁸

La culminación de estas medidas para asegurar el poder en Castilla por parte del príncipe, fue el momento en el que decidió intitularse rey a instancias de sus consejeros flamencos. Hubo reacciones a favor y en contra; según Argensola esto no gustó en absoluto al infante Fernando. Tampoco sé hasta qué punto se puede dar crédito a estas afirmaciones ya que el futuro emperador no dejaba de ser prácticamente un niño.¹³⁹

En síntesis, es lógico que el infante por haberse criado en España y a la sombra de su abuelo, gozara del afecto popular. Si bien es cierto que había parte de la nobleza interesada en emplearlo contra su hermano esgrimiendo esos argumentos, no creo que pueda hablarse de un partido fernandino como tal que quisiera ponerlo en el trono quitando a su hermano. Más bien sería un medio con el que ejercer presión al príncipe heredero, nada más y lograr beneficios, como se había hecho casi tradicionalmente durante el siglo XV en Castilla. No aparece por ningún lado que el arzobispo de Zaragoza pretendiera beneficiarse del infante Fernando junto a nobles castellanos; no he encontrado en las fuentes ninguna evidencia que pueda inducir a pensar en ello, ni siquiera en L. Vital quien estuvo presente en todo momento y tenía una curiosidad por las cosas proverbial cita nada anómalo al respecto.

¹³⁷ Alfredo Floristán Imízcoz, “Fernando de Austria y la problemática herencia de los reinos hispánicos (1503-1518)”, en Alfredo Alvar Ezquerro (ed.), *Fernando I 1503-1564. Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004, pp. 183-204; p. 193. Una explicación clara, en p. 195: “El paradigma nacionalista no debe tergiversar los hechos. Fernando no era peligroso por castellano sino por hermano del rey, no como cabeza de una revuelta «nacionalista» sino como ariete de una facción de poder cortesano que compitiera con los flamencos.”

¹³⁸ L. Vital, *Primer viaje a España*, p. 389 y ss.

¹³⁹ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 265: “Con el mismo desagrado tomó el infante don Fernando, su hermano, la novedad del título, sospechando que por ventura el príncipe, para asegurarse dél contra el favor casi general que en Castilla tenía, se anticipó a llamarse rey. Y pudo ello ser así, porque tan celosa es la condición de reinar que cualquiera sospecha la inquieta, y como no sufre compañía, siempre la teme.”

VIII. Cortes de 1518: al servicio del rey, pero también del reino

Después de pasar una temporada en Castilla, adonde Carlos había arribado el 19 de septiembre de 1517, se puso la comitiva real de camino a sus estados de la Corona de Aragón. Su intención era jurar y ser jurado rey, igual que lo hizo en febrero del siguiente año en Valladolid. Por ello mismo, se envió una misiva al reino el 30 de enero de 1518 para reunir a los cuatro brazos en Zaragoza el 20 de marzo.

A partir de este momento, tal y como relata Argensola, hubo un intercambio incesante de cartas entre Carlos y el reino. El motivo era que ya había un rey jurado, en este caso la reina Juana, por lo que no podían jurar a uno nuevo. En todo caso ofrecían que lo jurasen como príncipe que era, pero no como rey ya que si los cuatro diputados lo aceptaban y juraban, incurrirían en traición al reino y por ello serían reos de muerte. Finalmente se aplazó la decisión de qué hacer al respecto a la llegada de Carlos a Zaragoza.¹⁴⁰

Tras demorarse un tiempo en su llegada a Zaragoza, finalmente entró el 9 de mayo en el palacio de la Aljafería, donde lo esperaba lo más granado del reino encabezado por el arzobispo. Al día siguiente hizo su entrada triunfal en la ciudad y juró en la Seo, siendo sus testigos Adriano de Utrecht, Alonso de Aragón, Juan de Fonseca y Juan Sauvage. Algo más tarde, el día 20 del mismo mes, se hizo una reunión de trabajo en el palacio del arzobispo para ver los temas que se tratarían ante los brazos reunidos en cortes.

Finalmente, dieron comienzo las cortes. Asistieron como era normal, los cuatro brazos del reino en una relación que ofrecen B. Leonardo Argensola y D. J. Dormer detallada de los presentes. Debido a la política de encumbramiento de la familia real –en buena medida, ilegítima- mantenida por los Trastámara en el siglo XV, una parte de los allí presentes pertenecían a esta. Por el brazo eclesiástico iban don Alonso por ser arzobispo así como por ser abad de Montearagón, Rueda y San Victorián. Su hijo don Hernando, por aquel entonces comendador de Alcañiz; también el castellán de Amposta Juan de Aragón, hijo del duque de Luna. Faltó el obispo de Huesca, Juan Alfonso de Aragón –hijo del príncipe de Viana e íntimo de don Alonso- pero mandó un procurador. En el brazo nobiliario también había miembros de este “clan real”. En primer lugar, el

¹⁴⁰ *Ibidem*, pp. 541 y ss.

duque de Gandía –casado con una hija de don Alonso-, Alonso de Aragón conde de Ribagorza así como miembros del linaje de los Castro. Fuera de estos nombres, con los conocimientos actuales es muy difícil precisar si habría más adeptos a la causa real en las cortes, muy posiblemente hubiera deudos de los citados entre las personas que no citamos por desconocerlo.¹⁴¹

El príncipe comenzó con un discurso bastante directo y posiblemente no muy acertado para el gusto de los aragoneses, muy celosos de sus libertades –las que no gustaban a muchos del séquito real, como Anglería-. Decía este así:

[...] sin otra dilación, hemos venido a este nuestro reino de Aragón con mucho deseo de visitar y celebrar las Cortes que tenemos convocadas a vosotros en esta ciudad para el juramento de fidelidad que, como a rey y señor, por vosotros nos ha de ser fecho y prestado como a vuestros predecesores en principio de su sucesión se ha fecho y se debe facer, y ser subvenido a los grandes gastos que se nos han ofrecido en esta nuestra vida, y los que de continuo hacemos en defensión de las tierras que tenemos conquistadas a los moros [...]. Y ansí, con toda voluntad os encargamos y exhortamos como fidelísimos luego y ante todas cosas, se nos haga por vosotros el juramento de fidelidad que, como a rey y señor de este reino, nos seis tenidos hacer y prestar.¹⁴²

El discurso siguió algo más poniendo los ejemplos de Flandes y Castilla, de los cuales se obtenían buenas rentas ordinarias pero aún así habían contribuido fuertemente con la causa del príncipe. Tras la alocución inicial, le tocaba el turno al reino; en el nombre de este fue Alonso de Aragón, como principal dignidad el que tenía que hacerlo. Tradicionalmente se ha venido dando la idea de que éste fue parco y directo, cosa que no fue así exactamente.¹⁴³ La respuesta del prelado fue la siguiente:

La Corte General aquí juntada se alegra en extremo de la deliberación de vuestra Real Majestad acerca della santa y católica empresa que ha hecho y face en la defensión de la Iglesia romana, y en defensión de los reinos y tierras de la Corona de Aragón, y de la gana que tiene en reparar las cosas deste reino, el cual, entendida la proposición, acordará sobre ello por tal guisa

¹⁴¹ Ibidem, pp. 586-588; una relación más completa en D. J. Dormer, *Anales de Aragón*, pp. 94-96.

¹⁴² B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 589.

¹⁴³ José Antonio Armillas Vicente, “El servicio de armas en Aragón durante la Edad Moderna”, en *Floresta historica. Homenaje a Fernando Solano Costa*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1984, pp. 51-62, pp. 53-54: “Los aragoneses siempre han sido leales a sus soberanos. Todo lo demás estará sujeto a las decisiones de las Cortes.”

que será gloria de Nuestro Señor y servicio de vuestra Real Majestad y bien de todos sus reinos.¹⁴⁴

Después de todo el intercambio de cartas sobre la foralidad o no de jurar al príncipe Carlos como rey, es sorprendente cómo al final se decidió el reino por hacerlo. Esta disputa casi se puede llevar a 1516 cuando el justicia se negó a que don Alonso jurase como curador. Sin embargo, la presencia del rey logró por ensalmo lo que no se había logrado antes. Evidentemente, los cronistas ignoran, más bien callan los movimientos que tuvieron que tener lugar para poder llegar a tal acuerdo sin ninguna resistencia. En primer lugar la ya mencionada reunión en la residencia del arzobispo, pero muy posiblemente se hiciera alguna merced de importancia a los Lanuza. Un ejemplo es cómo el comendador Juan de Lanuza fue virrey a la muerte del prelado cesaraugustano. En definitiva, todo apunta a que se empleó con profusión el refrán de “untar las manos con ungüento amarillo” entre los notables aragoneses más reticentes al juramento, aquellos que incluso llegaron a decir que la reina Juana no había sido jurada. Finalmente, el justicia decidió hacer el juramento de las cortes el 20 de julio.¹⁴⁵

Es reseñable destacar que Carlos no fue jurado exactamente como rey. Su madre ya era reina de Aragón, así que fueron jurados como tales los dos, como corregnantes. Es por ello por ejemplo, por lo que en alguna moneda aparecen los dos bustos –el caso típico del centén-. Según el propio testimonio de Alonso de Aragón, los brazos estaban “prestos a jurar a la serenísima reina doña Juana, madre de Vuestra Alteza, y a vuestra Real Majestad, en reyes y por reyes de Aragón”. Por lo tanto, el triunfo de Carlos, que al llegar habría disipado todo género de dudas o disensión, no fue completamente total.¹⁴⁶

Como colofón a este episodio, el arzobispo de Zaragoza se vio muy bien gratificado. Fue habilitado de nuevo como lugarteniente general, junto con un permiso para poderlo ser a la vez que ejercía de diputado, así como otro para compatibilizar esto último con su nuevo nombramiento como inquisidor.¹⁴⁷

La estancia en Zaragoza duró un total de unos nueve meses, ya que las Cortes se vieron concluidas finalmente en enero de 1519. El servicio monetario acabó por

¹⁴⁴ *Memoria de las Cortes*, RAH Ms. 9-1114, f. 167v., ápuđ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 591.

¹⁴⁵ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 620.

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 618.

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 661.

hacerse, aunque, al parecer del humanista P. Mártir de Anglería, éste fue muy escaso y quedó en nada; tales fueron los gastos realizados por la corte en la capital del reino.¹⁴⁸ Ha de tomarse esto con cierta precaución, debido al poco aprecio que el italiano tenía a los regnícolas por ser codiciosos y defensores de unas leyes que favorecían a los criminales.

¹⁴⁸ José Antonio Armillas Vicente, “Aragón visto por un humanista: Pedro Mártir de Anglería”, *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, (1974), pp. 25-39; p. 39: “Como resumen de tal larga y debatida estancia, el relato de Pedro Mártir de Anglería: «Se acabó todo. E igualmente las esperanzas del Rey sobre el donativo. Los gravámenes le quitaron de las manos la mayor parte. Si quedó algo, acabó por comérselo la sed roedora de los prestamistas. Los que constituimos el séquito del Rey hemos dejado en este Reino doscientos mil ducados. Hay quienes dicen que he calculado muy por lo bajo. Muchos piensan que pasan de quinientos mil.»”

IX. La familia: fuente de conflictos y de poder

Como es bien sabido, la familia siempre ha sido una forma de obtener poder e influencia y más en una sociedad como la del Antiguo Régimen. Esto ha quedado puesto de relieve con varios ejemplos a lo largo del trabajo, en los que las relaciones familiares o clientelares obligaban a unos y otros ponerse a favor de una y otra facción.

En el caso que nos ocupa, podríamos colocar la etiqueta de familia al conglomerado de sangre real ilegítima, tanto hijos de Juan II y descendientes como de Fernando II. A la luz de las lecturas realizadas, creo que es más que evidente que esta familia, extensa, formaba un grupo de presión fortísimo, muy posiblemente dominante en Aragón. Este clan, de decidido apoyo al monarca en sus primeras generaciones, fue empleado por el rey, el Católico sobre todo, para extender sus tentáculos de poder y conseguir llegar a zonas remotas en las que no podría actuar directamente. Hay varios casos, tanto intentos como éxitos, entre los que son reseñables Andalucía e Italia.

Los primeros intentos constatados de intentos de matrimonio de los hijos ilegítimos del todavía príncipe Fernando se remontan a la guerra civil castellana. Aquí entraron en escena por primera vez, si bien las negociaciones no llegaron a buen término, Juana y Alonso, los primeros hijos habidos por el rey de Sicilia en su juventud. La idea original del trato consistiría en casar a Juana de Aragón con un hijo de Juan Téllez-Girón, II conde de Ureña (¿quizás con Pedro Girón?). La segunda parte incluía el matrimonio entre Alonso de Aragón y una hija de Beltrán de la Cueva. No se explicitan en las fuentes consultadas los nombres de los supuestos cónyuges de los hijos del rey, pero lo interesante es que estas medidas iban destinadas, sin ningún género de dudas, a sujetar al linaje de La Cueva. En aquellos momentos, don Beltrán era el gran maestre de Santiago así como un poderoso señor y el conde de Ureña, su sobrino.¹⁴⁹

Al no alcanzar sus objetivos con ninguna de estas propuestas, el siguiente paso lo dio Juan II. Manteniendo como línea de trabajo el casar a la hija del maestre de Santiago, esta vez lo intentó con su propio hijo Juan I de Aragón, el arzobispo de Zaragoza. Lo que podría parecer en un principio como el cénit de la aberración en cuanto a movimientos políticos y prebendas eclesiásticas tiene su sentido, ya que hay

¹⁴⁹ Jerónimo Zurita, *Anales de Aragón*, vol. 7, (ed. Ángel Canellas López), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1977, p. 637.

que subrayar que no era religioso. Únicamente era administrador perpetuo, debido a que no tomó ningún tipo de orden en su vida, ni siquiera las menores. En esta ocasión, la oferta matrimonial tampoco acabó por fructificar.¹⁵⁰

También es reseñable que Juan II tuvo un proyecto alternativo a la difícil provisión del arzobispado para su nieto. Este fue darle en matrimonio a Ana de Cabrera, la heredera del rico condado de Módica, en Sicilia. Para evitar problemas, el anciano rey llegó incluso a reclamar a la condesa para sí. Sin embargo, acabó por arruinar estos planes la llegada de la confirmación en la sede al joven Alonso de Aragón, de tal manera que no se pudo llevar a cabo el enlace.¹⁵¹

Una forma bastante interesante de enlazar hijos o descendientes se encuentra en las últimas voluntades de Juan II. En su lecho de muerte, dispuso que se le concediera a su hijo don Alonso, I duque de Villahermosa el condado de Ribagorza. Lo realmente interesante es que rogaba para que su nieto, don Juan de Aragón, hijo del anterior, pudiera ser casado con María López de Gurrea, hija de Juan López de Gurrea y de Torrellas. De esta manera pasaba el testigo a su hijo en cuanto a conseguir tal casamiento, que a diferencia de los anteriores sí se consiguió lograr.¹⁵²

El siguiente intento de casar a Juana de Aragón, su hija ilegítima fue bastantes años más tarde, en 1494. En este momento, Fernando II buscó matrimonio en Francia, con el conde de Bolougne. Tampoco se acabó concretando en nada, por lo que finalmente casó con Bernardino de Velasco.¹⁵³ No fue mal negocio este ya que era el VII Condestable de Castilla y I duque de Frías.

Saltando a Italia ahora, quizás no nuevos intentos matrimoniales pero sí al menos rumores de los mismos, en ocasiones de dudosa verosimilitud. En 1506, Fernando el Católico llamó a Gonzalo Fernández de Córdoba para que abandona el recién adquirido reino de Nápoles debido a que desconfiaba de éste. A parecer, Felipe I tenía intereses conjuntos con su padre en el dicho reino y posiblemente, en el descrédito del Gran Capitán. La información de este nuevo posible enlace la ofreció un criado del rey de Castilla, sometido a tortura:

¹⁵⁰ J. Zurita, *Anales de Aragón*, vol. 8, p. 41.

¹⁵¹ T. de Azcona, *La elección y reforma*, p. 101.

¹⁵² *Ibidem*, p. 358.

¹⁵³ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro I, cap. XXIX.

Dijo también en la cuestión del tormento, que fue enviado con él de Roma Gayoso criado del cardenal, para que lo comunicasen con el Gran Capitán: y que una de las principales causas por que el rey don Felipe le enviaba era, para que se procurase que el Papa no diese lugar, que se hiciese el matrimonio de madama Felice su hija [¡de Julio II!] con el arzobispo de Zaragoza, como se afirmaba que estaba tratado: porque si se efectuase, se seguirían grandes guerras a la cristiandad: pues pretendía el arzobispo, que con aquel matrimonio se le había de dar investidura del reino.¹⁵⁴

No sé hasta qué punto pudo estar esto imbricado en una trama real entre Fernando II, el papa y sus respectivos hijos, pero parece concordar bastante bien con las supuestas teorías anteriormente citadas de que Alonso de Aragón acariciaba el ser rey. Sin embargo, no deja de ser curioso que Julio II, el único que lo podía volver al siglo (pues ya se había ordenado presbítero y obispo), no lo hiciera para casarlo con su hija. En definitiva, parece más un rumor que un intento cierto de dos de los grandes políticos del momento.

Como ya se ha apuntado antes, otra opción era casar a los descendientes de sangre real, estos son los hijos de los bastardos reales. En el caso de Alonso de Aragón, tuvo dos hijas. La mayor de ellas, Juana de Aragón fue casada en 1507 con Juan de Borja, III duque de Gandía. Fue la madre de Francisco de Borja, futuro jesuita y santo de la Iglesia católica. Antes de contraer matrimonio con el dicho duque, fue Pedro Manrique de Lara, el I duque de Nájera quien intentó casarse con ella o al menos ofrecía tal posibilidad a cambio de regresar a la lealtad al rey, con quien estaba enemistado.¹⁵⁵ De hecho, la idea inicial del matrimonio de Juana de Aragón no fue ese, sino que se intentó con otros grandes potentados para aquietar facciones.¹⁵⁶

En el mismo año, 1506, comenzaron los problemas que se alargarían más de un decenio en Andalucía. Juan Alonso Pérez de Guzmán y de Ribera, III duque de Medina

¹⁵⁴ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro VI, cap. XXVI. Sobre la dama Felice della Rovere, vid. Caroline P. Murphy, *The Pope's Daughter: the extraordinary life of Felice della Rovere*, Oxford University Press, Londres, 2005.

¹⁵⁵ *Ibidem*, cap. XXVIII.

¹⁵⁶ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro VIII, cap. IX: “Entonces, por asegurar más al duque de Alburquerque en su servicio, que era muy deudo, y confederado con el condestable, trató el rey que casar don Beltrán de la Cueva su hijo mayor con doña Juana de Aragón hija del arzobispo de Zaragoza: y aunque esto no se efetuó, tuvo el rey tan cierto al duque en su servicio, como al condestable, y doña Juana de Aragón casó con don Juan de Borja duque de Gandía.” Nótese que no era la primera vez que Fernando II intentaba emparentar con el linaje de La Cueva, si de bien la vez anterior hacía treinta años.

Sidonia, había intentado la toma de Gibraltar; lugar que pertenecía a la Corona, aparte de su importancia estratégica.¹⁵⁷

El siguiente paso dado por la monarquía para casar a la familia de sangre real fue en 1508 y estuvo encaminado, muy posiblemente, a sujetar los estados del reino de Sevilla. En este caso, Pedro Girón, hijo del conde de Ureña, estaba casado con la hermana del IV duque titular de Medina Sidonia, Enrique Pérez de Guzmán y Fernández de Velasco. Don Pedro Girón al parecer ejercía una tutela sobre éste o similar, parece bastante claro que manejaba los asuntos del ducado a su antojo. Por ello mismo, quiso casar a su hija con su cuñado, pero el rey Fernando se interpuso en el asunto, alegando “que no se entremetiese en el gobierno de aquella casa; diciendo que tenía al duque oprimido”.¹⁵⁸ Esto fue debido a que el Católico tenía sus propias ideas para el duque, a quien quería casar con su nieta Ana de Aragón, hija del arzobispo de Zaragoza. Posiblemente este matrimonio estaba provocado no solo por la riqueza de los estados del duque sino por atraer a tan importante señor a la Corona, que como se ha visto anteriormente había intentado tomar Gibraltar en su día. Aunque Pedro Girón secuestró al duque y lo llevó a Portugal, el rey Fernando consiguió finalmente casar a su nieta con el V duque, Alonso Pérez de Guzmán, hermanastro del anterior. Se acabó llevando el referido matrimonio con el V duque de Medina Sidonia en noviembre de 1515 en Palencia, estando presente Fernando II.¹⁵⁹ Su matrimonio fue anulado posteriormente y el noble apartado del gobierno de sus estados debido a sus desarreglos psíquicos, pasando este a su hermano, con quien casó después Ana de Aragón.

Retomando el manido tema de posibles cambios de manos de reinos a favor de los distintos bastardos de origen real, se encuentra otro rumor que le llegó al emperador Maximiliano. Fue extendido por el rey Luis XII de Francia en 1512 cuando se encontraba fuertemente presionado por suizos y venecianos en Milán, buscando así la disensión entre los aliados de la Santa Liga. La idea que según el monarca francés tenía el Católico era casar las dos hijas del Gran Capitán con su nieto Juan, futuro arzobispo de Zaragoza y con el duque de Segorbe, sobrino suyo. Según esta teoría, Juan de Aragón acabaría siendo rey de Nápoles.¹⁶⁰ Esto no tenía fondo de verdad, ya que para

¹⁵⁷ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro VII, cap. XXIV.

¹⁵⁸ *Ibidem*, cap. XXV.

¹⁵⁹ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. XCVIII: “Allí se celebraron las bodas de doña Ana de Aragón su nieta, con don Alonso de Guzmán duque de Medina Sidonia, no embargante que ya se tenía alguna noticia de la inhabilidad, y demencia del duque.”

¹⁶⁰ J. Zurita, *Historia del rey don Fernando*, libro X, cap. III.

contrarrestarlo Fernando II mandó a su nieto a Flandes con el príncipe Carlos, pero es de importancia reseñar el valor que tenía, aunque solamente fuera una noticia espuria, el anuncio de un matrimonio de esta categoría.

En síntesis, se pueden observar varias dinámicas a la hora de casar a los hijos extramatrimoniales, de los que se han visto varios ejemplos. Una forma era la clásica para ganar adeptos a la Corona; otra para alcanzar estados de gran riqueza y valor estratégico, como el caso de Módice. Por último, una manera de alcanzar zonas periféricas (Andalucía) que de otra manera quedaban fuera del alcance directo del monarca.

Lo realmente interesante es ver que daba igual el hecho de que fueran nietos ilegítimos, lo importante es que estos tenían sangre real por parte de padre. Dado que la calidad de ésta se transmitía por vía masculina, no importaba tan apenas que fueran doblemente bastardos. Por ello mismo eran una preciada pareja, por el entroncamiento con la familia real y prebendas que podía suponer, en un sentido. En el contrario, era el acceso directo por parte del rey a un linaje ajeno a los intereses de la monarquía y en ocasiones en las antípodas de los mismos. Por lo tanto, estos ilegítimos fueron piezas clave en la política de acrecentamiento del poder real.

X. Otras líneas

Aparte de lo ya mencionado en los capítulos anteriores, cabe destacar que existen más líneas abiertas para continuar la investigación dentro de las inmensas posibilidades que ofrece el tema elegido.

En primer lugar, es nuestra intención dejar apuntadas algunas tramas. Una de ellas, muy interesante, son las relaciones entre los dos obispos aragoneses de sangre real, el obispo de Huesca y su primo el arzobispo. Juan Alfonso de Aragón (1459-1529) era hijo del príncipe Carlos de Viana, hijo de Juan II de Aragón. Fue elegido para la mitra oscense y al parecer tuvo una estrecha relación con don Alonso. Al parecer, hacia el final de sus días tuvo problemas de tipo mental, quizás una senilidad anticipada o muy posiblemente, nunca tuvo una inteligencia muy superior.

Alonso de Aragón se preocupó constantemente por los negocios de su primo, por lo que se ha podido constatar por las fuentes. El caso más importante de todos fue cuando se lo quiso declarar inhábil para el gobierno de la diócesis y ponerle un coadjutor que heredara en un futuro la mitra. Lo más interesante del asunto es que este coadjutor fue puesto con la connivencia del príncipe Carlos cuando aún estaba en Flandes y era del linaje de los Urriés. Esto provocó la ira de don Alonso, quien quería poner a uno de los Castro, quien debía de familiar cercano suyo.

En definitiva, supone esta línea argumental bucear dentro de las complejas tramas y relaciones nobiliarias, bastante oscuras para este período. El arzobispo se quejaba amargamente de que se calificara de tonto a su primo, pero sin embargo él mismo proponía un coadjutor para gestionar la diócesis. Es destacable cómo todos los miembros de la Casa Real, de origen ilegítimo, se unieron a la causa del arzobispo. Exigiría además este tema comprender y rehacer los árboles de los linajes, que si bien no son de gran importancia a nivel nacional, sí aparecen insistentemente: los Castro, los Argavieso, los Urriés. Además es destacable que también sería necesario ver cuáles fueron las relaciones con los Lanuza. Son conocidos los estudios que hay para el período de la rebelión de 1591, pero para períodos tan tempranos resultan algo escasos.

Otro punto importante, relacionado con éste anterior, sería ver las relaciones existentes entre los distintos miembros de la Casa Real, no sólo ilegítimos. Entran también los descendientes del infante Enrique, los duques de Segorbe. Estos

mantuvieron una política interesante de la que el arzobispo recelaba de que intentaran hacer con el poder de la Corona, tal y como relata Dormer.¹⁶¹

Por otro lado, los Arzobispos de la Casa Real fueron precisamente eso, arzobispos. Como tales llevaron a cabo una intensa labor constructiva y de embellecimiento de fábricas, algo más estudiado para períodos posteriores –a partir de Hernando de Aragón en adelante-. Pese a que existe algún pequeño estudio al respecto, apenas es conocido en profundidad el mecenazgo que desarrollaron estos prelados ni la campaña artística que pusieron en marcha.¹⁶² Además se encuentra una fuerte labor de mecenazgo y un potente círculo intelectual alrededor del arzobispo don Alonso, quien tendría correspondencia con los grandes intelectuales del momento. Todo esto está simplemente apuntado sin haberse estudiado en profundidad hasta el momento.¹⁶³

También es interesante una mayor reflexión sobre los momentos políticos que se vivieron entre Fernando II y Carlos I, de los que tan apenas hay nada publicado. Se trata de un momento clave de transición, en el que en las últimas cortes el Católico casi consiguió no depender de las cortes, y sin embargo, asombrosamente, no hay referencias. Creo que en buena medida, la idea que se tiene de Alonso de Aragón como personaje ambicioso que buscaba gobernar, en buena parte se debe a su lealtad a la Corona. Esto produjo la animadversión de la nobleza, quien se proclamó como defensora de las libertades del reino en contra del creciente poder real.

Por último, y no por ello menos importante si no más bien lo contrario, es necesario adentrarse en la psicología de Alonso de Aragón. Evidentemente se trató de un animal político de notable valía, criado por y para el poder real a cambio de pingües beneficios. Sin embargo, al no haberse podido consultar más notas personales que las cartas que transcriben los cronistas, es complicado decir algo sobre su personalidad. No deja de ser curioso que en algún momento de su vida, por escrito –acto al que se le

¹⁶¹ D. J. Dormer, *Anales de Aragón*, p. 67 y ss.

¹⁶² José Luis Pano Gracia, “Las ampliaciones constructivas de Don Alonso y Don Hernando de Aragón en la Seo de Zaragoza”, *Actas del V Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, 1989, pp. 379-402.

¹⁶³ J. A. Armillas Vicente, “Aragón visto por un humanista”, p. 28: “En la cabecera de los reinos patrimoniales de Fernando, brillaba un foco cultural cuya figura más representativa era, precisamente, don Alonso de Aragón, [...]. La personalidad de don Alonso es polo encauzador de los afectos generales hacia Fernando, su padre. Ambos son favorecedores de Lucio Marineo Sículo, a quienes dedicó su «*Epistolarum familiarum libri XVII* (Valladolid, 1514)». En este núcleo de cultura se agrupaban también Antonio Geraldini, Gaspar Barrachina, Alfonso de Segura, Juan de Sobrarías y ocasionalmente, aunque bastante ariscado con Aragón, Pedro Mártir de Anglería. De la importancia de este brillante centro cultural, habla claramente el desarrollo de la imprenta zaragozana, favorecido por el dicho Arzobispo, que contó con un artesano glorioso en su oficio, Jorge Cocci. Ambiente cultural zaragozano, imbuido de Humanismo, que no rehuía los contactos con la vertiente N. de los Pirineos, con el Lulismo parisino y con Lefevre d’Etaples, en la persona de su propio Arzobispo, don Alonso.”

supone cierta reflexión- se mostró colérico, incluso con el príncipe Carlos en 1517 cuando sus planes se torcían uno a uno.¹⁶⁴ También es necesario ahondar en las relaciones que pudo mantener con Italia y valorar si realmente, en algún momento de su vida pudo hacerse con el reino de Nápoles.

¹⁶⁴ B. Leonardo Argensola, *Anales de Aragón*, p. 422.

XI. Conclusiones

Considero que ha quedado suficientemente demostrado que ya no solo los Arzobispos de la Casa Real de Aragón sino ya únicamente la figura de don Alonso es lo suficientemente rica y de interés como para dedicar un estudio de mayores proporciones. En efecto, confluyen en su persona bastantes líneas historiográficas, algunas más actuales que otras y algunas aún por explotar, como es el caso de la bastardía, prácticamente virgen al día de hoy.

Se han tocado unos pocos temas de los cuales prácticamente ninguno está agotado, otros han sido únicamente señalados como posibles vías de investigación posterior. Por ejemplo, el nacimiento de don Alonso aunque se ha conseguido concretar más consultando en distintos recursos, quedan todavía detalles desconocidos, que es posible que permanezcan así por falta de documentación al respecto. Tampoco se ha ahondado en la familia de su madre –ni en ella misma- ni en su posterior matrimonio, con un miembro de la casa de Castro, lo cual posiblemente ayudaría a comprender futuros movimientos políticos de su hijo.

Respecto al arzobispado, se han trazado también las líneas maestras, recopilando datos de todo lo que hay actualmente impreso. Si bien la provisión del arzobispado es bastante completa y se conoce con bastante detalle, nada se sabe de cómo se encontraba la mitra cesaraugustana a finales del siglo XV o principios del XVI. Igualmente, tan solo se han ofrecido unas pinceladas de sus acciones pastorales. Lo que sí queda claro es que pese a su vida poco estricta respecto a la observancia de sus votos religiosos sí tuvo interés en dignificar y reformar su archidiócesis. Sin embargo, no decidió hacerlo por la cabeza de la misma.

Esto lleva a un punto también interesante. ¿Cuánto tiempo estuvo amancebado? ¿Quién era esa Ana de Gurrea exactamente? Estuvo bastantes años viviendo en concubinato con ella, de los que hay constatados 4 hijos seguros y quizás más. ¿Acaso no importaba a los Gurrea? Lo que está claro es que no era nada demasiado escandaloso ni fuera de lo común en el momento, acorde con la tónica general. Pero no se conocen a día de hoy las posibles repercusiones que eso podía tener entre los fieles, si su figura como obispo se resentía o era visto algo completamente natural.

Otro punto importante es la cuestión de la representación, la lugartenencia, la gobernación y por último el virreinato. Actualmente, ya se ha mencionado en más de

una ocasión, son unos estudios en auge, pero prácticamente nada se ha publicado de sus inicios. Ha de tenerse en cuenta que pese a que posteriormente se confundió lugartenencia con gobernación y todo quedó absorbido bajo el concepto de “virrey”, es una época en la que están claras las diferencias. También es un momento en el que estas instituciones, coloquialmente, están “gateando”. Después de las pruebas que habían hecho sus antecesores, el Católico fue el primero en ponerlas en marcha de forma más o menos sistemática. Sin lugar a dudas, fue un momento clave en la estructuración de la Monarquía Hispánica, en el que la magistratura de la gobernación general seguía teniendo mucho vigor.

También otro punto a destacar creo que es la nebulosa de relaciones personales y de linajes que hay en el momento. Aunque ciertos personajes puedan hacer como cabecillas de facción o grupo de intereses, hay multitud de personas insertas en estas redes, o fuera de ellas. Creo que vagamente he podido dibujar el caos de pequeños nobles que gira en torno a los grandes potentados, caso de Alonso de Aragón u otros jerarcas de importancia. Cómo hay disputas fuertes, que llegan a contravenir las órdenes del rey incluso para colocar en distintos puestos de responsabilidad a personas de su confianza o al menos, de su “familia”, entendida en el sentido extenso.

De estas relaciones surgen posteriormente las decisiones acordadas en los grandes eventos políticos, como son las cortes. Estas cortes, como las de 1515 pueden traer graves consecuencias. Y creo que al arzobispo se las trajeron ya que, en mi opinión y a la vista de las lecturas realizadas, hubo toda una venganza de la nobleza al respecto. Se lo intentó desprestigiar por ser fiel servidor del rey; puede ser que fuera en contra de los intereses del reino, pero sobre todo, de la nobleza, cada vez más celosa de sus privilegios ante el monarca. Por ello mismo comenzaron los rumores de que quería ser rey, quizás alentados por algún resquicio de verdad que hubiera de algún plan que en su día acariciara el Católico. Respecto a la trama del infante Fernando, considero que ha sido magnificada y que existe esa idea general de que se le quería hacer rey o algo similar, pero no he visto tampoco ningún tipo de respaldo. Tampoco aparece don Alonso de por medio, ni siquiera mencionado por aquellos que claramente decían que quería gobernar o tenía torcidos intereses.

La lealtad a la Corona he entendido que fue la constante en la vida de don Alonso, y su servicio. Evidentemente, siempre y cuando fuera puntualmente recompensado, ya que con Carlos se vio algo desplazado de las prebendas. Prueba de ello es que en 1518, el sobrino del arzobispo lo mantuvo en el puesto de lugarteniente

general, por lo que tenía que confiar en él para tal misión. Evidentemente, tuvieron algún punto de desencuentro, sobre todo en el tema de la coadjutoría del obispo de Huesca, pero no cabe duda de que colaboró intensamente a que las cortes acabaran jurando como rey a Carlos. Si lo que era reo de muerte –jurarle- acabó por hacerse, evidentemente, se tuvieron que mover muchos hilos de los cuales no hemos encontrado testimonio en los cronistas.

Por último y no menos importante, la familia. La familia en la sociedad antiguorregimental lo es todo; la individualidad no es clara pero sí lo es el linaje. Y sobre todo, el empleo de esta para lograr objetivos políticos y extender las ramas para que el árbol crezca más fuerte. El caso de Alonso de Aragón es paradigmático en cuanto al matrimonio de sus dos hijas, pero también lo fueron los de su entorno de la familia real ilegítima. Todos acabaron entroncando con las estirpes más poderosas de Aragón y de Castilla, creando nuevos vínculos e intereses. En buena medida iban dirigidos al acrecentamiento del control del rey, pero también de la grandeza del linaje. Tener sangre de reyes no era nada despreciable, ya que la sociedad lo entendía como tal.

En síntesis, Alonso de Aragón fue una persona representante del clan de la Casa Real de Aragón, inexplorada por ahora pero de gran importancia histórica. Comprendiendo su figura, se entiende a un grupo social amplio, los círculos de poder, de cultura, y en definitiva, una época. Una época en la que las rencillas dinásticas y bandosidades nobiliarias comenzaban a dejar paso a una monarquía, en teoría más fuerte, pero sobre todo más grande. Una monarquía en la que no se ponía y el sol y necesitaba que la figura del rey estuviera presente en todos los reinos.

XII. Bibliografía

- Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio, *Milán y el legado de Felipe II: gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias*, Madrid, 2001.
- Arco, Ricardo del, *Fernando el Católico. Artífice de la España imperial*, Herald de Aragón, Zaragoza, 1939.
- Armillas Vicente, José Antonio (dir.), *Estado actual de los estudios sobre Historia Moderna de Aragón*, vol. 1-2, Zaragoza, 1980.
- Armillas Vicente, José Antonio, “Aragón visto por un humanista: Pedro Mártir de Anglería”, *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, (1974), pp. 25-39.
- Armillas Vicente, José Antonio, “El servicio de armas en Aragón durante la Edad Moderna”, en *Floresta historica. Homenaje a Fernando Solano Costa*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1984, pp. 51-62.
- Azcona, Tarsicio de, “El episcopado español en el siglo XVI. Pórtico a fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona”, en Rebeca Carretero Calvo (coord.), *La Contrarreforma en la Diócesis de Tarazona. Estudios en torno al obispo fray Diego de Yepes*, Centro de Estudios Turiasonenses, Tarazona, 2013, pp. 27-69.
- Azcona, Tarsicio de, “Reforma del episcopado y del clero de España en tiempos de los Reyes Católicos y de Carlos V (1475-1558)”, en Ricardo García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, vol. III *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, BAC, Madrid, 1980, pp. 115-210.
- Azcona, Tarsicio de, “Relaciones de Rodrigo de Borja (Alejandro VI) con los Reyes Católicos”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, nº 31-32 (1994), pp. 11-52.
- Azcona, Tarsicio de, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, CSIC, Madrid, 1960.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “El episcopado español en la época de san Francisco de Borja”, en Enrique García Hernán, María del Pilar Ryan (coords.), *Francisco de Borja y su tiempo: Política, religión y cultura en la Edad Moderna*, Albatros, Madrid, 2011, pp. 1-24.

- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “El episcopado hispano en la época del patriarca Ribera. El Rey y el Papa en pugna por su control”, en Emilio Callado Estela, Miguel Navarro Sorní (coords.), *El patriarca Ribera y su tiempo: religión, cultura y política en la Edad*, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia, 2012, pp. 37-62.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “La jerarquía eclesiástica en la España moderna: Sociología de una élite de poder (1556-1834)”, *Cuadernos de historia moderna*, ISSN 0214-4018, nº 25 (2000), pp. 17-60.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “Las rentas de los obispos de Extremadura en el Antiguo Régimen (1556-1837)”, *Revista de estudios extremeños*, vol. 70, 2014, pp. 637-668.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “Los obispos de Cataluña durante el Antiguo Régimen”, *Anthologica annua*, nº 53-54 (2006-2007), pp. 377-528.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “Los obispos del reino de Valencia en los Siglos Modernos (1556-1834). Aspectos sociológicos”, *Revista de historia moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, nº 21 (2003), pp. 77-100.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, “Perfil socio-económico de una élite de poder de la Corona de Aragón. I: los obispos del reino de Aragón (1536-1834)”, *Anthologica annua*, nº 43 (1996), pp. 107-212.
- Barrio Gonzalo, Maximiliano, *El sistema benefical de la Iglesia española en el Antiguo Régimen (1475-1834)*, Publicaciones Universidad de Alicante, Alicante, 2010
- Blanco Lalinde, Leonardo, *La actuación parlamentaria de Aragón en el siglo XVI. Estructura y funcionamiento de las cortes aragonesas*, Cortes de Aragón, Zaragoza, 1996.
- Buyreu Juan, Jordi, *La Corona de Aragón de Carlos V a Felipe II. Las instrucciones a los virreyes bajo la regencia de la princesa Juana (1554-1559)*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000.
- Canellas López, Ángel, *Índices analíticos de los Anales de la Corona de Aragón de Jerónimo Zurita*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1985.
- Castillo Genzor, Adolfo, *Los virreyes, que desde 1482 a 1601 ocupan en nuestro reino la cima más alta del poder político*, Zaragoza, 1963.

- Colás Latorre, Gregorio, Isidoro Miguel García, Jesús Fermín Criado Mainar, *Don Hernando de Aragón: arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón*, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza, 1998.
- Colás Latorre, Gregorio, José Antonio Salas Ausens, *Aragón bajo los Austrias*, Librería General, Zaragoza, 1977.
- Colomer, José Luis (dir.), *España y Nápoles : coleccionismo y mecenazgo virreinales en el siglo XVII*, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2009.
- Cortés Peña, Antonio Luis y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds.), *La Iglesia española en la Edad Moderna. Balances historiográficos y perspectivas*, Abada Editores, Madrid, 2007.
- Cuart Moner, Baltasar, “Bastardos en el Estudio. Algunas consideraciones sobre la bastardía en expedientes de colegiales mayores salmantinos durante el siglo XVI”, en *Historia y perspectivas de investigación. Estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Mérida, 2002, pp. 307-314.
- Domínguez Ortiz, Antonio, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Istmo, Madrid, 1973.
- Durán Gudiol, Antonio, “Juan de Aragón y de Navarra, obispo de Huesca”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, nº 49-50 (1984), pp. 31-86.
- Egido, Teófanos, “Historiografía del clero regular en la España Moderna”, en Antonio Luis Cortés Peña y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds.), *La Iglesia española en la Edad Moderna. Balances historiográficos y perspectivas*, Abada Editores, Madrid, 2007, pp. 9-37.
- Febvre, Lucien, *Martín Lutero: un destino*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1983.
- Fernández Álvarez, Manuel, *Carlos V, el César y el hombre*, Espasa Calpe, Madrid, 2006 (1ª ed. 1999).
- Fernández Álvarez, Manuel, *Corpus documental de Carlos V*, tomo I, Salamanca, 1973.
- Fernández Clemente, Eloy (dir.), *Historia de Aragón*, La esfera de los libros, Madrid, 2008.
- Fernández Serrano, Francisco, *Obispos auxiliares de Zaragoza en tiempos de los arzobispos de la Casa Real de Aragón (1460-1575)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1969.

- Feros, Antonio, “Las varias vidas del Duque de Lerma”, *Erebea. Revista de Humanidades*, nº 3 (2013), pp. 169-193.
- Floristán Imízcoz, Alfredo, “Fernando de Austria y la problemática herencia de los reinos hispánicos (1503-1518)”, en Alfredo Alvar Ezquerro (ed.), *Fernando I 1503-1564. Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004, pp. 183-204.
- García Cárcel, Ricardo, “Fin de siglo, fin de dinastía. Algunas reflexiones”, *Studis: Revista de historia moderna*, nº 31 (2005), pp. 67-84.
- García Gallo, Alfonso, “Los virreinos americanos bajo los Reyes Católicos. Planteamiento para su estudio”, *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. I *Pensamiento político, política internacional y religiosa*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1954, pp. 137-156.
- Gascón Pérez, Jesús, *Alzar banderas contra su rey: la rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010.
- Gil Pujol, Xavier, *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2006.
- González Reyes, Carlos, “Entre Cataluña y Sicilia. Las cortes virreinales en el Mediterráneo en el tránsito de Felipe II a Felipe III”, en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Investigadores en Historia Moderna. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 383-397.
- Guillén Berrendero, José Antonio, *La edad de la nobleza : identidad nobiliaria en Castilla y Portugal, 1556-1621*, Polifemo, Madrid, 2012.
- Hernández Franco, Juan y Raimundo A. Rodríguez Pérez, “Bastardía, aristocracia y órdenes militares en la Castilla moderna: el linaje Fajardo”, *Hispania*, nº 232 (2009), pp. 331-362.
- Hernández Sandoica, Elena, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004.
- Hernando Sánchez, Carlos José, “«Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona». El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II”, en *Felipe II y el Mediterráneo*, vol. III, Madrid, 1998, pp. 215-338.
- Hortal Muñoz, José Eloy, *Las guardas reales de los Austrias hispanos*, Polifemo, Madrid, 2013.

- Jonge, Krista De, Bernardo J. García García y Alicia Esteban Estríngana (eds.), *El legado de Borgoña : fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias (1454-1648)*, Marcial Pons, Madrid, 2010.
- Labrador, Félix, “Nueva Historia Política: discurso y práctica del poder”, en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Investigadores en Historia Moderna. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 11-51.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel y José María Nieto Soria, “Iglesia y sociedad en los siglos XIII al XV (ámbito castellano-leonés)”, *La España medieval*, nº 11 (1988), pp. 125-151.
- Lalinde Abadía, Jesús, “Virreyes y lugartenientes medievales en la Corona de Aragón”, *Cuadernos de Historia de España*, nº 31 (1960), Buenos Aires, pp. 98-172.
- Lalinde Abadía, Jesús, *La gobernación general en la Corona de Aragón*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1963.
- Lalinde Abadía, Jesús, *La institución virreinal en Cataluña (1471-1716)*, Barcelona, 1964.
- Laslett, Peter, *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza Universidad, Madrid, 1987 (1ª ed. 1965).
- Lope Huerta, Arsenio, “El abuelo Fernando y los cuidados al nieto”, en Alfredo Alvar Ezquerro (ed.), *Fernando I 1503-1564. Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2004, pp. 99-109.
- Mansilla, Demetrio, “Panorama histórico-geográfico de la Iglesia española en los siglos XV y XVI”, en Ricardo García-Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, vol. III *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, BAC, Madrid, 1980, pp. 3-23.
- Marchandisse, Alain, Eric Bousmar, y Bertrand Schnerb, (eds.), *La bâtardise et l'exercice du pouvoir. Actes du colloque tenu à Liège*, 16–17 octubre de 2008, (en prensa).
- Martínez Millán, José (dir.), Santiago Fernández Conti (coord.), *La corte de Carlos V*, vols. 1-5, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000.

- Martínez Millán, José y Manuel Rivero Rodríguez (coords.), *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII)*, Polifemo, Madrid, 2010.
- Martínez Millán, José, Maria Antonieta Visceglia (dirs.), *La Monarquía de Felipe III*, vols. 1-4, Fundación Mapfre Tavera, Madrid, 2007-2008.
- Martínez Millán, José, Santiago Fernández Conti (dirs.), *La monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, vols. 1-2, Fundación Mapfre Tavera, Madrid, 2005.
- Menache, Sophia, “Una personificación del ideal caballeresco en el Medioevo tardío: Don Alonso de Aragón”, *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, nº 6 (1987), pp. 9-30.
- Menéndez González, Alfonso, “Sexo, delito y bastardía en la Asturias del antiguo Régimen”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, nº 151 (1998), pp. 19-56.
- Miguel García, Isidoro, “Patrimonio, teología y arte. La catedral: «una palabra construida»”, en María del Carmen Lacarra Ducay (coord.), *El barroco en las catedrales españolas*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pp. 7-52.
- Miguel García, Isidoro, Don Hernando de Aragón, Arzobispo de Zaragoza (1539-1575): índole pastoral y talante reformador del último arzobispo de la casa real de Aragón, Zaragoza, 1994.
- Morgado García, Arturo, “El clero secular en la España Moderna: un balance historiográfico”, en Antonio Luis Cortés Peña y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (eds.), *La Iglesia española en la Edad Moderna. Balances historiográficos y perspectivas*, Abada Editores, Madrid, 2007, pp. 39-73.
- Morte García, Carmen, “La representación del rey en la Corona de Aragón”, en *La Corona de Aragón. El poder y la imagen de la Edad Media a la Edad Moderna*, Madrid, 2006, pp. 54-93.
- Murphy, Caroline P. *The Pope's Daughter: the extraordinary life of Felice della Rovere*, Oxford University Press, Londres, 2005.
- Navarro Latorre, José, “Don Alonso de Aragón, la «espada» o «lanza» de Juan II. Esquema biográfico de uno de los mejores guerreros españoles del siglo XV”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, nº 41-42 (1982), pp. 159-204.

- Núñez García, Víctor M., “La biografía como género historiográfico desde la Historia Contemporánea Española”, *Erebea. Revista de Humanidades*, nº 3 (2013), pp. 203-226; pp. 205-206.
- Olmos y Canaldas, Elías, *Los prelados valentinos*, CSIC, Madrid, 1949.
- Palomo, Federico, “Hispania Catholica. Balance y perspectivas para el estudio de la Historia religiosa de España y Portugal en la época confesional”, en Eliseo Serrano, Antonio Luis Cortés y José Luis Betrán (coords.), *Discurso religioso y Contrarreforma*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2005, pp. 221-271.
- Palos, Joan-Lluís, *La mirada italiana: un relato visual del imperio español en la corte de sus virreyes en Nápoles (1600-1700)*, Valencia, 2010.
- Pano Gracia, José Luis, “Las ampliaciones constructivas de Don Alonso y Don Hernando de Aragón en la Seo de Zaragoza”, *Actas del V Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, 1989, pp. 379-402.
- Paradas Pena, María Socorro, “El Obispo de Barcelona en el tránsito del siglo XV al XVI: Pere García (1490-1505)”, *Pedralbes: Revista d'història moderna*, nº 13 (1993), pp. 123-132.
- Pérez-Bustamante, Rogelio, *El gobierno del imperio español. Los Austrias (1517-1700)*, Madrid, 2000.
- Pérez, Joseph, *Cisneros, el cardenal de España*, Taurus, Madrid, 2014.
- Reglà, Joan, *Els virreis de Catalunya*, Vicens Vives, Barcelona, 1970 (1ª ed. 1956).
- Riu Riu, Manuel, “El poder real y la Iglesia catalana en la Corona de Aragón (siglos XIV al XVI)”, en *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. *El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI)*, Zaragoza, 1996, pp. 389-407.
- Rivero Rodríguez, Manuel, *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Akal, Madrid, 2011.
- Rivero, Manuel, *Felipe II y el gobierno de Italia*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 1998.
- Royo García, Juan Ramón, “Los arzobispos de Zaragoza a fines del siglo XVI. Aportaciones a sus biografías”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, nº 65-66 (1992), pp. 53-66.

- Royo García, Juan Ramón, “Los obispos aragoneses durante el reinado de Felipe III (1598-1621)”, en Rebeca Carretero Calvo (coord.), *La Contrarreforma en la Diócesis de Tarazona. Estudios en torno al obispo fray Diego de Yepes*, Centro de Estudios Turiasonenses, Tarazona, 2013, pp. 71-101.
- Rubio Mañé, José Ignacio, *El virreinato*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1955.
- Ruiz-Domènec, José Enrique, “Direcciones para la biografía”, *Erebea. Revista de Humanidades*, nº 3 (2013), pp. 7-24.
- Sáinz Ripa, Eliseo, “Los obispos de Calahorra en la Edad Media (siglos VIII-XV)”, en José Ignacio de la Iglesia Duarte (coord.), *I Semana de Estudios Medievales de Nájera*, 2001, pp. 37-66.
- Salvador Esteban, Emilia, “Poder central y poder territorial. El virrey y las cortes en el reino de Valencia”, *Estudis*, nº 12 (1986), pp. 9-28.
- Sánchez Bella, Ignacio, “Iglesia y Estado en la Edad Moderna (siglos XVI y XVII)”, en Manuel J. Peláez (coord.), *El estado español en su dimensión histórica*, Barcelona, 1984, pp. 129-160.
- Sanz Sancho, Iluminado, “Los obispos del siglo XV”, *Hispania Sacra*, nº 54 (2002), pp. 21-65.
- Sanz Sancho, Iluminado, “Para el estudio de la Iglesia medieval castellana”, *Estudios eclesiásticos. Revista teológica de investigación e información*, nº 73 (1998), pp. 61-77.
- Serrano Martín, Eliseo, “Austrias y Borbones. Cambios dinásticos en la España de la Edad moderna”, en *El Compromiso de Caspe (1412), cambios dinásticos y Constitucionalismo en la Corona de Aragón*, Obra Social de Ibercaja, Zaragoza, 2013, pp. 94-103.
- Sola, Diego, “Jusepe Renao y el ceremonial de la corte de los virreyes de Nápoles”, en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna. I Encuentro de Investigadores en Historia Moderna. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, pp. 443-454.
- Solano Costa, Fernando, *Estudios sobre la historia de Aragón durante la Edad Moderna*, CSIC, Madrid, 1967.

- Solís Rodríguez, Carmelo, “Obispos mecenas de la Catedral de Badajoz (ss. XV-XVIII)”, *Memoria ecclesiae*, nº 17 (2000), pp. 423-450.
- Soria Mesa, Enrique, *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007.
- Torres Fontes, Juan, “Cuatro obispos in partibus murciae civitate en los siglos XIV y XV”, en Pedro Luis Ladrón de Guevara Mellado, Giuseppina Mascali, Antonio Pablo Zamora (coords.), *Homenaje al profesor Trigueros Cano*, vol. 2, 1999, pp. 671-680.
- Vicens Vives, Jaime, “Precedentes mediterráneos del virreinato colombino”, *Anuario de estudios americanos*, nº XLIV (1948), pp. 571-614.
- Vicens Vives, Jaime, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, (ed. de Miquel A. Marín Gelabert), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2007.
- Vidal, Josep Juan, *Els virreis de Mallorca (ss. XVI-XVII)*, Mallorca, 2002.
- Vincke, Johannes, “Estado e Iglesia en la historia de la Corona de Aragón de los siglos XII, XIII y XIV”, en *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. I, Barcelona, 1962, pp. 267-285.

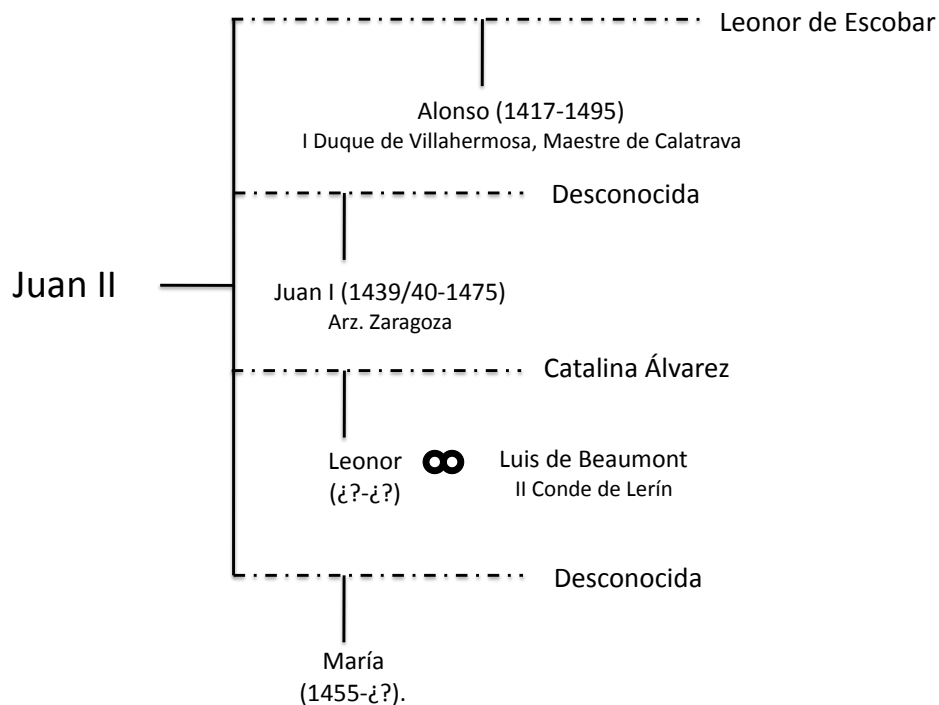
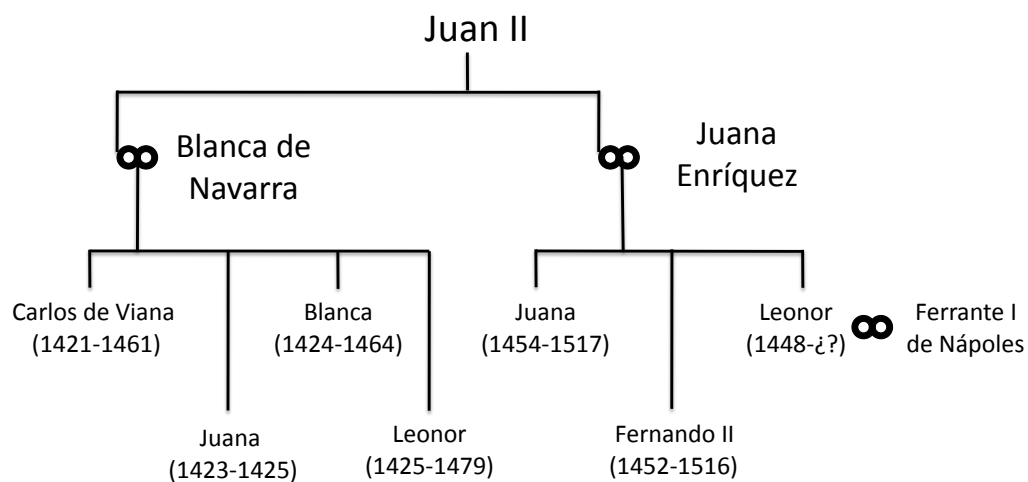
a) Fuentes

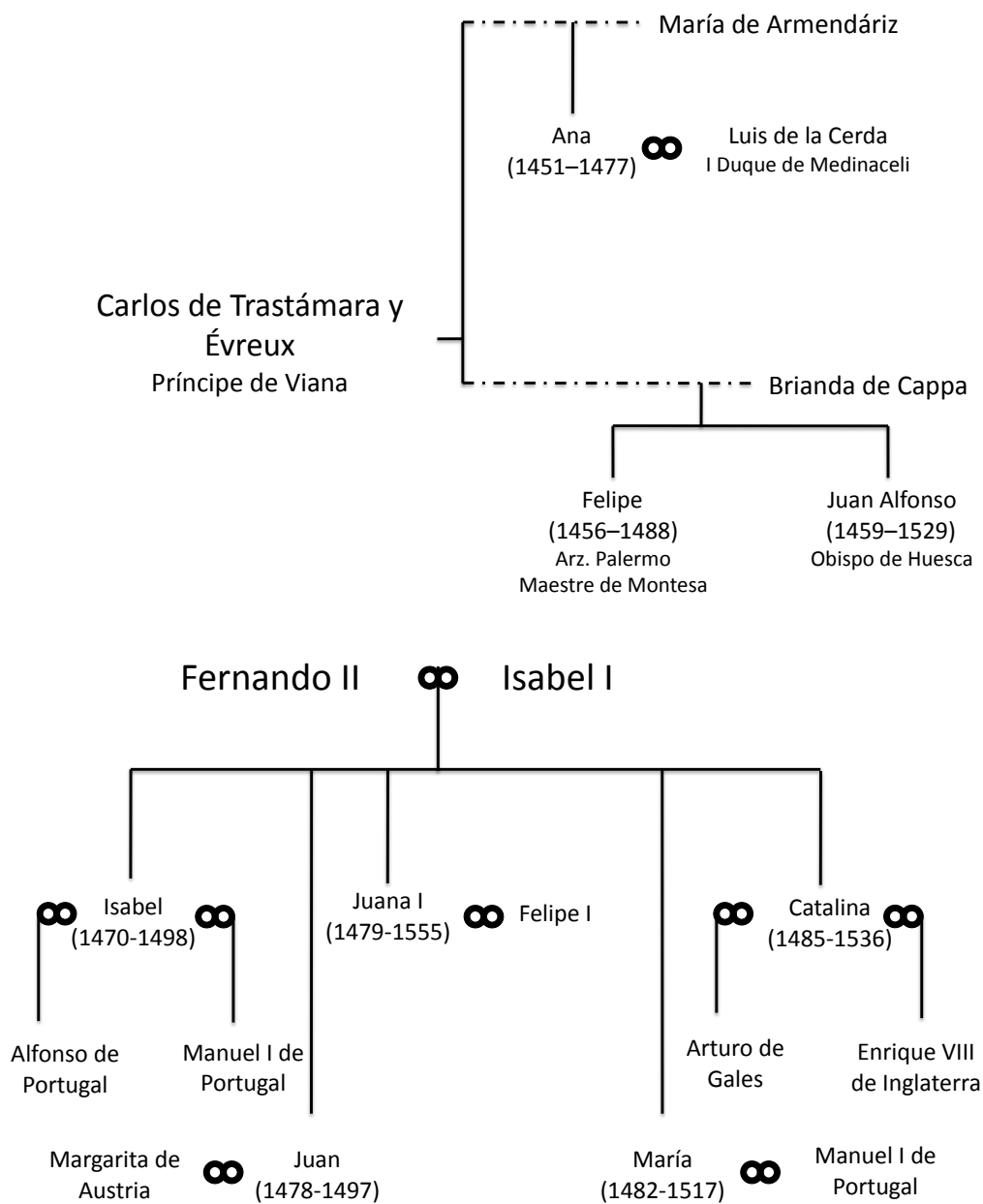
- Aragón, Hernando de, *Historia de los serenísimos reyes de Aragón y el Catálogo historial de los arzobispos y obispos del reino de Aragón, su Corona y de su diócesis*, 4 vols., s.a.
- Aragón, Hernando de, *Nobiliario de las casas principales de España: Castilla, Aragón, Navarra y Vizcaya*, s. a.
- Blancas, Jerónimo, *Aragonensium rerum comentarii*, (ed. facsímil de Guillermo Redondo Veintemillas y Esteban Sarasa Sánchez, 1996), Zaragoza, 1588.
- Blasco de Lanuza, Vicencio, *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón en que se continúan los annales de Çurita...*, Zaragoza, 1622.
- Conde de la Viñaza, *Los Cronistas de Aragón*, (ed. facsímil de María del Carmen Orcástegui Gros y Guillermo Redondo Veintemillas), Zaragoza, 1986.
- Dormer, Diego José, *Anales de Aragón*, Zaragoza, 1697.

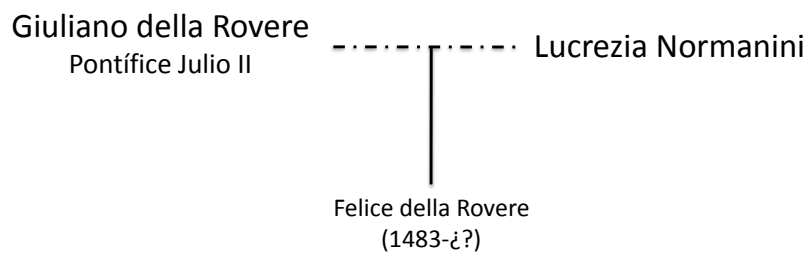
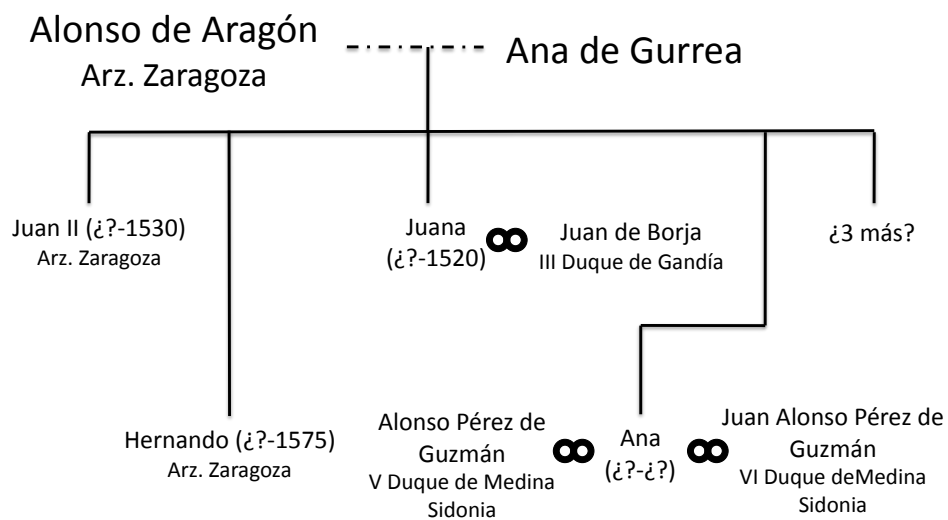
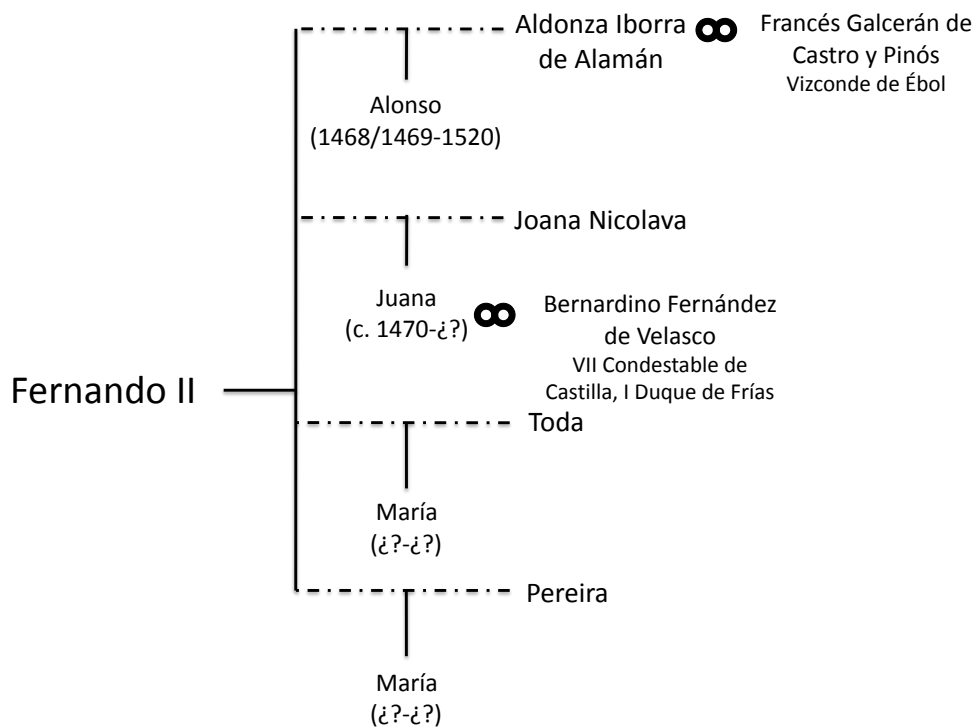
- Espés, Diego de, *Historia eclesiástica de la Ciudad de Zaragoza desde la venida de J.C. Señor y Redentor nuestro, hasta el año 1575, 1598* (manuscrita).
- Leonardo Argensola, Bartolomé, *Anales de Aragón [Prosiguen los Anales de Jerónimo Zurita desde 1516 a 1520]*, (ed. Javier Ordovás Esteban), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013.
- Murillo, Fray Diego *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica y Apostólica de la Madre de Dios y excellencias de la Imperial Ciudad de Çaragoça*, Zaragoza, 1616.
- Sayas, Francisco Diego de, *Anales de Aragón desde el año 1520 hasta 1525*, Zaragoza, 1666.
- Vital, Laurent, *Primer viaje a España de Carlos I con su desembarco en Asturias*, (ed. José María Gómez-Tabanera), Grupo Editorial Asturiano, Oviedo, 1992.
- Zaragoza, Lamberto de, *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragón*, Pamplona, 1785.
- Zurita, Jerónimo, *Anales de Aragón*, (ed. Ángel Canellas López), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1977-1985.
- Zurita, Jerónimo, *Historia del rey don Fernando el Católico. De las empresas, y ligas en Italia*, (ed. electrónica José Javier Iso [coord.]), 1580.

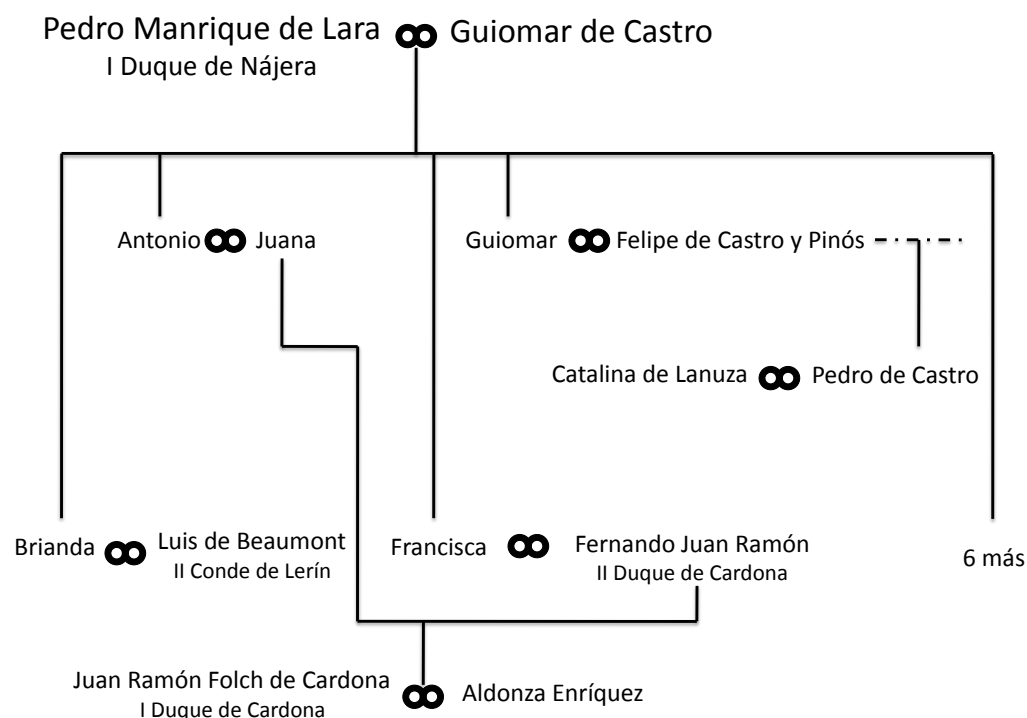
XIII. Anexos

a) Árboles genealógicos









b) Carta de Alonso de Aragón a Juan de Aragón¹⁶⁵

Lo que vos el ilustre don Juan de Aragón haueis de fazer es que con mucha diligencia vais donde estouiere el prícipe mi señor, y luego procuréis besar de mi parte sus muy reales manos, y después de dada a Su Alteza mi carta, y dichas mis muy humildes encomiendas, por vigor de la crehencia que lleuais, explicareis a su Alteza lo que se sigue:

Primeramente diréis que el grand dolor y aduersidad que ha venido en estos reynos de España por la muerte del rey su auuelo mi señor, que en gloria sea, y más a mi que a nadie de los de acá por ser yo su fechura. Todo el consuelo que a mí queda y a los que intrinsecamente zelamos el seruicio y acreçentamiento del real stado, es en la bienaventurada sucesión de Su Alteza, por ser dotado de todas las dotes y gracias que Dios y natura a tan reales personas a veces suelen cointar, y que yo quisiera ser el primero que fuera a besar las manos de S. A., si la disposición de mi persona y salud lo consintiera, y las cosas de su seruicio acá no requirieran mi presencia, como por otras he scripto a Su Cathólica Majestad.

Y que como yo tengo muy mayor obligación que nadie por derecho diuino y de naturaleza y por las muchas y grandes mercedes que el rey don Felipe su padre, mi

¹⁶⁵ R.A.H., Salazar, A-16, fols. 17-20, ápuđ M. Fernández Álvarez, *Corpus documental*, pp. 50-57.

señor, que en gloria sea, me fizo, y por el grand amor que me tenía y me demostraua, suplico quanto puedo a Su Alteza que assí quiera creer yo tengo mayor zelo que todos al próspero stado con acrescentamiento de reynos y señorios para S. A. que es mi rey y señor natural, en quien después de Dios tengo situada toda la esperança mía y de mis cosas a quien de todo coraçón, con summa fidelidad he de seruir perpetuamente fasta derramar la sangre y perder la vida, toda hora que el caso se offrezca; que por esto assí muchas vezes supliqué al Rey mi señor, stando en sana salud, que fiziesse venir al Príncipe mi señor en Spaña, porque conociesse a sus súbditos y las costumbres dellos. Plugiera a Nuestro Señor Dios que Su Católica Mat. ouiera en esto effectuando mis suplicaciones, ca tendríamos ya aquí al Príncipe mi señor y no estarían sus reynos en el trabaio y desconsolación presentes. Con este muy buen zelo luego como vino aquí su embaxador el Dean de Lobaina, le embié a offrecer para todo lo que fuere seruicio de S. A., mi perpetua y fidelíssima seruitud, lo que el embaxador agradeciò mucho porque a la sazón se creya ser pasado el peligro de la dolencia de Su Católica Majestad.

Mas diréis a Su Alteza que quanto puedo, le suplico quiera tener por indubitado este concepto. Que su católica Mat. siempre tuuo intención y grand studio de acrecentar el real stado para el Príncipe mi señor, y a sus successores. Y esto está bien claro que por la obra se demuestra, por el ayuntamiento de Reynos conquiridos a la Corona Real de Castilla; e que assí como tuuo muy grand prudencia y magnánimo coraçón para adquirirlos, assí tuuo maravillosa prouidencia para regir, conseruar y gouernarlos, no sólo viuiendo la reyna doña Isabel mi señora, que en gloria sea, mas ahun después que aquella fallescida diez años los ha gouernado mejor y han estado más llanos los reynos, y ha adquirido de nuevo el reyno de Nauarra. Y ahunque otra cosa hayan podido de dezir a Su Alt. no quiera creer sino lo que puede ver por la obra en este caso y por lo que el testamento de su Católica Mat. reza.

Y diréis que estos reynos de Castilla, junto con los de la Corona de Aragón, son muy grand y excellent señorío bien digno de Su Al., seiendo gouernado por aquella del modo que su católica Mat. los gouernó, y se le dexa rogado y encargado por su testamento, porque los señoríos fácilmente se conservan con las mismas artes y gouierno con que de comienço se ganan. Mas este gouierno no tenga sperança Su Al. que pueda durar muchas días sin la presencia de su rey natural y muy bien conseiado y que ningunos gouernadores generales abastarían para ello, porque ahun en vida del Rey y Reyna, mis señores, que fueron el mayor par y más sabios que nunca houo en España, en su presencia algunos grandes, houo que se atreuieron a fazer excessos, de que fueron

bien castigados para exemplo de otros. Por esto quanto puedo suplico a Su Alteza quiera acelerar su buenaventurada venida quanto cómodamente pueda, porque assy cumple el seruicio de Dios y para su Stado, porque lo falle entero como yo desseo.

Y porque el rey de França, de ningún otro Stado ni potencia teme tanto que le embargue sus intenciones, como el Stado de Su Alteza, y públicamente o secreta, como sus predecesores lo acostumbraron fazer, podría ser que ressollasse y fauoreciesse o al rey de Portugal, que teme a Su Al.; o al Rey don Joan que pretende cobrar a Nauarra y podrían estos aplicar algunos caualleros a sus voluntades, discurriendo el tiempo; por esto, cient mil veces torno a suplicar a Su Al. al punto quiera dar prissa quanta podiere de venir en estos sus reynos. Y ahunque houiese de dilatarse algunos días, todas las fablas y demostraciones me parecen deuen ser de presta partida.

A ser bien direis a Su Al. que ya haura entendido cómo Su Católica Mat., por su testamento le dexa rogado muy encargadamente que se quiera seruir sin mutación de los oficiales reales de quien Su Cathólica Mat., al tiempo de su muerte, se siruía; que si aquello toma por norte y guía, no puede Su Al. con la ayuda diuina, sino llegar a puerto de grand felicidad. En esto de los officios hay dos cabos que a mi ver cumplen mucho al seruicio de Su Al.: El uno es que no faga mutación de oficiales, como arriba se dize. El otro es que no quiera confirmar algunos officios principales de por vida, porque yo sé que Su católica Mat. estaua muy descontento de algunos y con muy justas causas, y por esso cumple mucho al seruicio de su Al. que lo reserue para fazer quanto a nuestro señor plugiere fazernos merced que veamos su muy real persona en estos reynos.

En tanto que Su Al. allá se detiene me parece que deue muy encargadamente embiar a mandar que se entienda mucho en la conseruacion del reyno de Nauarra, porque importa en muy grand manera a su Stado real. Ca los montes Perineos que son muy ásperos parten a España de Francia dende el mar Occeano, que es a tremuntana, fasta el mar Mediterráneo que es a la parte del mediodía. Y el reyno de Nauarra se tiende por rayana dende los dichos montes dentro en Spaña a partir y raya con los reynos de Castilla y de Aragón. Y teniendo Su Al. a Nauarra e señor de todos los puertos de los dichos montes, y en verdad que después de fallescido el rey mi señor, ha passado peligro que algunos pueblos de Nauarra no se alçassen por el Rey don Joan, porque estauan muy conmouidos y el rey don Joan fazia sus diligencias y señaladamente Sangüessa staba medio rebelde, sin querer acoier en ella gente de sueldo de Su Alteza, y tuuieron ocasión y amneteza [sic] de poderlo fazer, a causa que un don Pedro de Castro deste Reyno es alcaide de Sangüessa, y en sabiendo que el rey mi

señor era fallecido en lugar de ir a ponerse en Sangüessa para conseruarla, scaló y tomó por fuerça una villa que se dice Stadilla y su tierra, echando della a doña Guiomar Mandrique, que justamente la posseya, y puso este reyno en muy grand bullicio, en grand deseruicio y desacatamiento de Su Al. Este don Pedro es el primero que ha tomado armas en Spaña y occupó lo aieno, poniendo (como disse) este Reyno en ocasión de muy grandes incouenientes y en deseruicio de Su Mat. Ma (sic) ha tenido forma de moderar este excesso, y por agora está remediado que cierto algunos pueblos de Nauarra y señaladamente aquel de Sangüessa se alegraue de ver este Reyno en confusión. Con exemplo deste don Pedro, otro su pariente de Cataluña ha tomado por fuerça otra villa que se dice Baga a la dicha Guimar, y en la Andaluzía el conde Uruenya y su hijo don Pedro Girón, con muchas gentes de armas fueron a querer ocupar el stado del Duque de Medina Sidonia, lo qual fue bien proueydo por el Cardenal y embaxador y por los otros del Consejo Real por agora, mas conuiene mucho al seruicio de Su Al. y a la pacificación destes reynos mande muy bien castigar estos excessos porque si assí no se faze, cada día se cometerán otros semeiantes casos, de que Dios será muy deseruido y Su Alteza porque estos sus Reynos podrían venir en grandes bullicio y peligro.

Conociendo yo lo mucho que Nauarra importa al Stado de Su Al. y como siempre estoy desuelado a su seruicio, tengo derramadas muchas spías fasta dentro donde están el Rey don Juan y la Reyna doña Caterina su mujer, y supe que fazian algun apareio de guerra, y lo mesmo me escriuieron el condestable de Nauarra, mi primo, y el Visorey, auisándome que aquel reyno staba en mucho peligro y necessidad de socorro demandándome gente deste Reyno. Respondíles que al presente no tenía ni tengo exercicio de alguna jurisdición y gouierno en este reyno, más con mi casa y con mis amigos y por la fe que tienen en mi todas las uniuersidades y casi todos los caualleros deste Reyno; y escreuí y embié muchos mensaieros al Cardenal y al embaxador de Su Al.; para que proueiessen luego en la conseruación de Nauarra, y hanme respondido que assí lo han fecho.

Mas direis a Su Al. que luego como vino la nueua de la muerte del Rey mi señor sentiere extremo dolor que deuía y con el excessiuo trauaio que passé en las Cortes de Cataluña estaua muy fatigado en extremo en la persona y spituro (sic) con mayor necessidad de entender en mi salud que no eran negocios, pues no me fallaba lugarteniente general ni con exercicio de jurisdición. Estando en esto, los testamentarios de Su Católica Mat. me embiaron la cláusula de su testamento y una

prouisión en aquel mismo efecto que firmó su católica Mat. un día antes que fallciesse por las quales era dispuesto que yo gouernasse estos reynos de la Corona de Aragón hasta ser venido en Spaña el Príncipe mi señor, o que por Su Al. fuesse otramete dispuesto.

En verdad que no estaua con mi tristura y poca salud en dispusición de entender en negocios, fize ayuntar los letrados del Real Conseio y vistas por ellos la dicha cláusula y prouisión, miraron lo que de derecho y de fuero deste Reyno se deuía fazer, y todos concordés me fizieron relación que vista la indisposición de la Reyna mi Señora para gouernar, Su Católica Mat. Assí de derecho común como de fueros deste Reyno, pudo fazer aquella disposición sobre el dicho gouierno.

Mas porque por los fueros deste reyno era dispuesto que el primogénito sea gouernador, y no pueda ser más de uno ni otro alguno sino el primogénito, pareció a los letrados del Conseio Real que, pues el efecto era uno, que se deuía buscar expediente conforme a los fueros deste Reyno, para que yo rijesse como su católica Mat. lo dispuso.

Los diputados que represientan todo este Reyno y los jurados desta ciudad, figurándoseles que para el seruicio de Su Al. y para la buena administración de la justicia y quietud de la tierra, por la experiencia que de mi tienen, era necessario que se cumpliesse la voluntad de Su Al. que en gloria sea; e assí todos me lo pidieron con grand instancia, e luego ayuntaron otro mayor número de letrados con los del Real Conseio y todos concordés, alabando mucho la prouidencia de Su Mat.; determinaron que de derecho común y de fuero que es de derecho municipal pudo Su católica Mat. disponer de aquella manera. Mas porque los fueros deste Reyno, pues no podía hauer sino un sólo gouernador y este es el príncipe mi señor que el nombre que yo hauía de tener para regir no fuesse de gouernador sino de curador, no mudando nada del effecto de la disposición de Su Católica Mat., sino sólo el nombre.

Para esto dixeron que ya tenían práctica porque ha poco más de dos años de Su Católica Mat. por la Corte del Justicia de Aragón se fizo crear curador de la Reyna doña Juana, mi señora. Pareció a todos los dichos letrados del Real Conseio y de los diputados e otros que este mismo expediente se deuía tomar y seguir. Assí se puso por obra que guardado todo lo que de derecho y de fuero se deuía, fue trahido a todo cumplimiento fasta hauer yo de prestar el nombre de la Reyna mi señora, en poder del justicia y otros el juramento acostumbrado de guardar los fueros y priuilegios.

Era mi intención en jurando, fazer alçar banderas y pregonar por la reyna mi señora los reynos de la corona de Aragón. Esto conuenía al seruicio de Su Al. fazer por obuair y matar ciertas murmuraciones que andan entre algunos caualleros que andan por este reyno y las derramauan por los pueblos diziendo un error antiguo que ha houido en esta tierra, y es que fembra no puede succeder en los reginos de Aragón y la verdad es en contrario. Y más dezian, que la Reyna Doña Juana mi señora, no era jurada en Reyna, por los aragoneses, deziendo que cierto juramento que fué prestado era condicional, si el Rey mi señor, que en gloria sea, no houiesse fijo varón y que lo hauía houido del secundo matrimonio; y de aquí armauan un grandíssimo deseruicio del Príncipe, mi señor, sobre la faz y color de servirle, significando que luego lo deuían jurar por Rey, y estos que tenían este concepto, han desseó muy grand de ver separados estos reynos de la Corona de Aragón de los reynos de Castilla echando cuenta que podría venir la successión de Su Al. en fembra como agora y que en tal caso que succederia en los reynos de Castilla y que para succeder en los reynos de Aragón buscaran el pariente varón más propinquo que a la sazón se fallasse, e assí se faría la separación destos reynos, lo que plegue a Dios que nunca sea antes dure la successión de Su Al. perpetuamente en todos estos reynos, con acrecentamiento de otros. Por atallar todas estas murmuraciones, me parecía, y assí era en verdad que cumplía al seruicio de Su Al. yo jurasse como curador, con modificación que fize poner que no durasse más mi exercicio fasta ser el príncipe mi señor venido en España o hauerlo otramente proueydo.

Estando las cosas assí dispuestas fize venir ante mi al justicia de Aragón y díxele que al día siguiente queria jurar para que la voluntad del rey mi señor se cumpliesse acerca lo del gouierno, rogándole que assistiesse a la prestación de mi juramento como deuía el qual muy alterado respondió que no deuia él recebir mi juramento, porque no podía hauer en este reyno por fuero dos gouernadores sino uno solo y éste era el primogénito. Dixosele luego allí que por eso no me hauía de dezir gouernador, sino regidor o curador y que el effecto todo era uno y que no iuan mucho en nombre e no lo quiso entender porque tenia otra intelligencia y pasión con alguno que osaron dezir que la reyna no era jurada, a los cuales fue preguntado como conuenía al seruicio de Su Al. y aquí dezían, después, que no conuenía al príncipe mi señor que yo jurasse con palabras assí preñadas.

Entre tanto por traher las cosas llanamente a stamiento en unos poquitos días usaronse de muchos medios con el dicho Justicia, para que no impidiesse el effectuar de

la voluntad de Su Católica Mat. y el servicio del principe mi señor, y que los diputados farian llamar todos los letrados desta ciudad y que si de tres las dos partes dellos no conformauan en que deuía tomar el juramento que no lo reciuieren. Nunca quiso star a conseio. Mas determinaron los letrados que en negligencia del dicho justicia, sin fazer cuenta, que podía y debía jurar el poder del uno de los dos lugarestenientes suyos mas el justicia y sus secaces con la mala voluntad que tienen a las preheminencias y a mi, porque siempre las he leuantado y en special porque con mi industria poco ha se fizo en Calatayudo el servicio particular que es el mayor que nunca en este reyno se fizo y que más importa al servicio de Su Al. en el que ellos no consintieron, antes siruieron mucho a su Mat., han (es)toruado (que) jurasse. En este medio el justicia embió a dezir al cardenal y al embaxador a Su Al que no era servicio de aquella, yo prestasse el juramento acostumbrado, sembrando zelos nefandíssimos de mi quasi sintiendo que me había de alçar con los reynos. Bendito sea Dios que Él es cierto testigo de mi muy sana y limpia intención al servicio de Su Al. y si nunca supe sino obrar y pensar solo lo que ha cumplido al servicio de la corona real y sus legítimos successores, que son la Reyna y principe mis señores.

No sé cómo ni en qué cabeça pudo entrar tan vano y maligno pensamiento, con qué fundamentos, con qué título, con qué poder, con qué apareios para cosa tan celerada. Dexo de dezir más en ello, porque de suyo como vano se cahe, y como fuera de todo buen sexo no puede causar sospecha en ninguna persona cuerda.

Es verdad que como yo supe que el justicia de Aragón hauía tocado en mi fidelidad, como tocando en la Mat. diuina no quise más entender en jurar para tener el gouierno, sino que lo screuí al cardenal y al embaxador de Su Al. ni entiendo ponerme en ello fasta que a Nuestro Señor plega traher con mucho bien y presto en Spaña a su Al. y que nos conozca a todos, y quando haya de venir, si su Al. lo toviere por bien, que vaya a besar sus reales manos y de darle razón más particular, mándemelo screuir que plaziendo a Dios no faltare. Entre tanto, por mi casa, que es menos de lo que yo querría para el servicio de Su Al. y con mis amigos no faltaré a lo que conuenga a su servicio. Mas todauía, con la mayor afficción que pueda, suplico a Su Al. quiera disponer su venida que sea muy presta y con bien, porque falle su stado entero y con el tiempo no se dé ocasión de inconuenientes.

Todo lo susodicho con aquel mismo acatamiento, después de besadas las muy reales manos de la princessa, madama Margarita, mi señora, díchole mis muy humildes encomiendas explicareis a Su Al. suplicándola tan affectadamente quanto ser pueda, que

quiera procurar la venida del principe, mi señor, en Spaña sea muy presta y que juntamente se venga con él Su Al. porque por su grand prudencia natural y por el conocimiento y plática que tiene de las cosas de acá será grandíssimo prouecho para la reputación, conseio y estado del principe mi señor. Y todos los que acá vimos a Su Al. e yo entre los otros más que nadie, les son muy affectados e yo muy certíssimo subdito y servidor.

Tres días ha que llegó aquí Don Luys Carroz, embiado embaxador por el deán de Lovayna, embaxador de Su Al, con cartas para mi e a los diputados et algunos deste reyno para sollicitar y conducir tres cosas: la una, que los dichos diputados fiziessen justicia de pedir por curador de la reyna mi señora, la persona del principe mi señor. Estuu con los diputados y fallándose ya presentes aquí Don Pedro de Castro, que es uno dellos con la intelligencia de los que suelen destorbar las cosas del seruicio de Su Al. quiso empachar esta negociación. Ha sido bien menester fallarme diputado e ir a las casas de la diputacion e luego allí en mi presencia fue proueydo que se ficiesse cumplidamente como era muy más que deuido lo que Don Luys Carroz demandaua ca dixe que en mi persona no se fallaua obieto de fuero ni de derecho, sin comparación se habían de fallar muy mayores cumplimientos en la real persona del príncipe mi señor, y así el negocio lleua su camino y presto será fecho.

La otra cosa que demandaua es que yo tomasse la gouernación. A esto le he respondido que los letrados no han fallado fasta que forma que de fuero hobiesse lugar sino la de la curadoría, en la qual se ha parado por las causas arriba dichas, y no estoy en voluntad de exercer alguna jurisdiction fasta que Su Al. sea con bien y con presto en estos sus reynos de Aragón como en arriba dixe.

La otra tercera cosa que pedía ya yo la tenía começada de bien fazer antes que supiesse de su venida, y esto es trabaiar, poner assiento en lo del seruicio particular, porque para diez deste presente mes tengo conuocadas aquí las uniuersidades y otras personas que caben y han de entreuenir en el seruicio particular.

Expedita en Çaragoça a VII de março del año del nascimiento de nuestro Señor MDXVI.

Don Alonso de Aragon

Varradina, secretarius